GINA WILKINS



La aventura del amor

La aventura del amor

La seria y contenida Tara McBride siempre se había comportado siguiendo las normas, a diferencia del resto de su escandalosa familia. Era la lista, la inteligente, la que iba a sobresalir y a tener éxito... hasta que Blake, un atractivo y arriesgado detective privado, se presentó una tarde en su apartamento.

De pronto, Tara se encontró esquivando balas, huyendo de la ley y haciendo apasionadamente el amor cada noche. Nunca la había pasado tan bien en su vida. ¿Pero seguiría queriéndola Blake cuando la aventura terminara?

Prólogo

Tara McBride no quería abrir la caja. No quería.

Mirando el contenedor de plástico que sostenía en las manos, del tamaño de una caja de zapatos, pensó en lo presumida y orgullosa que se había sentido cuando la había cerrado, quince años atrás. Sin haber cumplido aún los catorce, ya era una jovencita destinada a tener gran éxito en cualquier cosa que se propusiera.

Nadie, y menos aún ella, habría creído entonces que dos meses antes de cumplir los veintinueve se convertiría en un rotundo fracaso.

«Despedida».

La palabra resonó en su mente. El desgraciado acontecimiento había tenido lugar el día anterior, y aún trataba de asimilarlo.

Qué extraña casualidad que hubiera tenido que ir a su casa en Honoria, Georgia, para asistir esa mañana al funeral de su tío Josiah. Un funeral resultaba muy apropiado ese día. El final de los sufrimientos de su tío. El final de su carrera.

Aún no había comunicado a su familia lo sucedido. No podía admitir, ni siquiera ante los que la querían, que había fallado tan rotundamente.

-Vamos, Tara -la ánimo Emily, su prima de veintiséis años, que sostenía en sus manos una caja parecida a la de Tara-. Abre tu cápsula del tiempo.

Cápsula del tiempo. Así fue como las tres primas, Tara, Emily y Savannah McBride, llamaron a sus cajas cuando las llenaron de recuerdos de su infancia y adolescencia para enterrarlas en el bosque que había tras la casa de Emily. Ese día hicieron la solemne promesa de desenterrarlas quince años después y leer las cartas que se habían escrito a sí mismas, para comprobar si sus sueños de juventud se habían hecho realidad.

Entonces les pareció una idea divertida, algo con lo que llenar una perezosa tarde de verano. Tara pensaba que la idea de la cápsula del tiempo fue de Savannah, pero todas participaron en ella entusiasmadas. De hecho, aquellas estúpidas cartas fueron idea suya. Estaba tan segura de que su cerebro y ambición la llevarían, a donde quisiera... Entonces no podía imaginar el lío en que se habría convertido su vida cuando volviera a leer la carta.

Ahora, a Tara le habría gustado que aquella tarde se hubieran limitado a ir al cine.

Miró a sus primas. Savannah, que estaba a punto de cumplir los treinta y aún era tan bella como en su adolescencia, no parecía mucho más entusiasmada que ella con la idea de volver al pasado.

Sólo Emily parecía estar disfrutando con aquella pequeña aventura.

Tara supuso que Emily agradecía cualquier distracción en aquellos momentos. Era su padre el que había sido enterrado esa mañana, dejándola sola en una casa llena de recuerdos.

Por ella, Tara se esforzó en sonreír mientras, finalmente, abría la caja y revisaba su contenido. Allí estaban las distinciones del colegio, las medallas, las pruebas que la habían definido como una super dotada. Y aquella carta para sí misma, detallando las altas metas que pretendía conquistar.

Miró con tristeza la caja, comprendiendo que nunca había tenido un sueño que no hubiera sido plantado en su cabeza por las expectativas de otros. Ahora que había perdido la oportunidad de llevar adelante la brillante carrera que todo el mundo le había predicho, no tenía ni idea de qué hacer a continuación. No tenía un solo sueño propio que perseguir.

Nunca se había sentido tan perdida, tan sola. Y, por primera vez en su vida, tenía muchas más preguntas que respuestas.

¿Qué iba a hacer ahora?

Dos semanas después, una tarde de principios de junio, Tara estaba sentada a solas en su caro y bellamente decorado apartamento de Atlanta; un apartamento adecuado para una joven y brillante abogada camino de convertirse en socia de un antiguo y afamado bufete. Pero Tara no obtenía ningún placer viendo lo que la rodeaba. Sólo podía pensar en cómo iba a arreglárselas para pagar el exorbitante alquiler ahora que no tenía sueldo.

Como casi todos los días desde que había regresado de Honoria, estaba acurrucada en el sofá, viendo una serie en televisión, con varios recipientes de comida china dispersos por la mesa de café que tenía ante sí. El cielo estaba cubierto de nubes grises, pero no se había molestado en encender las luces. La penumbra encajaba mejor con su estado de ánimo.

Esa mañana se había puesto una camiseta blanca, unos anchos pantalones cortos de color gris y un par de calcetines blancos. Su pelo rubio, casi albino, caía despeinado sobre sus hombros. No se había maquillado. Su único régimen de belleza durante los últimos días había consistido en limpiarse los dientes.

El teléfono sonaba ocasionalmente, pero dejaba que saltara el contestador. Su familia pensaba que estaba de viaje de negocios. Sus pocos amigos en Atlanta, que conocían la verdad sobre su trabajo, pensaban que seguía en Honoria. Dudaba que alguien sospechara que llevaba todo ese tiempo refugiada en su

apartamento, hundiéndose lentamente en una depresión de la que no parecía poder salir.

Se odiaba a sí misma por estar comportándose de aquella manera. No era su estilo gimotear y enfurruñarse. Pero tampoco la habían despedido nunca hasta entonces. Nunca en su vida había fallado realmente en nada... y ahora sólo era capaz de quedarse en su apartamento preguntándose qué había ido mal.

Había tratado de hacer lo correcto; siempre había procurado seguir las reglas y tomar las decisiones correctas. Durante toda su vida había hecho lo que todo el mundo quería que hiciera, lo que todo el mundo esperaba que hiciera, lográndolo siempre con éxito. Sin embargo, la primera vez que se había rebelado, la primera vez que se había negado a seguir las reglas, a cumplir con lo que se esperaba de ella a pesar de que creía honradamente que los demás estaban equivocados, había sido despedida.

Y ahora no sabía qué hacer; las expectativas de quién colmar. Haber sido despedida por mantenerse firme en sus convicciones le había hecho preguntarse si alguna vez en su vida había hecho algo que no fuera cumpliendo el deseo de alguien.

El timbre de la puerta sonó una vez, luego otra. Lo ignoró.

Un momento después, alguien se puso a golpear la puerta. Tara frunció el ceño y se acurrucó aún más en el sofá.

Los golpes no cesaron. En todo caso, se volvieron más insistentes.

Finalmente, se puso en pie, y fue hasta la puerta, decidida a enviar a paseo a quien fuera, antes de que la volviera más loca de lo que ya estaba.

Irritada, abrió sin molestarse en mirar antes de quién se trataba.

El hombre que estaba en el umbral de su puerta podría haber salido de un musical de los años treinta. Desde el sombrero gris en su cabeza rubia hasta los tirantes negros y blancos que llevaba con una camisa de color amarillo pálido y unos flojos pantalones de color oscuro, todo evidenciaba que era alguien que no seguía más moda que la suya para vestir. A pesar de su urgente insistencia en llamar, su expresión no podía parecer más despreocupada, como si no hubiera tenido la más mínima duda de que Tara iba a abrir.

-Oh, bien. Estás aquí -su sonrisa era perezosa y sus ojos despidieron un malicioso destello azul bajo la sombra del ala de su sombrero.

Tara se quedó boquiabierta.

-¿Blake? -aunque aquel hombre había presidido sus fantasías durante los dos últimos años, era la última persona a la que habría

esperado ver aquella tarde ante su puerta.

-Sí. ¿Tienes café? No he tomado cafeína en todo el día y empiezo a tener los primeros síntomas del síndrome de abstinencia. Aunque lo tengas instantáneo, preferiría que fuera recién hecho. No tiene por qué ser nada especial, mientras sea fuerte y esté caliente.

-Yo... er... -Tara se llevó una mano a la sien, pensando que tal vez se había quedado dormida en el sofá y estaba teniendo un sueño realmente extraño. ¿Estaría mala la comida china?

-Solo. Sin azúcar -Blake pasó al interior como si, hubiera sido efusivamente invitado.

Tara se encontró sola junto a la puerta mientras él iba a sentarse en la mecedora.

-Hey, Hospital General --dijo Blake, acomodándose frente al televisor-. Esos Quartermaines siempre están metidos en líos, ¿verdad?

-Blake, ¿qué...?

-Si tienes alguna galleta para acompañar al café, tomaré alguna. Pero no te molestes por mí, ¿de acuerdo?

Tara miró de Blake a la puerta con gesto aturdido, preguntándose cómo habría entrado. No podía creer que estuviera sentado en su apartamento pidiendo un café como si estuviera en una cafetería.

Hacía dos años que sufría lo que ella consideraba un absurdo enamoramiento adolescente por aquel hombre, aunque sabía que apenas había probabilidades de que surgiera algo de ello. No tenían conexión real. Blake no había estado antes en su apartamento; nunca hubo motivo para ello. Sólo se trataba de alguien que había hecho algunos trabajos de investigación para la firma de abogados para la que trabajaba Tara... o, más bien, para la que había trabajado.

Ni siquiera sabía su apellido.

-No has venido en un momento muy oportuno, Blake-dijo, repentinamente incómoda con su propio aspecto y el desorden que reinaba en su apartamento, que siempre solía estar impecable.

-Veo que te estabas tomando la tarde de descanso-replicó él en tono compasivo-. Todo el mundo merece una de vez en cuando. Siento de veras interrumpir tu día libre, pero hay algo que necesito discutir contigo. Hablaremos de ello mientras tomamos el café, ¿de acuerdo?

Tara pensó que no parecía tener intenciones de marchase sin contarle a qué había ido. Suspiró y cerró la puerta, encogiéndose de hombros con gesto fatalista.

Tal vez debería sentirse más inquieta por tener a un desconocido en casa. Pero no tenía miedo de Blake, y, además, sentía curiosidad por conocer el motivo de su visita. Nunca había oído nada negativo sobre él a los miembros de la dirección del bufete, y ella, mejor que nadie, sabía que éstos eran muy exigentes con cualquiera que se relacionara profesionalmente con la firma Carpathy, Dillon y Delacroix. De hecho, siempre tuvo la impresión de que sus superiores sólo sentían respeto por Blake y su trabajo.

Dadas las circunstancias, lo mejor que podía hacer era prepararle el café y averiguar qué hacía allí.

-Er... enseguida vuelvo-dijo, pasándose una mano por el revuelto pelo.

Blake parecía muy interesado en la serie televisiva.

-No hay prisa-dijo.

-Extraño-murmuró Tara tras entrar en la cocina y abrir el armario donde guardaba el café-. Definitivamente extraño.

Lamentó no haberse tomado la molestia de maquillarse un poco aquella mañana.

Cuando, unos minutos después, regresó al salón con el café y las galletas, encontró a Blake absorto en el drama que tenía lugar en la televisión. Se había quitado el sombrero, que ahora descansaba en un brazo de la mecedora, y su pelo rubio oscuro caía ligeramente revuelto sobre su frente. Le daba un aspecto tan atractivo que Tara notó cómo se le secaba la boca. Desafortunadamente, aquello le hizo aún más consciente de lo poco cuidado que tenía el suyo.

Blake le había parecido un hombre extremadamente atractivo la primera vez que lo vio en el despacho, un par de años atrás. Y, sin duda alguna, era un tipo encantador. Nunca había dejado de detenerse unos momentos frente a su escritorio para bromear y flirtear un poco, sin resultar nunca molesto por ello.

Aunque Tara siempre había esperado secretamente aquellas infrecuentes visitas, también se esforzó siempre por analizarlas con objetividad, diciéndose que estaba bien que disfrutara de las atenciones de Blake mientras no les diera mayor importancia de la que tenían. A fin de cuentas, Blake se detenía ante los escritorios de todos los empleados del bufete, no sólo ante el suyo. Siempre supo que no era el tipo de mujer en que podría interesarse un investigador privado tan sexy y aventurero como él.

Y, desde luego, lo último que quería era su conmiseración, si es que ese era el motivo por el que estaba allí.

Blake alzó la mirada y sonrió cuando Tara entró. Señalando la televisión, dijo:

-Esa gente nunca aprende, ¿verdad? Si vas a mentir... asegúrate de que no te atrapen. Tara alzó una ceja.

-No estoy segura de que esa sea la moraleja que buscaban los autores.

¿Moraleja? Es una serie, Tara.

-Cierto-Tara dejó la bandeja en la mesa, apartando con ella algunos de los cartones semivacíos de comida china-. Yo... er... mi apartamento no suele estar tan desordenado. He estado...

Blake quitó importancia a las vacilantes palabras de Tara con un gesto de la mano.

-No te preocupes. Cuando me tomo un día de descanso, las tareas de la casa tampoco suelen ser una de mis prioridades.

-Yo no me estoy tomando un día de descanso. Me despidieron-Tara odiaba admitir la humillante verdad, pero sospechaba que, debido a sus conexiones con el bufete, Blake ya lo sabría. De lo contrario, no habría esperado encontrarla en casa.

Con la boca llena de galletas, Blake volvió a hacer el mismo gesto con la mano.

-Vacaciones. Despido-dijo, tras tragar las galletas-. ¿Qué diferencia hay?

Tara supuso que trataba de lograr que se sintiera mejor. No lo estaba consiguiendo.

-Hay una gran diferencia- dijo, con amargura.

Él se encogió de hombros.

-La cuestión es que tienes tiempo libre, ¿no? ¿O has encontrado ya un nuevo trabajo?

-No, todavía no-contestó Tara. Lo cierto era que ni siquiera lo había intentado. La mera idea de tener que admitir ante un posible jefe que había sido despedida de su último trabajo debido a su obstinación le hacía sentirse enferma.

Tara McBride nunca había tenido que rogar para que le dieran un trabajo. Becas de estudios, honores y premios, impresionantes ofertas de empleo... todo había llovido sobre ella. Nunca necesitó pedir.

Nunca había fallado... hasta ahora.

-Estupendo.

El entusiasmo de Blake la confundió. Frunció el ceño, mirándolo.

-Me alegra que te alegre.

Él rió.

-No pretendo parecer insensible. Lo cierto es que necesito ayuda para un caso y esperaba que estuvieras disponible para echarme

una mano.

Tara no estaba segura de haber oído bien. -¿Un caso? Supongo que estás de broma, ¿no?

-No-Blake dio otro sorbo a su taza-. Tu café es muy bueno. ¿Has hecho tú estas galletas? Están muy ricas.

-No, las compré en la pastelería—contestó Tara, distraída-. No estoy segura de comprender, Blake. Si necesitas ayuda, yo no soy...

Él negó con la cabeza.

-Sé que estás demasiado cualificada para eso. Pero necesito que hagas un pequeño trabajo de encubrimiento conmigo.

Tara cada vez entendía menos. Blake era investigador privado. Ella era una abogada especializada en impuestos... o, al menos, lo había sido hasta hacía dos semanas. ¿Cómo podía ayudarlo?

¿El caso tiene algo que ver con fraude fiscal?-preguntó.

-No. ¿En qué pastelería?

Tara parpadeó.

-¿Qué...? Oh, las galletas. En la pastelería Miller, a un par de bloques de aquí. Blake mordió otra galleta.

-Realmente buenas-murmuró.

-Trata de centrarte en la conversación, por favor -dijo Tara, perdiendo la paciencia-. ¿Por qué has venido aquí?

Él dejó su taza en la mesa, unió las manos frente a sí y se inclinó hacia Tara.

-Te necesito, Tara McBride. ¿Vas a ayudarme?

1

Ese mismo día, más tarde, Blake volvió a presentarse ante la puerta de Tara, satisfecho consigo mismo por haberla convencido para que saliera con él. Había sido un plan fraguado en el momento, y le alegraba haberlo planteado como si fuera él quien necesitara su ayuda, y no al revés.

Después de lo que había visto, no tenía duda de que Tara necesitaba salir cuanto antes. A pesar de que había logrado ocultarlo, al verla se había conmovido.

Hacía casi dos años que la conocía. Desde que la vio por primera vez decidió pasar un rato con ella cada vez que visitaba el bufete de Carpathy, Dillon y Delacroix, y siempre la había considerado una mujer preciosa, con cerebro, ambición y un futuro brillante. Por lo que averiguó sobre ella, sabía que había crecido en un pequeño pueblo y que había estudiado en Harvard.

En otras palabras, que no estaba a su alcance.

Nunca imaginó que alguna vez la vería perdida, vulnerable, asustada o derrotada. Como ese día.

Se dijo que sólo había ido a verla para asegurarse de que estaba bien. Se sorprendió cuando la recepcionista del bufete le dijo que Tara había sido fulminantemente despedida tras un conflicto con los socios. Al parecer, se fue llevándose todas sus cosas, sin decir nada a nadie.

-Pensé que iba a llorar --dijo la recepcionista-. No lo hizo, pero tenía aspecto de ir a desmoronarse en cualquier momento. Nunca pensé que algún día vería a la señorita McBride tan desolada.

Eso había sido hacía dos días. Blake no dejó de preocuparse por Tara desde entonces, hasta que no pudo resistir la tentación de ir a comprobar personalmente cómo se encontraba. Tenía la sensación de que algo iba mal.

Y cuando la vio, supo que, una vez más, sus instintos habían dado en la diana.

Al principio, Tara se resistió a salir con él. Pero pareció intrigada ante la posibilidad de trabajar con él en un caso. ¿Seria posible que la brillante abogada ocultara un afán aventurero tras su estereotipado, aunque magnífico, porte? Blake podía dejarle saborear ese, lado de la vida... aunque eso fuera lo único que podía ofrecer a una mujer como Tara McBride.

Se pasó una mano por el pelo y pulso el timbre de la puerta.

La mujer que le abrió en esa ocasión no se parecía en nada a la de hacía unas horas. En su lugar se hallaba la competente

profesional que había conocido y admirado, de lejos, en el bufete de abogados.

Se había recogido el cabello en un firme y elegante moño tras la cabeza. Su maquillaje era sutil pero, pero hábilmente aplicado. Llevaba un trae negro y zapatos de tacón alto. La chaqueta se abría en un elegante, y también intrigante escote, que se cerraba con unos brillantes botones negros en la parte baja. La falda era recta y acababa justo por encima de las rodillas, mostrando sus largas piernas. Llevaba unos discreto pendientes de diamantes y un collar de perlas en torno al esbelto cuello.

Era preciosa. Y representaba todo lo que faltaba en su vida.

Apartando con rapidez aquel pensamiento al fondo de su mente, sonrió y alargó la mano, en la que sostenía una rosa de intenso color rojo.

-Me ha recordado a ti -dijo. Elegante, formal, estilizada y bella, aunque su fuerte colorido revelaba la misma pasión oculta que Blake había percibido alguna vez en los brillantes ojos de color azul violeta de Tara.

Se aseguró de que sus dedos rozaran los de ella cuando le entregó la rosa. El breve contacto le produjo una descarga, seguida del casi irrefrenable impulso de estrecharla entre sus brazos.

«Cuidado, Blake», se reconvino. «La tarde no va de eso».

Aquella tarde era para Tara, no para él. Y haría bien no olvidándolo.

Encantada a pesar de sí misma, Tara no pudo evitar llevarse la fragante rosa a la nariz. Era un bonito gesto por parte de Blake, pensó, un poco triste, pero le costaba creer que aquella exuberante rosa le hubiera recordado a ella. Una rosa blanca, tal vez, o una orquídea. Pero nada tan atrevido como aquella flor.

-Gracias -dijo, haciendo un esfuerzo por mantener un firme tono de voz-. En cuanto la ponga en agua estaré lista para salir. A menos que quieras beber algo antes.

Blake negó con la cabeza.

-No, gracias.

Mientras se vestía para salir a cenar, Tara había pensado que aquella era la primera vez en dos semanas que le apetecía la idea de salir del apartamento. El hecho de que fuera con Blake... lo cierto era que hacía que le apeteciera aún más. Pero sólo era eso.

Estaba cansada de pasarse el tiempo sentada, lloriqueando. Había tenido dos semanas para desahogarse, pero había llegado el momento de seguir adelante con su vida... aunque aún no supiera qué hacer con ella.

Siempre había sido una luchadora; en parte, ése era el motivo por el que carecía de trabajo. Era hora de empezar a luchar contra la depresión y volver a ponerse en pie.

Casi había perdido aquella renovada confianza cuando abrió la puerta y vio a Blake. Tenía un aspecto magnífico, pensó, suspirando interiormente. Llevaba un ligero traje gris, camisa blanca y una corbata a rayas azules y plateadas. En esa ocasión había dejado en casa el sombrero, y su pelo dorado estaba desenfadadamente peinado, invitándola a pasar una mano por él.

Era un hombre espectacular, y, muy a pesar de Tara, completamente fuera de su alcance. Era enérgico, excitante, excéntrico e impredecible, cosas que, secretamente, siempre había deseado ser ella, pero que no era. Ella era tan excitante como... como... bueno, como la tabla de impuestos que tanto tiempo pasaba estudiando, pensó, volviendo a suspirar por dentro. Lo cierto era fue no podía comprender por qué se había molestado Blake en ir buscarla.

Tras colocar la rosa en un pequeño florero con agua, Tara tomó su bolso, respiró profundamente y se volvió hacía Blake, que la observaba con una leve sonrisa en los labios.

Haciendo un anticuado y cortés gesto, le ofreció su brazo.

-¿Vamos?

«Sólo es un asunto de trabajo», se recordó Tara. «Cenaremos, él me propondrá lo que quiere proponerme, yo no aceptaré y luego nos separaremos».

Pero no había ningún motivo por el que no pudiera disfrutar de aquella tarde mientras durara. Sonrió y tomó el brazo de Blake. Éste le pareció sorprendentemente fuerte bajo la chaqueta. Cuando alzó la cabeza para mirarlo, se dio cuenta de lo cerca que estaban. Se aclaró la garganta.

-Estoy lista si tú lo estás.

La sonrisa que le dedicó Blake fue de puro pecado.

—Corazón... hace rato que estoy listo.

Aún tratando de decidir cómo responder, Tara dejó que la sacara de su apartamento al exterior, donde fueron recibidos por una deliciosa tarde de primavera.

-¿Una galería de arte? ¿Vamos a cenar en una galería de arte? -Tara miró Blake con expresión confundida mientras éste entraba con el coche en el ya abarrotado aparcamiento del exclusivo establecimiento de Buckhead.

Aunque había espacios disponibles cerca de la puerta, Blake eligió un lugar justo a la entrada del aparcamiento, para no

encontrarse en medio de un atasco cuando quisieran salir.

Tras apagar el motor, sonrió y miró a Tara.

-Lo cierto es que vamos a cenar después. Hemos venido aquí por el caso que te he mencionado.

Los ojos de Tara se abrieron de par en par.

-¿El caso? ¿Quieres decir que ahora mismo estás trabajando? ¿Y que yo estoy aquí para ayudarte?

Blake asintió.

-Sí. Y no sabes cuánto aprecio que así sea.

-Pero...

Blake abrió la puerta cuando Tara estaba a punto de decirle que aún no había aceptado ayudarlo y que no estaba cualificada para ayudar a un detective privado, fuera cual fuese el caso en que estuviera metido. Ella sólo tenía experiencia en él campo de los impuestos. Pero Blake rodeó el coche, abrió la puerta y la ayudó a salir antes de que pudiera pedirle que la llevara de vuelta a casa.

-Ni siquiera sé qué quieres que haga - murmuró mientras él la arrastraba inexorablemente hacia la puerta de la galería de arte.

-Sonreír y ser guapa -contestó Blake en tono despreocupado, y asintió amablemente a una pareja madura muy elegante que llegó a la entrada a la vez que ellos.

Tara tragó con esfuerzo y sonrió.

En el vestíbulo de la galería había un hombre de aspecto intimidatorio con una carpeta en las manos.

-¿Nombre?

-Bill Austin -contestó Blake, y, sonriendo a Tara, añadió-: E invitada.

El hombre revisó la lista, asintió y marcó la página con un lápiz.

-Espero que disfruten de la exposición --dijo, apartándose para dejarlos pasar.

-No sabía que te apellidaras Austin -susurró Tara mientras entraban en la sala de exposiciones, que estaba llena de gente de aspecto muy esnob.

-No lo es -replicó Blake, tomando una copa de champán de una mesa convenientemente situada. Se la ofreció a Tara, que la aceptó automáticamente-. Mira ese cuadro, cariño - dijo en voz alta, guiándola hacia un caballete en el que se hallaba una de las pinturas más feas que Tara había visto en su vida-. ¿No te deja sin aliento?

-Desde luego -murmuró ella, tratando de encontrar algo interesante en aquel amasijo de colores marrones, verdes y amarillos-. Parece algo que hubieras encontrado en el suelo de un

establo. Me sorprende que no haya moscas volando alrededor.

Manteniendo la mirada fija en el lienzo, Blake se aclaró la garganta.

-¿No te encantaría tener un auténtico McCauley?

Tara ladeó la cabeza

-Si esto es un McCauley, preferiría un Elvis en cuero negro. Con lentejuelas -añadió, asegurándose de que no la oyera nadie excepto Blake.

Este la tomó totalmente por sorpresa cuando inclinó la cabeza y la besó rápida y firmemente en los labios.

-Sabía que te entusiasmaría tanto como a mí -dijo en cuanto se apartó. Mientras su tono de voz resultó de los más inocuo, sus brillantes ojos azules mostraron una velada diversión.

Tara se esforzó en recordar cómo volver a respirar. No quería que Blake supiera que aquel breve beso había hecho que se le acelerara el pulso.

Un hombre bajo con peluquín se acercó a ellos, sonriendo.

-Espectacular, ¿no les parece? -preguntó, señalando el lienzo con la cabeza.

-Increíble -replicó Blake.

El hombre miró a Tara con gesto expectante.

-Yo... nunca había visto nada igual - dijo ella cándidamente.

Blake deslizó un brazo por su cintura. -Estábamos hablando del poder que emana de él. De la emoción apenas reprimida que late en el trazo.

El hombrecito asintió con tal entusiasmo que Tara no pudo evitar comprobar si el peluquín permanecía en su sitio. Así era.

-Esta pintura sería una valiosa adquisición para cualquier colección que se precie.

Blake asintió con gesto serio.

-No lo dudo. Pero, por supuesto, a mi esposa y a mí nos gustaría ver el resto antes de decidirnos.

Tara trató de no reaccionar al enterarse de su condición de casada. Pensó, irritada, que le habría ayudado saber de antemano qué diablos hacían allí.

-Por supuesto -dijo el hombre-. Espero que disfruten de la exposición. Si puedo hacer algo por ayudarlos, mi nombre en Botkin.

Cuando el hombre se volvió para irse, Tara miró a Blake, esperando alguna clase de explicación. Estaba a punto de pedírsela cuando parpadeó repetidamente, asombrada. ¡El hombrecillo le había palmeado el trasero al pasar junto a ella! Y el roce había sido

lo suficientemente prolongado como para no pensar que hubiera sido casual.

¡El muy cretino!, pensó Tara, volviéndose a mirarlo mientras se alejaba.

-Blake... -empezó, girando de nuevo hacia éste.

Su «marido» la tomó con firmeza por la cintura y tiró de ella hacia otra pintura, evitando así que hiciera preguntas.

Pasaron la siguiente media hora viendo los cuadros, bebiendo champán y simulando estudiarlos atentamente. Tara sólo encontró uno que no le desagradara demasiado, y sus comentarios, hechos tan sólo para que Blake los escuchara se fueron volviendo más y más mordaces con el paso del tiempo.

-¿Es que en este lugar no hay nada de Norman Rockwell? -preguntó finalmente, exasperada.

Blake rió.

-Querida, me alegra de que me convencieras para venir esta noche. Lo estoy pasando muy bien.

-Me alegra tanto saberlo... -replicó Tara con exagerada dulzura.

Lo gracioso era que ella lo estaba pasando realmente bien.

Apenas se sorprendió cuando, tras mirar su reloj, Blake la miró y dijo:

-Por supuesto, querida. Creo que los aseos están en la parte trasera de la galería.

Evidentemente, Blake quería que fuera a los aseos. Tara no sabía por qué, pero le daba lo mismo. Tampoco había sabido durante toda la tarde para qué estaba allí. De manera que iría a los aseos.

Blake la escoltó galantemente hasta la parte trasera de la galería. Al parecer, conocía el lugar a la perfección, pues para llegar allí había que pasar por diversos pasillos y salas. Finalmente, señaló con la cabeza una puerta en la que una discreta placa decía: Señoras.

-Tómate tu tiempo, cariño -dijo-. Yo también voy al aseo. Luego nos encontramos aquí, ¿de acuerdo?

Pensando que todo aquello resultaba muy extraño, Tara asintió y entró en el aseo.

No había nadie dentro. Se acercó al gran espejo que dominaba una de las paredes, dejó el bolso en el mostrador de mármol y miró su reflejo. Parecía más ella misma que hacía dos semanas, pensó, con ligera satisfacción. Volvía a haber cierto color en su rostro... sin duda, debido al breve y memorable beso de Blake.

Tras repasar brevemente su maquillaje, tomó el bolso y salió al vestíbulo del servicio. Estaba vacío.

Dudó, preguntándose si volver a la sala de exposiciones o

esperar allí a Blake. No resultaba muy agradable estar en aquel vestíbulo a solas, ni siquiera sabiendo que había mucha gente cerca.

Un ruido procedente del fondo del pasillo llamó su atención.

-¿Blake? -susurró-. ¿Eres tú?

Se escuchó un nuevo ruido, más seco y fuerte en esa ocasión. Para la repentinamente activa imaginación de Tara sonó como un cuerpo golpeando el suelo. Tragó saliva, diciéndose que sólo eran imaginaciones suyas. A fin de cuentas, estaba en una galería de arte.

Alzando la barbilla, y haciendo acopio de todo el valor desarrollado durante los últimos años enfrentándose a los inspectores de Hacienda, avanzó hacia la puerta abierta de la habitación de la que procedían los ruidos. Si no encontraba allí a Blake, asumiría que éste había vuelto a la galería sin ella.

Lo primero que vio al entrar en lo que parecía una oficina privada fue un cuerpo caído.

Horrorizada, reconoció al hombrecito del peluquín que se les había acercado cuando contemplaban el cuadro de McCauley. Su enrojecido rostro carecía ahora de color, y su peluquín apenas ocultaba ahora su calva cabeza. La parte frontal de su camisa blanca estaba manchada de rojo.

Instintivamente, Tara se agachó y dejó el bolso en el suelo.

¿Puede oírme?

El hombre alzó una mano y se agarró débilmente a su chaqueta, tirando de ella. Su boca se movió como si quisiera hablar, pero, excepto un ronco gemido, nada surgió de ella.

-No trate de hablar -aconsejó Tara con urgencia-. Voy a buscar ayuda.

-Ellos sabían... -logró murmurar el hombre-. Las pinturas eran...

Su mano cayó pesadamente al suelo. Sus ojos giraron hacia atrás. Un escalofrío recorrió la espalda de Tara, junto con la horrible sospecha de que acababa de ver morir a un hombre.

El estómago se le encogió. Se puso en pie y abrió la boca para pedir auxilio.

Dos manos grandes y fuertes la rodearon por detrás, y, antes de que pudiera reaccionar, se encontró atrapada contra alguien grande, sólido, e indudablemente amenazador.

2

Una pesada mano cubrió la boca de Tara antes de que pudiera gritar. Se resistió sin pensarlo, luchando inútilmente por librarse de los brazos del hombre.

-¿Quién diablos eres? -preguntó una grave y amenazadora voz junto a su oído-. ¿Y qué haces aquí? ¿Qué te ha dicho?

Tara logró volver la cabeza y mirar al hombre directamente a la cara. Memorizó en un instante sus rasgos y luego volvió a apartar el rostro.

-Supongo que no importa lo que dijera - murmuró su atacante-, porque no se lo vas a contar a nadie.

Tara apenas podía respirar. La enorme mano del hombre le cubría la nariz y la boca, impidiendo la entrada del aire. Su visión empezó a nublarse. Tiró de su mano, pero él apenas pareció notar sus frenéticos movimientos.

Silenciosamente, gritó el nombre de Blake.

Alguien se precipitó hacía ellos por detrás. Tara oyó algo sólido golpeando contra la cabeza del hombre que la sujetaba. Éste cayó como un peso muerto, y estuvo a punto de arrastrarla al suelo consigo.

Una firmes manos la sujetaron por los brazos.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Blake. Boqueando en busca de aire, Tara asintió. -¿Qué...?

Un sonido de pasos hizo que Blake se pusiera repentinamente rígido.

-Vamos -dijo, empujando a Tara sin miramientos hacia la puerta-. ¡Ahora!

- Pero...

-¡Muévete!

Algo en su tono de voz hizo que Tara reaccionara sin protestar. Dejó que la tomara de la mano y tirara de ella fuera del despacho. Al final del pasillo, a la izquierda, vieron a un hombre vestido de negro que bloqueaba el camino a la galería. Sostenía algo brillante en la mano.

Blake giró a la derecha, arrastrando a Tara tras él mientras corría por el pasillo. Entraron en otra oficina. Al fondo de ésta había una puerta que daba a un callejón.

-Blake...

Él no dudó.

-¡Corre!

Tambaleándose sobres sus altos tacones, Tara trató de mantener su paso. Algo golpeó violentamente la pared del edificio cercano a

la puerta de la galería. Una ráfaga de fragmentos de ladrillo pareció explotar en la pared, pasando a escasos milímetros de su mejilla.

Blake maldijo y tiró de ella.

-¡Deprisa!

Tara se dijo que no podía tratarse de una bala. Trató de convencerse de que había visto demasiada televisión durante las pasadas semanas. Pero la urgencia del tono de Blake y el frío miedo que atenazó su pecho le hicieron a correr más deprisa.

Rodearon la parte frontal de la galería y llegaron al aparcamiento, que estaba lleno de vehículo y gente, bien yéndose o llegando tarde a la exposición. Sin bajar el ritmo de su carrera, Blake zigzageó en torno a los obstáculos hacia su coche. Abrió las puertas con el control remoto y puso el coche en marcha casi antes de que Tara ocupara el asiento del acompañante.

Pisó el acelerador a fondo y el coche salió disparado hacia la salida con un chirrido de neumáticos. Tara cerró los ojos al ver que iban a estrellarse contra un Lexus que venía en dirección contraria. Sintió que la parte trasera del coche de Blake coleteaba, pero éste lo enderezó enseguida y salieron del aparcamiento a toda velocidad.

-Nos siguen -dijo él, antes de que Tara pudiera recuperar el aliento para pedir una explicación-. Ponte el cinturón y agárrate fuerte.

Tara obedeció con manos temblorosas.

No se atrevió a preguntar qué pasaría si quien fuese el que los seguía los atrapaba.

Blake tardó menos de cinco millas en despistar a sus perseguidores. Mientras conducía por uno de los barrios más lujosos de Buckhead, miró repetidamente el retrovisor, hasta que quedó convencido de haber eludido a su perseguidor. Sólo entonces volvió su atención hacia Tara, que permanecía en absoluto silencio, retorciendo las manos sobre su regazo en espera de una explicación.

Blake deseó poder dársela. No tenía idea de cómo un caso que se suponía sencillo y seguro se había vuelto tan peligroso. Su misión consistía exclusivamente en recoger un sobre con información que le iba a entregar un contacto anónimo. Si hubiera tenido la más mínima sospecha de que el trabajo podía resultar peligroso, no se le había ocurrido invitar a Tara a que fuera con él.

-¿Te encuentras bien? -preguntó, reviviendo la conmoción que le produjo encontrarla luchando por su vida en ese despacho, con un hombre muerto a sus pies.

Tara replicó con otra pregunta. ¿Aún nos siguen?

-Los hemos perdido -aseguró Blake.

Ella asintió, aunque no parecía especialmente aliviada..

-¿Puedes llevarme ahora a casa? Blake suspiró.

-Ojalá pudiera hacerlo.

Tara le dedicó una mirada que debía haber intimidado a los inspectores de Hacienda en más de una ocasión.

-¿Qué quieres decir? ¿Por qué no me puedes llevar a casa?

-¿Dónde está tu bolso? -preguntó él con suavidad.

-Yo... -Tara miró a su alrededor un momento y luego hizo una mueca-. Lo dejé caer cuando vi a ese hombre tumbado en el suelo.

Blake asintió.

-Eso era lo que me temía. El tipo que te tenía sujeta debió caer sobre él cuando lo golpeé.

Tara tragó con esfuerzo.

-¿Lo... estaba...?

Blake entendió lo que trataba de preguntar.

-No lo maté. Probablemente sólo lo dejé inconsciente.

De hecho, aquel hombre probablemente estaba en el coche que los había seguido.

Tara respiró, aliviada.

-Gracias a Dios.

Blake no consideró oportuno decirle que, cuando vio que aquel tipo le había puesto las manos encima, su primer impulso fue matarlo. La furia que sintió fue poderosa y violenta. Y ya que no se consideraba un hombre violento, su propia reacción lo había afectado.

-Ellos tienen tu bolso -elijo, con gesto serio-. Lo que significa que tienen tus señas y tus llaves. Si vamos a tu apartamento ahora, lo más probable es que haya alguien esperándonos.

-¿Alguien? -la voz de Tara sonó más aguda de lo habitual-. ¿Crees que puede haber alguien en mi apartamento? ¿Podrías ser un poco más específico?

Blake giró en otra calle, miró el espejo retrovisor y luego trató de contestar.

-Me temo que en estos momentos no tengo muchos detalles. Confía en mí, Tara. No sé más que tú sobre lo que está pasando. Se suponía que estaba haciendo un trabajo fácil y seguro. Algo ha ido mal.

-Evidentemente -replicó Tara en tono sarcástico-. ¡Alguien nos ha disparado!

Blake recordó el sonido de la pistola con silenciador seguido de inmediato por la bala que golpeó el muro a escasos centímetros del rostro de Tara, y notó que volvía a enfurecerse. Pero logró hablar

con bastante naturalidad cuando dijo:

-Eso me temo.

Enfiló el coche hacia el noroeste, en dirección contraria al apartamento de Tara.

-¿A dónde vamos? -preguntó ella.

-A algún lugar seguro -replicó Blake-. A un lugar en el que podamos hablar.

-¿Quiénes son ellos? El hombre que estaba caído en el suelo de la oficina, el que me agarró, el que nos disparó... ¿Qué tienen que ver todos ellos con tu caso?

Blake no lo sabía. Pero sí sabía que Tara no encontraría ningún alivio en su ignorancia.

-Podremos hablar más cómodamente cuando no tenga que concentrarme en conducir - dijo, tomando el camino más fácil.

Tara captó la indirecta y permaneció en silencio. Pero Blake sabía que sólo era un breve respiro.

Fueron a un pequeño motel en Marietta. La construcción era bastante antigua, probablemente de finales de los años cuarenta, y las habitaciones de estuco se apiñaban en tomo al vestíbulo central. La pintura estaba descascarillada y todas ventanas necesitaban una buena limpieza, pero al menos el motel no parecía correr peligro de derrumbarse.

Sin molestarse en pasar por recepción, Blake detuvo el coche frente al apartamento más alejado. Sacó una llave de su bolsillo y señaló la puerta con un gesto de la cabeza.

-Aquí estaremos seguros mientras hago algunas llamadas -dijo.

Tara miró con gesto indeciso la puerta del apartamento y luego a Blake. Después de todo lo que le había sucedido por culpa de éste, ¿cómo esperaba que fuera a entrar con él? A fin de cuentas, apenas lo conocía.

Blake le dedicó una rápida mirada.

-Supongo que sabes que estás perfectamente a salvo conmigo.

Lo cierto era que Tara no lo sabía. A causa de él, se había encontrado por primera vez en su vida frente al cañón de una pistola.

-Quiero saber qué está pasando.

-Yo también -contestó él, serio-. Pero no vamos a obtener ninguna respuesta quedándonos aquí sentados. Confía en mí.

Tara se mordió el labio inferior mientras consideraba todas sus opciones, todos los motivos por los que no debería confiar en él, dadas las circunstancias. Y entonces alargó una mano hacia la manija de la puerta.

Tal vez estaba cometiendo un gran error confiando el él, pero no sería el primero que cometía en la últimas semanas.

La habitación estaba sorprendentemente limpia. Una cama doble ocupaba la mayor parte del espacio. Frente a la única ventana había una mesa redonda con dos sillas. En la pared opuesta a la cama había un pequeño mueble con un televisor. La puerta que había al fondo debía dar al baño.

-¿Aquí es donde te alojas? -preguntó Tara, un poco sorprendida de que Blake tuviera un alojamiento tan modesto.

-De vez en cuando -contestó él, encogiéndose de hombros-. ¿Tienes hambre?

Tara lo miró, preguntándose como podía pensar en algo como la comida en esas circunstancias. Entonces frunció el ceño, preguntándose cómo era posible que tuviera hambre. Porque la tenía.

-Un poco -admitió.

-Yo también. Hay algo de comida en la otra habitación. ¿Quieres preparar algo rápido mientras hago una llamada?

Blake se estaba comportando como si sólo se hubieran detenido allí para tomar algo tras una agradable visita a la galería de arte, pensó Tara, mientras miraba cómo se sentaba al borde de la cama y descolgaba el auricular del teléfono. Se preguntó si aquel enigmático detective privado estaría acostumbrado a que le dispararan,

Tratando de imitar su tranquila actitud, abrió la puerta trasera del dormitorio y se encontró en una pequeña habitación que daba al baño. Bajo un mostrador había una pequeña nevera. La abrió y encontró unas bebidas, un paquete de carne, queso, pan y unas aceitunas. En una cesta encima del mostrador había unas bolsas de patatas, unas galletas y vasos y platos de plástico.

Aquello no era exactamente lo que había imaginado cuando aceptó que Blake la invitara a cenar, pensó, suspirando.

Tras preparar un par de sandwiches, los llevó en una bandeja a la mesa del dormitorio. Blake colgó el teléfono cuando ella entraba.

-No contestan -murmuró.

-¿A quién tratas de llamar?

-Trato de obtener información -sin mirarla, Blake volvió a marcar.

Al cabo de un rato colgó el auricular, maldiciendo entre dientes.

Tara no pudo evitar mirarlo. Parecía tan distinto al hombre que había conocido en el bufete... Nunca lo había visto sin su perezosa sonrisa o el malicioso brillo de sus ojos azules. Con sus relajadas

maneras y su estilo de vestir, siempre lo había considerado la antítesis del duro y serio investigador privado de las novelas policíacas. Desde luego, nunca lo había considerado duro ni peligroso.

Pero, mirándolo ahora, aquella imagen mental cambió radicalmente. Algo en la expresión de Blake hizo que su pulso se acelerara. Se dijo que sólo eran nervios.

Blake la miró y Tara notó el esfuerzo que hizo para dedicarle una de sus agradables sonrisas. Pero ya era demasiado tarde; ya nunca volvería a verlo como antes. Había percibido la amenaza en él cuando golpeó al hombre que la estaba sujetando, y su determinación cuando la arrastró hasta el coche para, finalmente evadir con evidente eficacia a sus perseguidores.

-¿No localizas a tu cliente? -preguntó.

-No. El número que me dio está desconectado.

-¿Qué sucede, Blake?

Él suspiró.

-No lo sé.

Esa no era la respuesta que Tara quería oír.

Blake volvió a descolgar el auricular.

-¿A quién vas a llamar ahora? -preguntó ella, esperanzada-. ¿A la policía?

-No. Todavía no. ¿Cuál es tu número de teléfono, Tara?

-¿Mi número?

Blake asintió pacientemente.

Aunque Tara no podía imaginar por qué quería escuchar Blake su contestador, le dio el número.

Él lo marcó, esperó un momento, y luego, frunciendo el ceño, colgó el auricular de golpe.

-Maldición.

-¿Qué sucede? -preguntó Tara con cautela. Blake la miró con expresión de disculpa.

-Ha contestado un hombre.

Tara se quedó fría. Había un desconocido en su apartamento, rebuscando entre sus cosas, inmiscuyéndose en su vida, comprobando sus llamadas.

-Llama a la policía -insistió-. Diles que hay alguien en mi apartamento que no tiene derecho a estar allí. ¡Maldita sea, Blake, haz algo!

Blake se levantó, la tomó por los antebrazos y la miró fijamente a los ojos.

-Tranquilízate.

-¿Que me tranquilice? ¿Que me tranquilice? -repitió Tara, incrédula-. Se suponía que íbamos a cenar. Eso era todo. Y ahora un hombre ha recibido un disparo, alguien me ha agarrado y ha tratado de ahogarme, otro nos ha disparado, y ahora estamos en este destartalado motel de Marietta mientras algún desconocido se dedica a husmear en mi apartamento. Dices que no sabes lo que está pasando, pero no quieres llamar a la policía. ¿Cómo quieres que me tranquilice?

-Sólo era una sugerencia -contestó Blake con suavidad-. Pero si vas a sentirte mejor poniéndote histérica, hazlo.

Tara adelantó ligeramente la barbilla.

-No voy a ponerme histérica.

-Buena elección.

-No te pongas condescendiente conmigo, Blake. Teniendo en cuenta todo lo que ha sucedido, creo que estoy llevando bastante bien la tarde.

-Por supuesto que la estás llevando bien. Y no pretendo ser condescendiente contigo. En primer lugar, estoy tratando de disculparme por haberte metido en este lío -los ojos azules de Blake se oscurecieron a la vez que su rostro adquiría un gesto de pesar-. Si hubiera sospechado que las cosas iban a ponerse tan mal nunca se me habría ocurrido llevarte a la exposición. Se suponía que lo único que debía hacer era encontrarme con alguien en el servicio de caballeros, recoger un sobre y marcharme. Pensé que podrías ser una buena cobertura para la tarde, hacer que mi presencia en la galería resultara menos sospechosa, y que después podríamos ir a cenar y a pasarlo bien. No sospechaba nada de lo que ha sucedido.

Tara lo creyó.

-¿Era el hombre del peluquín el que tenía que darte el sobre? preguntó-. ¿El que se llamaba Botkin?

Blake hizo una mueca.

-Odio repetirme, pero lo cierto es que no lo sé. Supongo que sí lo era.

-¿Qué...?

Blake interrumpió a Tara con otra pregunta. -¿Por qué no nos comemos los sándwiches y luego te cuento lo que sé? Después, trataré de averiguar qué diablos ha pasado.

Tara asintió.

-De acuerdo. ¿Qué quieres beber?

Blake le dedicó una sonrisa ladeada.

-Me vendría bien un whisky doble, pero me conformo con un refresco. Siéntate, yo voy por él. ¿Qué te apetece a ti?

-Un zumo de naranja -teniendo en cuenta lo nerviosa que estaba, Tara pensó que la cafeína no sería lo más adecuado.

Unos momentos después, mientras comían, Blake murmuró:

-Iba a llevarte a un sitio muy agradable. Lo cierto es que esta tarde esperaba impresionarte.

-Puedes estar seguro de que lo has conseguido -respondió Tara en tono irónico.

-Pero no como lo tenía pensado.

Tara dio un sorbo a su zumo de naranja. -Háblame del caso.

Mientras comía su sandwich, Blake fue informándole del asunto.

-Recibí una llamada de alguien de una compañía de seguros para la que trabajo a veces, Igual que también trabajo a veces para tu bufete.

-Mi antiguo bufete -corrigió Tara. Blake asintió.

-El caso es que la persona que me llamó no era mi contacto habitual, pero ya que no siempre hablo con el mismo, no me extrañó demasiado.

¿Has dicho que te pidió que te encontraras con alguien en la galería de arte para recoger un sobre?

En lugar de contestar directamente, Blake hizo otra pregunta.

-¿Has oído hablas de C. Jackson y Willfort?

-Por supuesto. ¿Quién no ha oído hablar de él?

El multimillonario era una figura prominente de la sociedad de Georgia. Tenía un lujoso piso en Atlanta y una opulenta mansión en Savannah. Era casi tan conocido por las fiestas que daba como por sus conservadores puntos de vista políticos y sus generosas donaciones.

Últimamente corrían rumores de que quería presentarse a gobernador o, tal vez, a senador. Tara había oído incluso rumores de que tenía sus miras puestas en el Despacho Oval.

-¿Sabías que es un ávido coleccionista de arte?

Tara asintió.

-¿No le habían robado últimamente unas valiosas pinturas de su colección?

-Sí. Entraron en su casa en Atlanta y se llevaron dinero, joyas, y varias de las pinturas que se iban a exponer en el vestíbulo de un famoso banco local. Era la primera vez de Willfort se decidía a compartir parte de su colección privada con el público, de manera que el hecho llamó la atención. Al parecer, alguien averiguó que las pinturas estaban en la casa y logró llevárselas.

Tara frunció el ceño.

-Imagino que en una casa en la que hay dinero, joyas y valiosos

cuadros, habrá un sofisticado sistema de seguridad.

-Lo había. Un guardia resultó seriamente herido. Parecía un trabajo profesional.

-¿Realizado desde el interior, tal vez? -sugirió Tara, pensando en toda la televisión que había visto durante las dos semanas pasadas. Blake se encogió de hombros. -Es una posibilidad.

-¿La compañía de seguros para la que trabajas era la aseguradora de los objetos robados?

-Sí. Me llaman a menudo para casos como éste, bien para que trate de recuperar la mercancía o para que me asegure de que no tratan de engañar a la aseguradora. Todo lo que me dijeron en esta ocasión fue que alguien que trabaja para la galería Pryce, alguien que temía dar su nombre, tenía cierta información referente al robo. Como ya te he dicho, yo tenía que encontrarme con él en el servicio de caballeros, donde me entregaría un sobre. Luego debía salir de la galería, comprobar lo que había en el sobre para ver si contenía algo de interés, y llamar a mi cliente al número que me había dado. Rápido. Sencillo. Seguro... O, al menos, eso creí. Pero no apareció nadie en el servicio de caballeros, y cuando volví a recogerte... bueno, lo demás ya lo sabes.

-Entonces, ¿qué fue mal?

Blake se pasó una mano por el pelo.

-Ojalá lo supiera.

-¿Por qué no llamas a la policía? -finalmente, Tara hizo la pregunta que más la preocupaba. Cada vez que había mencionado a la policía, la expresión de Blake se había cerrado. Quería saber por qué.

Blake miró su reloj y luego tomó el mando a distancia del televisor, que se hallaba junto al teléfono.

-¿Vas a ver la televisión? -preguntó Tara, incrédula.

-Quiero ver las noticias locales -replicó

Blake, apretando el botón-. Antes de llamar a la policía, puede ser buena idea ver qué dicen sobre lo sucedido.

Tara trató de mostrarse paciente mientras Blake se concentraba en el informativo. Varias noticias de ámbito nacional encabezaron éste, pero, después, el presentador mencionó el robo que había tenido lugar esa tarde en una galería de arte local. Habían robado dinero y una colección de valiosas miniaturas enmarcadas que se hallaban almacenadas en un despacho trasero para una próxima exposición.

-La policía busca a, un hombre y a una mujer, ambos rubios, de unos treinta años, que asistieron a la inauguración bajo el nombre

de señor y señora Austin -explicó el presentador-. Si alguien tiene alguna información referente a este robo, se ruega se ponga en contacto con el departamento de policía de Atlanta.

Tara se volvió hacia Blake, con ojos abiertos de par en par.

-¿La policía nos busca? ¿Y el hombre asesinado? ¿Y por qué no han mencionado mi nombre si ya saben quién soy?

-No creo que la policía tenga tantos detalles como nosotros sobre lo que ha pasado -replicó Blake.

-¿Quieres decir que no saben que alguien resultó asesinado en la galería?

Blake asintió.

Tara se puso en pie y fue hacia el teléfono. -Tenemos que decírselo a alguien, Blake. Vimos el cadáver. Somos testigos.

Blake se levantó, interponiéndose entre Tara y el teléfono.

-Somos sospechosos.

Sus palabras hicieron que Tara se quedara sin aliento. Movió la cabeza lentamente.

-Nadie creerá que hemos tenido algo que ver con esto.

-Estábamos allí con nombres falsos. Fuimos a la parte trasera de la galería durante la inauguración. Estoy seguro de que hay un par de leales empleados de la galería dispuestos a jurar que nos vieron salir del despacho. Los mismos que trataron de pegarnos un tiro.

-Pero tú eres un investigador privado. Estabas allí por un caso. Y yo trabajo para un importante bufete... o, al menos, trabajaba.

-En general, a los policías no les caen demasiado bien los investigadores privados -murmuró Blake-. Y, de momento, no puedo ponerme en contacto con mi cliente para demostrar que estaba allí haciendo mi trabajo. Tengo algunos amigos en el Cuerpo de Policía, pero prefiero esperar a tener más información antes de arriesgarme a que nos sometan a un interrogatorio.

--¿Qué tratas de decirme, Blake?

Él movió la cabeza.

-Nada específico -aseguró-. Es sólo... Bueno, tengo un presentimiento.

Tara alzó una ceja.

-¿Un presentimiento?

Casi habría podido jurar que las mejillas de Blake se ruborizaron mientras se aclaraba la garganta y apartaba la mirada.

-A veces sé cuando algo va mal, llevo oyendo campanillas mentales de advertencia sobre este asunto desde que he descubierto que el número que me dieron no funciona.

Tara entrecerró los ojos.

-Estás diciendo que eres... ¿Qué? ¿Un vidente?

Blake frunció el ceño.

-Digamos que he aprendido a fiarme de mi instinto.

-Y tu instinto te dice que no llames a la policía.

-Sí -Blake miró a Tara a los ojos-. No sé qué está pasando y siento mucho haberte metido en este lío. Sé que piensas que deberíamos llamar a la policía, contarles lo sucedido y dejar que se hagan cargo de todo. Si eso es lo que quieres que haga, llamaré y correremos el riesgo.

-Pero tu instinto te dice que eso sería un error -concluyó Tara, lentamente.

Sin apartar la mirada de ella, Blake asintió.

Tara respiró profundamente.

-Tienes mucha más experiencia que yo en esta clase de cosas -dijo, tras una larga pausa-. Haz lo que consideres más oportuno.

Para su sorpresa, Blake inclinó la cabeza y le dio un rápido y duro beso en la boca.

-Gracias por, confiar en mí -murmuró.

Iba a tener que dejar de hacer eso, pensó Tara mientras él se apartaba. Por algún extraño motivo, su mente dejaba de funcionar cuando los labios de Blake la tocaban.

Él descolgó el teléfono y marcó un número.

-Soy Blake -dijo, sin molestarse en añadir su apellido-. Necesito que me hagas un favor.

Quien fuera la persona con la que estaba hablando, debió aceptar sin dudarlo.

Mientras Blake seguía dando instrucciones, Tara se preguntó si habría alguien capaz de negarle algo a aquel hombre.

El hecho de estar allí en aquella habitación con él, involucrada en aquella locura, demostraba que era extremadamente persuasivo. Iba a tener que mantenerse en guardia para evitar que la liara aún más de lo que ya estaba.

3

Tara esperó a que Blake colgara el teléfono antes de preguntar:

-¿Qué vamos a hacer ahora?

Blake le dedicó una sonrisa tranquilizadora. -Podemos esperar aquí un rato más. Deberíamos...

La sonrisa se borró de su rostro. Volvió la cabeza repentinamente hacia la ventana, como un animal que hubiera captado alguna señal de peligro.

-¿Qué sucede? -preguntó Tara, poniéndose alerta.

Blake se dirigió con sigilo hacia la ventana y alzó la cortina lo justo para echar un vistazo al aparcamiento.

-Tenemos que irnos --dijo dejando caer la cortina-. Ahora.

El corazón de Tara dio un vuelco mientras Blake la tomaba de la mano con evidente urgencia.

-¿Qué has visto ahí fuera?

-El mismo coche que nos ha seguido antes. Acaba de pasar junto al mío. Estamos a punto de tener una compañía que no deseamos -Blake se movió hacia el baño mientras hablaba, tirando de Tara.

-¿Cómo han podido localizarnos?

-No sé... oh, diablos.

Ella lo miró con cautela.

-¿Qué?

-Tu teléfono tiene identificador de llamadas.

No fue una pregunta, pero Tara asintió de todos modos.

-Sí.

Blake masculló una maldición, aparentemente dirigida a sí mismo. Luego volvió a tirar de ella.

-Vamos. Tendremos que salir por la ventana.

¿Cómo vamos a llegar al coche?

Blake abrió la ventana del anticuado baño. Había apagado la luz y Tara vio que daba a un descuidado jardín tras el que se veía lo que parecía un expositor de coches usados, ya cerrado a esas horas de la noche.

Sin detenerse a contestar su pregunta, Blake se volvió para que Tara saliera por la ventana. Ella se subió la ceñida falda del vestido negro hasta los muslos, diciéndose que aquel no era momento para mostrarse recatada. Dadas las circunstancias, dudaba que Blake estuviera interesado en sus piernas.

Un momento después ambos estaban fuera del apartamento. De inmediato, Blake se puso en marcha de nuevo, encaminándose hacia la explanada en la que se hallaban los coches usados. Tara permaneció firmemente sujeta a su mano, temiendo oír un disparo

en cualquier momento tras ellos.

Sus zapatos de tacón no le facilitaron las cosas y en cierto momento estuvo a punto de perder el equilibrio. Blake la ayudó a mantenerse en pie, murmurando unas palabras de ánimo.

Manteniéndose agachado, y urgiéndola para que hiciera lo mismo, zigzagueó entre los coches hasta alcanzar una furgoneta negra que parecía en mejor estado que el resto. Tara se sorprendió cuando le vio sacar una llave del bolsillo y meterla en la cerradura de la puerta del conductor.

-Entra -dijo Blake, indicándole que subiera.

Tara obedeció.

Mientras él ponía el vehículo en marcha, ella vio que en el baño del apartamento que acababan de abandonar se encendía una luz. Una oscura figura se movió tras el cristal. Un instante después, Blake pisó el acelerador, dejando atrás el motel y su coche deportivo.

Siguieron en la furgoneta poco más de una hora, conduciendo por una carretera secundaria que los llevó hasta Carrollton, a unas cuarenta millas al sureste de Atlanta. Blake explicó brevemente que no quería alejarse demasiado, y eso fue más o menos todo lo que hablaron durante el trayecto. Él parecía concentrado en sus pensamientos, y Tara estaba demasiado ocupada tratando de encontrar algún sentido a lo sucedido.

Poco después, Blake entró en una gasolinera y detuvo el coche junto a la puerta de los servicios. Se volvió y recogió una bolsa de viaje del asiento trasero. Luego, abrió la puerta.

-En seguida vuelvo -dijo.

Tara echó el cierre de las puertas de la furgoneta en cuanto él se apeó.

Unos minutos después vio salir de los servicios a un vaquero al que apenas reconoció. Llevaba ceñidos vaqueros, una camisa blanca de manga larga, botas y un sombrero negro que cubría parcialmente su rostro. Incluso su forma de caminar era un poco diferente.

Sólo la bolsa que llevaba bajo el brazo le resultó familiar.

Blake golpeó en la ventana del conductor para que le abriera la puerta.

-Debería pedirte el santo y seña antes de dejarte entrar -murmuró Tara mientras abría.

El rió.

-El traje iba bien con el coche deportivo - explicó-. Una furgoneta como ésta exige un cambio de imagen.

Arrojó la bolsa en el asiento trasero y se sentó tras el volante. Su

sombrero casi tocaba el techo; se lo quitó y lo dejó en el asiento que había entre ambos.

-No toques mi sombrero -dijo, imitando a la perfección el arrastrado acento tejano -. Era de mi bisabuelo. No querría que le sucediera nada.

-No te preocupes por tu sombrero -ironizó Tara-. Es tu cuello lo que voy a estrujar si las cosas siguen empeorando.

Blake le dedicó una animada sonrisa.

-Ése es el espíritu -murmuró, recuperando su habitual tono de voz.

Tara respiró profundamente.

-De acuerdo, Tex -dijo-. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Blake no podía dejar de admirar la actitud de Tara. Teniendo en cuenta todo lo que había sucedido esa tarde, era sorprendente que no estuviera hecha un manojo de nervios.

Su única intención había sido buscar una excusa para pasar un rato con la abogada más atractiva que había conocido nunca, y que apenas le hacía caso cuando acudía a su bufete. Desde luego, no había anticipado el caso de asesinato en que ahora estaban involucrados.

Los acontecimientos habían escapado a su control incluso antes de encontrar a Tara luchando con aquel gorila en el despacho de la galería de arte. O incluso antes, cuando Tara le abrió la puerta de su apartamento, con un aspecto desvalido y vulnerable que Blake nunca habría esperado ver en la competente, tranquila e inteligente abogada que conocía.

No estaba acostumbrado a que las circunstancias lo tomaran por sorpresa de aquella forma. Hasta entonces nunca se había visto tan distraído por una mujer como para dejar de prestar atención a sus habitualmente fiables instintos.

Esa noche estaba cometiendo errores. Y odiaba admitir que sus sentimientos hacia Tara McBride estaban haciendo que se volviera descuidado. Siempre se había cuidado mucho de no dejar que nadie se interpusiera en su trabajo.

Debería haberse limitado a invitar a Tara al cine.

Ya era medianoche cuando detuvo la furgoneta en el aparcamiento de otro motel.

-Espera aquí un momento --dijo, fijándose en el cansado aspecto de Tara-. Voy a pedir una habitación.

-¿No crees que deberíamos llamar a la policía, Blake? -preguntó ella, mirándolo a los ojos-. Debemos contarles lo que hemos visto. De alguna manera lograremos hacer que nos crean.

Blake comprendía su temor y su automática suposición de que la policía se haría cargo de todo. Pero no compartía su optimismo. Llevaba demasiado tiempo cuidando de sí mismo como para dejar su destino en manos de otros.

-Deja que antes haga unas llamadas. Quiero hacer algunas preguntas más, ¿de acuerdo?

Tara dudó.

-Ambos estamos cansados -continuó Blake-. No nos vendrá mal descansar un par de horas antes de ponernos en contacto con la policía, ¿no te parece?

-No, a menos que nos acusen de obstrucción a la justicia por haber tardado tanto en denunciar el asesinato.

-No tenemos ninguna prueba de nada. Sólo podemos contarles que hemos descubierto un cuerpo en una habitación trasera de la galería y que luego nos han disparado y seguido hasta el motel, pero no podemos demostrar nada. Evidentemente, la policía no tiene ningún cadáver, ya que lo que buscan es un ladrón, no un asesino. Tengo a un amigo haciendo algunas averiguaciones para mí. Deja que llame para que me diga qué ha averiguado. Luego hablaremos sobre qué hacer a continuación.

Tras una larga pausa, Tara suspiró y asintió.

-De acuerdo, lo que mejor te parezca.

Blake quiso volver a besarla. Trato de decirse que sólo era porque estaba agradecido por su confianza y valor... pero ya que había deseado besarla desde el momento en que la vio por primera vez, sabía que había mucho más que eso. Y también sabía que aquel no era el momento adecuado para dejarse guiar por un impulso.

-Voy a pedir una habitación -repitió con voz ronca-. No tardaré.

Oyó que las puertas de la furgoneta se cerraban en cuanto bajó de ésta.

Tara no se estaba tomando la aventura con tanta calma como fingía.

La habitación del motel era incluso más pequeña que la del apartamento que acababan de dejar. Tenía dos camas grandes que ocupaban casi todo el espacio, con una mesilla entre ambas y un armario en la pared opuesta. Ni siquiera había espacio para una mesa y unas sillas. Un diminuto vestíbulo con un fregadero daba al baño.

-No es exactamente el Ritz – dijo Blake, mirando a su alrededor con una mueca de desagrado-. Pero es tranquilo, anónimo y está cerca de la autopista.

-Y está limpio -dijo Tara débilmente, sentándose en el borde de

una de las camas-. Yo me conformo.

Blake la miró un momento antes de hablar.

-¿Cuándo ha sido la última noche que has dormido de un tirón?

Tara no recordaba. La situación en el bufete la había alterado tanto...

-Estoy bien -dijo.

-Estás agotada -replicó Blake-. Túmbate. Descansa. Haré mis llamadas y te avisaré cuando llegue el momento de irnos.

Tara pensó que le iba a costar mucho dormirse con Blake moviéndose por la habitación, hablando por teléfono... mirándola.

Pero era cierto, estaba agotada.

-Puede que me tumbe un poco -murmuró, quitándose los zapatos. Los doloridos dedos de sus pies parecieron suspirar de alivio.

Blake la miró con el ceño fruncido.

-No vas a poder descansar con ese traje. ¿Por qué no te quitas la chaqueta y la falda?

Tara pensó en el diminuto sujetador y en las braguitas que llevaba bajo el traje. No pensaba quedarse en ropa interior ante Blake.

-Estoy bien así -aseguró.

Blake abrió su bolsa y buscó algo en ella. -Puede que aquí tenga algo que te valga. -En serio, Blake no es...

Él sacó un chándal negro y unos calcetines blancos.

-Esto servirá -dijo, satisfecho-. Los pantalones tienen elástico.

Tara miró con gesto inquisitivo la bolsa. -¿Qué más llevas dentro?

El sonrió.

-El traje, la camisa y la corbata que llevaba antes, los zapatos, un par de mudas de ropa interior limpias, una camisa limpia y algunos objetos de tocador. No es una bolsa sin fondo.

-Empezaba a preguntarme qué ibas a sacar a continuación -dijo Tara.

Blake le tendió el chándal.

-Puedes cambiarte en el baño. Yo llamaré mientras a mi amigo.

Tara estuvo a punto de atragantarse cuando se vio reflejada en el espejo del baño. Su pelo caía en pegados mechones en torno a su cabeza. Su traje estaba completamente arrugado y de su falda colgaban unos trozos de hierba seca. Sus medias tenían varias carreras, problablemente debidas a los matorrales junto a los que habían pasado para alcanzar la furgoneta.

Su rostro estaba pálido y ojeroso. Parecía un zombie. Se quitó el

collar de perlas y lo guardó en el bolsillo derecho de su chaqueta. Luego se quitó el traje y se puso el chándal. Imaginó a Blake llevando la misma ropa y se ruborizó. Pero debía admitir que así estaba mucho más cómoda.

Las prendas eran demasiado grandes para ella, por supuesto, pero los elásticos de la cintura, muñecas y tobillos, resultaron muy útiles. Desde luego, no era una vestimenta muy seductora, pensó, críticamente, pero tampoco estaba planeando seducir a Blake.

Ese pensamiento ni siquiera se le había pasado por la cabeza hasta entonces.

«Mentirosa», dijo una vocecilla en su interior. Ella la ignoró.

Tras pasarse las manos por el pelo, pues carecía de cepillo o peine, abrió la puerta del baño y salió a la habitación con la chaqueta y la falda dobladas sobre un brazo.

Blake colgó el teléfono y la miró con una ligera sonrisa.

-Así pareces mucho más cómoda.

Tara asintió.

-Lo estoy, gracias. ¿Has localizado a tu amigo?

Algo cambió en la expresión de Blake.

-¿Por qué no te tumbas y descansas un rato? -dijo, a la vez que retiraba la colcha de una de las camas-. Hablaremos más tarde.

Tara entrecerró los ojos.

-¿Por qué no me dices qué pasa?

-No pasa nada importante.

Blake no miró a Tara a los ojos cuando contestó y ella no le creyó.

-Habías dicho que no me ibas a ocultar nada.

-¿Incluso si se trata de algo que preferirías no escuchar?

-Sobre todo en ese caso -contestó Tara, cruzándose de brazos-. ¿Qué sucede?

-Mi amigo me ha dicho que se ha encontrado un deportivo negro abandonado en un motel en Marietta.

-¿El tuyo?

Blake asintió.

-Ha dicho que la policía busca al dueño del vehículo, un hombre que se registró en el motel como Bradley Hunter, para interrogarlo respecto al robo en la galería.

-¿El coche está registrado a tu nombre? Blake negó con la cabeza.

-Es de una compañía de alquiler de coches de Atlanta. Bradley Hunter fue el nombre que utilicé cuando lo alquilé.

-¿Utilizas alguna vez tu verdadero nombre? -preguntó Tara,

exasperada.

-No muy a menudo.

-Así que alguien trata de convertirte en sospechoso de robo. Tal vez incluso de asesinato.

-Eso parece.

-¿Por qué?

-Buena pregunta. Ojalá tuviera la respuesta. ¿Por qué no ha salido mi nombre a la luz? -preguntó Tara-. Sabemos que lo tienen.

-Sabemos que «alguien lo tiene» -corrigió

Blake-. Pero no sabemos si se trata de la policía. Tara se pasó una mano por el pelo, tratando de encontrar alguna lógica a una situación que no parecía tenerla.

-¿Pero por qué? Si alguien está tratando de perjudicarnos, ¿no harían que la policía me buscara?

Blake se inclinó para tomar los pies de Tara y colocarlos sobre la cama. Fue un indicio de lo cansada que estaba que no protestara cuando le hizo tumbarse sobre las almohadas, como si se tratara de una niña adormecida.

-Podemos hablar después de que descanses -dijo, sentándose en el borde del colchón junto a ella.

-No has respondido a mi pregunta -replicó ella.

-No sé por qué no ha aparecido tu nombre -respondió Blake-. A menos que quienes nos, siguen piensen que sabes algo que pudiera serles útil si nos encuentran antes que la policía. O algo que pueda perjudicarlos si la policía nos encuentra antes.

-Pero yo no sé nada -protestó Tara-. Soy una víctima inocente de este lío.

-Lo sé muy bien, créeme -dijo Blake con pesar.

Tara cerró los ojos.

-Tenemos que averiguar qué está pasando -murmuró.

-Lo haremos -aseguró Blake. Se inclinó sobre ella, apoyando el brazo izquierdo a su lado, y apartó con suavidad un mechón de pelo de su frente.

Tara abrió los ojos al hacerse repentinamente consciente de que prácticamente estaba en brazos de Blake. El rostro de éste estaba muy cerca del suyo y tenía los ojos fijos en su boca. La estaba mirando como a veces lo hacía en sus ensoñaciones: como si fuera una mujer a la que un hombre como él pudiera encontrar interesante. Excitante. Deseable.

Para ella él era así, por supuesto. Y más.

Era todo lo que ella nunca había sido.

Por un instante, sintió el loco impulso de alzar las manos,

rodearle el cuello con los brazos y atraerlo hacia sí. Pero el escrupuloso autocontrol desarrollado a lo largo de los años de ejercicio de su profesión le permitió superar aquel imprudente impulso. Permaneció quieta, mirándolo, deseando que las cosas fueran distintas. Deseando ser distinta.

Unos momentos después, Blake se apartó de ella con evidencia desgana.

-Descansa un poco, Tara. Yo vigilaré mientras.

No había mucha gente en la que Tara confiara lo suficiente como para ponerse en sus manos.

Extrañamente, y teniendo en cuenta que apenas lo conocía, confiaba en Blake.

Ese fue el último pensamiento claro que tuvo antes de permitir que el sueño se apoderara de ella.

En el sueño de Tara, el hombre yacía en el suelo, sangrando, con los ojos abiertos y mirando los suyos. Silenciosamente, le rogaba que lo salvara.

Ella se volvió para correr en busca de ayuda, pero se encontró frente a sus socios en el bufete, Carpathy, Dillon y Delacroix.

-No se quede ahí boquiabierta, señorita McBride -ordenó Mason Carpathy en tono severo, mirando por encima del borde de sus gafas-. Hágase cargo de la situación.

-Pero yo no sé cómo. Soy abogada, no doctora.

-¿Abogada? -Carpathy miró a sus colegas, que sonrieron con displicencia-. No muy buena, por cierto. La despedimos, ¿recuerda?

Tara movió la cabeza.

-Pero yo...

El hombre en el suelo gimió, alargando sus manos hacia ella.

-¿No va a ayudarle, señorita McBride? -preguntó Earnest Dillon.

Tara se volvió hacia Lester Delacroix, el único socio que la defendió durante su caída, aunque incluso él se vio forzado a reconocer al final que el antiguo cliente que quería que la despidieran era más importante que una joven abogada.

-Por favor, señor Delacroix. Ayúdeme.

Él la miró con una mezcla de compasión y decepción.

-No quiso escuchar mi consejo antes, señorita McBride. Si lo hubiera hecho, aún seguiría empleada aquí. ¿Por qué pide mi ayuda ahora?

-¡Pero esto es distinto! Por favor, no me haga...

El hombre del suelo jadeó, tosió. Sus ojos giraron hacia atrás.

Carpathy frunció el ceño.

-Lo ha dejado morir, señorita McBride.

-No, yo...

Los otros socios movieron la cabeza.

-¿Es qué no puede hacer nada bien, señorita McBride? -preguntó Dillon, críticamente.

-Pero esto no ha sido culpa mía -protestó Tara, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas-. Por favor, no sé...

-Es usted un auténtico fracaso, ¿verdad, señorita McBride? -preguntó Delacroix con tristeza.

Tara miró al hombre muerto en el suelo.

-Pero no ha sido culpa mía -susurró, sintiéndose desesperadamente sola, asustada-. He hecho lo que he podido.

-Un fracaso -la palabra reverberó en torno a ella-. Es usted un fracaso, Tara McBride. Un fracaso.

4

-Tara, Tara, corazón, despierta.

Tara frunció el ceño al oír que la voz de Blake invadía sus sueños, pero no despertó de inmediato. Murmuró algo más que él no pudo entender, pero parecía tan desasosegada que Blake deseó abrazarla y hacer que desapareciera su temor.

Le acarició el rostro, con el pulso menos firme de lo que le habría gustado.

-Tara. Vamos, cariño, abre los ojos.

Tara hizo lo que te decía.

-¿Acabas de llamarme «cariño»? -preguntó, con la voz ronca debido al sueño.

La boca de Blake se curvó en una sonrisa. -Estabas teniendo una pesadilla. Tara parpadeó.

-¿He dicho algo? -preguntó, preocupada.

-Nada coherente -aseguró él-. Sólo parecías muy inquieta.

Tara pasó una mano por su revuelto pelo e hizo un serio esfuerzo por despejarse. -¿Qué hora es?

Blake miró su reloj.

-Casi las cinco.

-¿Has dormido algo?

-Lo suficiente -Blake miro atentamente a Tara-. ¿Estás bien?

Ella apartó la mirada.

-Sí. Sólo ha sido un sueño tonto.

-Muy comprensible, teniendo en cuenta todo lo que te ha pasado hoy. ¿Te gustaría hablar de tu pesadilla?

-No -respondió Tara, con demasiada rapidez.

Blake asintió.

-Bien.

-Ya te he dicho que era un sueño tonto. -No te preocupes, Tara. No tienes por qué contármelo si no quieres.

Ella trató de erguirse en la cama. Blake le tendió una mano y se apartó para permitir que se sentara junto a él en el borde de la cama.

-¿Has pensado en alguna teoría que explique lo que nos está pasando? -preguntó Tara con cierta aspereza.

Blake supo que trataba de ocultar su inseguridad tras la máscara de dura abogada que había desarrollado en su profesión.

-He estado recapitulando todo lo sucedido durante la tarde -admitió-. Desde el principio.

-Parece buena idea. ¿Te importaría recapitular tu recapitulación para mi?

Blake aún no había soltado la mano de Tara, y ahora no le apetecía hacerlo. Entrelazó sus dedos con los de ella, dejando que sus manos enlazadas descansaran entre ellos, sobre el colchón. Luego trató de concentrarse en la conversación.

-De acuerdo -dijo-. Fuimos a la galería de arte siguiendo una llamada de alguien que conocía los nombres de mis contactos habituales con la compañía de seguros, así como los procedimientos que ésta solía utilizar para ponerse en contacto conmigo.

-Blake, ¿te has planteado alguna vez ir al psiquiatra para pedir consejo respecto a ese complejo de James Bond? -preguntó Tara, con una ironía que divirtió a Blake.

Su boca se curvó en una sonrisa ladeada.

-De alguna forma tengo que divertirme.

Ella le devolvió la sonrisa con la mirada.

-Adelante.

-De acuerdo -Blake se aclaró la garganta antes de continuar-. Una vez en la galería, y mientras contemplábamos un McCauley, se nos acercó un hombre con peluquín que parecía estar observándonos muy atentamente.

Blake sospechó entonces que Botkin era el hombre que había concertado la cita, pero no se le ocurrió pensar que corriera peligro.

-A la hora acordada -continuó-, esperé en el servicio de caballeros a alguien que no apareció. Tras unos minutos, me asomé al vestíbulo y volví a la sala de exposiciones para echar un vistazo. Cuando volví, aún no había nadie en el baño ni en el vestíbulo, pero escuché un ruido procedente de una puerta abierta en el extremo del pasillo. Me había asomado a ese despacho antes de volver a la sala de exposiciones -añadió-. Entonces no había nadie allí.

-Lo que significa que el hombre del peluquín apareció por allí después de que tú te fueras. Y que el otro hombre, el que le disparó y me agarró, le seguía los pasos.

Blake asintió.

-Debí esperar -murmuró, disgustado consigo mismo-. No debí dejarme distraer por...

«Ti». Interrumpió el final de la frase, haciendo que Tara lo mirara con gesto interrogante.

-El caso es que debería haber sido más paciente -añadió.

-Todo el mundo comete errores, Blake - dijo Tara.

-Eso es algo que tú tampoco deberías olvidar -murmuró él-. Al menos, el error que cometiste en tu trabajo, si es que fue un error, no hizo que alguien resultara muerto.

-Y si tú hubieras esperado más tiempo en el vestíbulo de los

servicios, podrías haber sido tú el muerto -le recordó Tara-. Es evidente que había alguien interesado en que no recibieras las información que el hombre iba a darte.

Blake se pasó la mano que tenía libre por la barbilla.

-Todo lo que me dijo la persona que llamó fue que la información estaba relacionada con el robo Willfort.

-Y era tan importante que Botkin resultó asesinado antes de poder dártela.

-Eso es sólo una suposición -dijo Blake-. Por lo que sabemos, podría haber sido asesinado por un marido celoso. O por alguien que trataba de robar en la galería. Puede que sólo fuera una coincidencia que tú y yo estuviéramos allí.

-¿De verdad crees eso?

Blake dudó una fracción de segundo antes de negar con la cabeza.

-No. No creo demasiado en las coincidencias.

-Yo tampoco. Así que, al parecer, yo entré en el despacho justo después de que Botkin recibiera el disparo. El asesino me atrapó. Me preguntó qué estaba haciendo allí -Tara se estremeció al revivir la situación.

Blake le estrechó la mano, reconfortándola.

-Luego me preguntó qué me había dicho Botkin cuando estaba arrodillada a su lado - continuó ella-. Aunque no habría podido contestarle ni aunque hubiera querido, porque tenía la mano firmemente apretada contra mi boca.

Blake se volvió de pronto hacia ella.

-¿Cuando estabas arrodillada a su lado? Creía que tu asaltante te atrapó cuando acababas de entrar en el despacho.

Tara negó con la cabeza.

-Al principio no vi al hombre que me agarró por detrás. Tal vez estaba escondido en algún lugar del pasillo.

-Cuéntame todo lo que pasó en el despacho.

A Tara no le apetecía demasiado recordar aquellos desagradables momentos, pero asintió.

-Vi a Botkin en el suelo. Me arrodillé junto a él. Entonces el dijo... dijo...

-¿Qué? -preguntó Blake, con urgencia. -Ellos sabían» -repitió Tara, despacio-. «Las pinturas eran...»

Blake frunció el ceño.

¿Las pinturas eran qué?

-No lo sé. Eso fue todo lo que dijo. Al menos, creo que ésas fueron sus palabras. No era fácil entenderle.

-¿Nada más?

Tara negó con la cabeza.

-Eso fue todo. Enseguida, él otro hombre me sujetó por detrás. Pude echarle un buen vistazo, pero no le dije nada. No me dio oportunidad de hacerlo. Entonces llegaste tú.

-«Lo sabían» -repitió Blake en un murmullo-. ¿Quiénes lo sabían? Y las pinturas que mencionó... ¿se referiría a las que fueron robadas del apartamento de Willfort? ¿Las que iban a ser expuestas?

Ya que Tara no tenía respuestas para aquellas preguntas, permaneció en silencio.

Blake miró pensativamente la pared, murmurando en voz alta.

-Originalmente, Willfort compró las pinturas a la Pryce Gallery. Compra casi todos los cuadros de su colección privada a Liz Pryce.

-¿Liz Pryce?

-Hmm. Liz Pryce es dueña de la galería Pryce Gallery. Es la esposa de Avery Pryce.

-¿Avery Pryce, el abogado?

Blake asintió.

-Eso es. El famoso Avery Pryce, el principal abogado de Atlanta. Es mucho mayor que su tercera esposa. Colocó a ésta en la galería nada más casarse con ella, hace diez años. Con tanto dinero e influencia, Liz Pryce ha tenido mucho éxito. Jackson Willfort es uno de sus principales clientes.

-¿Cómo sabes todo eso?

Blake se encogió de hombros.

-Cuando me llamaron para decirme que tenían información referente al robo Willfort, averigüé todo lo qué pude sobre los jugadores antes de entrar en la partida.

-De manera que Jackson Willfort compró un par de pinturas de la Pryce Gallery y tenía intención de exponerlas en público. Las pinturas fueron robadas. Alguien de la galería tenía una información sobre el robo que pretendía compartir contigo, pero, probablemente, fue asesinado antes de que pudiera dártela. ¿Qué podía saber? ¿Quiénes tienen ahora mi nombre y mis señas y qué creen que sé que pudiera resultar perjudicial para ellos?

-No sé qué trataba de decirte Botkin, pero vamos a tratar de averiguarlo. Nuestros «amigos» te buscan porque creen que te contó demasiado. Y no quieren que tú lo reveles. En cuanto a mí, no están seguros de quién soy ni cuánto sé, pero probablemente esperan que la poli los guie hasta mí, y entonces podrán hacerse cargo de los dos.

-¿Crees que aún estarán en mi apartamento?

Eso parecía preocupar a Tara casi tanto como todo lo demás.

-No sé -dijo Blake con suavidad-. Pero podemos asumir que de momento no es seguro ir allí.

Tara respiró profundamente antes de volver a hablar con firmeza.

-¿Y ahora qué hacemos?

Blake sonrió. Llevó una mano de Tara a sus labios y besó sus nudillos.

-Parece que estamos a punto de ser socios en una investigación, Tara McBride dijo, con el acento tejano que a veces imitaba-. ¿Crees que podrás soportarlo?

Podía soportarlo, se dijo Tara. Podía hacerse a la idea de que alguien la buscaba, probablemente con intención de matarla y por motivos que no llegaba a comprender.

Pero no estaba igualmente segura de poder controlarse respecto a Blake. No si seguía sonriéndole de aquella manera y besándola.

A su manera, Blake era tan peligroso para su paz mental como el hombre que tal vez seguía en su apartamento, esperándola.

-No has dormido demasiado -dijo Blake, soltándole finalmente la mano-. ¿Te apetece seguir un poco más?

-Ahora sería incapaz de dormir. Pero me encantaría darme una ducha.

Blake asintió. Luego frunció el ceño. -Pero no tienes ropa limpia que ponerte.

-No tengo nada -dijo Tara con sencillez-. Ni champú, ni cepillo para el pelo, ni cepillo de dientes, ni ropa interior.

Blake se levantó.

-De acuerdo -dijo y rebuscó en su bolsa. Sacó una botella de plástico y una camisa de hombre que dejó sobre la cama-. Aquí hay un poco de champú. Date una ducha y utiliza la camisa como bata. Yo voy a buscar una tienda de veinticuatro horas. Compraré algunas cosas y también algo de ropa para ti. ¿Qué talla usas?

«No estará pensando en comprarme ropa interior», pensó Tara, mordiéndose el labio mientras lo miraba.

-Estamos metidos en una situación difícil, Tara -dijo Blake, pacientemente-. Vamos a tener que ser prácticos. Hasta que resolvamos esto, vamos a pasar mucho tiempo juntos. Es la única manera que voy a tener de protegerte. Hasta ahora has confiado en mí. No dejes de hacerlo.

Enfadada consigo misma por comportarse como una colegiala, Tara asintió.

-Confío en ti. Lo siento, pero no sé muy bien qué hacer. Estoy

completamente fuera de mi elemento.

-Te aseguro que conozco la sensación, cariño -había un matiz irónico en el tono de Blake que Tara no llegó a entender-. ¿Cuáles son tus medidas?

Tara tomó el bloc de papel y el bolígrafo que había en la mesilla de noche. Sin más dudas, escribió su talla de sostén, braguitas, camisa, pantalones y zapatos. Luego entregó la hoja a Blake.

Él se volvió y se encaminó hacia la puerta. -No tardaré -dijo-. Echa la cadena a la puerta y, excepto a mí, no abras a nadie.

Tara asintió.

-Ten cuidado.

Blake le dedicó una arrogante sonrisa. ¿Estás preocupada por mí?

-No. Lo que pasa es que necesito un cepillo de dientes.

-¿Qué color prefieres?

-Rosa -contestó Tara, sin dudarlo. Blake arrugó la nariz.

-¿Vas a hacerme ir a la tienda a pedir un cepillo rosa?

Ella sonrió. Blake ni siquiera había parpadeado ante la idea de tener que comprar ropa interior, pero protestaba por un cepillo de dientes rosa.

-No vuelvas sin él -dijo, imperativamente. Blake rió y salió del dormitorio.

Poco más de media hora después, con los brazos cargados de bolsas, Blake llamaba a la puerta de la habitación.

-Soy yo -dijo, al oír a Tara al otro lado-. Y tengo tu cepillo rosa -añadió, para que no le quedara ninguna duda de que se trataba de él.

La puerta se abrió. Tara estaba al otro lado, con el pelo mojado y el rostro limpio, vestida con la camisa de Blake, que le llegaba a las rodillas. Bajo la camisa, sus piernas y pies estaban desnudos.

Y, a pesar de que Blake le había pedido que confiara en él, y de su promesa privada de no aprovecharse de la dependencia temporal de Tara, no pudo evitar sentirse golpeado por una oleada de deseo tan intenso, que tuvo que aclararse la garganta. Había deseado a Tara McBride desde la primera vez que la vio y ahora la deseaba aún más.

Se dijo que ni siquiera debía pensar en nada de aquello hasta que la hubiera sacado del lío en que la había metido. Pero estaba tan atractiva, recién duchada y sin nada más que la camisa...

Incómoda, Tara se apartó y lo dejó pasar. Luego cerró la puerta. Tratando de hacer que se sintiera relajada, Blake ocultó su reacción y dejó sobre la cama todas las bolsas que llevaba, excepto una.

-La posibilidad de elección era bastante limitada, pero esto servirá de momento. También he traído el desayuno -añadió.

Tara rebuscó en las bolsas azules que había sobre la cama. Sacó unos vaqueros y dos camisetas, una blanca y azul y otra blanca con rayas rojas, un paquete de calcetines, unas zapatillas deportivas blancas, una barra de desodorante, un cepillo para el pelo y un secador de viaje. Blake había comprado todo lo que creía que podía necesitar una mujer en su situación. Se ruborizó cuando encontró la ropa interior que había seleccionado: unas braguitas de encaje y un pequeño sostén blanco.

A Blake le gustaba ver cómo se ruborizaba. Tenía la sensación de que no era algo que hiciera muy a menudo.

Y entonces Tara encontró lo que había en el fondo de una de las bolsas. Un estuche de maquillaje. Colorete, máscara y lápiz de labios. Blake había tenido que pedir consejo para aquello, pero, a juzgar por la reacción de Tara, había merecido la pena. Había esperado que a Tara le gustara aquel detalle, pero no se le había ocurrido imaginar que fuera a mirarlo con sus preciosos ojos azules brillando a causa de las lágrimas.

-Yo... supongo que no es tan bueno como lo que probablemente comprarás en Sacks, o en Neiman, pero es lo mejor que he podido encontrar a estas horas.

—Gracias, Blake.

Las lágrimas, el ligero temblor de su labio inferior, la ligera ronquera de la voz de Tara, llegaron a lo más hondo de Blake.

-Es sólo maquillaje, cariño.

Tara le dedicó una insegura mirada y luego se frotó la mejilla con el dorso de la mano.

-Lo sé. Supongo que estoy un poco cansada.

-Necesitas comer - dijo Blake animadamente, dispuesto a hacer lo que fuera para que Tara dejara de llorar-. He comprado unos bollos. Espero que te guste el dulce de moras.

Tara sonrió.

-Me encanta el dulce de moras.

Aliviado al ver que tenía de nuevo sus emociones bajo control, Blake asintió.

-Hay dos tazas de plástico con café enfriándose en el fondo de la bolsa. Será mejor que te vistas rápidamente.

Tara recogió su nueva ropa.

-Sólo tardo un minuto -prometió.

Al pasar junto a Blake, camino del baño, se detuvo un momento. Tras un momento de duda, se puso de puntillas y lo besó en la

mejilla.

-Ha sido un gesto muy dulce por tu parte, Blake -murmuró mientras se aparaba-. Gracias.

Sin detenerse a pensar lo que hacía, Blake pasó una mano tras el pelo mojado de Tara, la atrajo hacia sí y le dio un fuerte y prolongado beso en los labios. Aquella era la tercera ocasión que la besaba, y cada vez le sabía más dulce, más invitadora. Si no tenía cuidado, si no dejaba de perderse en aquellos adictivos besos, iba a cometer una estupidez monumental.

Tenía el pulso acelerado cuando se apartó. Los ojos de Tara parecían grandes como platos. Dio un paso atrás, alejándose de la zona de peligro.

-De nada -dijo, con voz ronca-. Y ahora, ve a vestirte antes de que olvide que te he dicho que puedes confiar en mí.

Tara no perdió un segundo en entrar en el baño.

Blake se pasó una mano por el pelo y perdió unos minutos llamándose todos los sinónimos que encontró para «loco». Luego, sacó los bollos y el café de la bolsa.

Tenían un largo día por delante, sin tiempo para distracciones. Una vez que averiguara qué estaba pasando y tuviera todo bajo control... bueno, entonces vería si Tara McBride seguía considerándolo dulce.

Tara evitó mirar a Blake a los ojos mientras desayunaban. Debía pensar que era idiota. No podía creer que se hubiera emocionado tanto por unos simples cosméticos. No solía llorar así como así. Debía de estar más cansada de lo que creía.

En cuanto al beso... en esos momentos ni siquiera podía pensar en él.

Tras desayunar, Blake tomó una ducha mientras Tara se secaba el pelo y se maquillaba un poco. Cuando abrió su cepillo de dientes rosa y volvió a sentir deseos de llorar, se dijo que sólo era debido a la tensión y al agotamiento.

Trató de no escuchar el sonido del agua corriendo en la ducha. Trató de apartar de su mente las imágenes de Blake desnudo en la bañera. Pero era imposible olvidar la sensación de sus labios presionados contra los de ella.

«No hagas esto, Tara»

No estaba en posición de relacionarse sentimentalmente con nadie, y menos aún con un enigmático, impredecible y aventurero investigador privado. Incluso antes de perder su trabajo, cuando veía a Blake ocasionalmente y percibía la atracción que sentía por él, sabía que era una locura. Un enérgico investigador privado no

podía sentir el más mínimo interés por una abogada especializada en impuestos con un trabajo rutinario.

Nunca había aprendido a flirtear, algo que Blake hacía con una habilidad y entusiasmo que eran indicio de exitosa práctica. Ella ni siquiera tuvo un novio fijo en el colegio. Su prima Savannah, que era la capitana del equipo de animadoras y extremadamente popular entre los chicos, la acusaba de intimidar a estos con su cerebro y su ambición.

Aunque saber flirtear tampoco le dio muy buenos resultados a Savannah, pues terminó embarazada e ignominiosamente plantada por su novio a los diecisiete años. Siendo testigo de la humillación de su prima, Tara se dijo que no estaba interesada en salir seriamente con ningún chico... y luego trató de creerlo.

Terminó sus estudios en tres años y luego fue aceptada en Harvard. Después de mucho estudiar, terminó la carrera de Derecho y recibió una oferta para trabajar en un importante bufete de Atlanta.

Salía de vez en cuando con hombres, por supuesto. Incluso trató de tener una relación seria con un joven abogado cuya ambición igualaba la suya... tal vez demasiado, pues fueron los celos que él sentía por los éxitos de Tara lo que acabó apartándolos.

Pero no estaba preparada para permitirse una aventura con Blake. Desde su punto de vista, lo único que podía sacar de ello era un corazón destrozado y otro devastador golpe a su ya vapuleado ego. Tal vez, si hubiera aprendido a flirtear, si supiera cómo disfrutar de. las atenciones de Blake sin leer demasiado en ellas, o sin esperar demasiado...

Si fuera tan arriesgada y aventurera como él... Pero no lo era.

De manera que nada de besos, se dijo con firmeza.

A falta de un bolso adecuado, guardó los cosméticos en la bolsa de plástico azul en la que Blake se los había entregado. Se preguntó si debería lavar a mano su ropa interior usada y dejarla a secar en la barra de la ducha. No sabía cuánto tiempo pensaba quedarse allí Blake.. Esperaba que no mucho. La habitación ya empezaba a resultarle demasiado pequeña.

Oyó que se abría la puerta del baño y se volvió automáticamente. Blake salió con los vaqueros y la camisa que llevaba antes de entrar. Tenía el pelo mojado y aún no se había abrochado la camisa, que colgaba suelta sobre sus vaqueros revelando su firme y aún húmedo pecho. Y Tara sintió que las rodillas se le derretían.

Desesperada, pensó que había partes de su cuerpo que aún no

habían captado que aquel hombre estaba fuera de su alcance.

-He estado pensando -dijo Blake, aparentemente ajeno a la reacción de Tara ante su presencia-. Las pinturas robadas pueden ser la clave para averiguar lo que está pasando. Si podemos encontrarlas, tal vez encontremos algunas respuestas.

Tara se aclaró la garganta.

-¿Y qué sugieres que hagamos?

-Tengo un amigo... -Blake se pasó una mano por la barbilla recién afeitada y frunció el ceño, mirando pensativamente a Tara-. Será mejor que tú te quedes. Aquí estarás más segura.

Tara no estaba dispuesta a quedarse en aquella claustrofóbica habitación mientras Blake iba en busca de pistas. Movió la cabeza.

-No.

-Tara...

-No, Blake. Me volvería loca aquí sola, preguntándome dónde estarías y cuándo volverías. Preguntándome si la próxima vez que llamaran serías tú o el hombre de la pistola. Vayas donde vayas, yo voy contigo.

Blake suspiró.

-No puedo culparte. A mí tampoco me gustaría quedarme.

Tara asintió, aliviada.

-¿Y ahora qué?

Blake miró su reloj.

-Aún es temprano. Tal vez podamos encontrar a Spider antes de que empiece su jornada.

Tara supuso que Spider era el amigo que había mencionado antes.

Tras peinarse y abrocharse la camisa, Blake se sentó en su cama y sacó de la mesilla de noche una funda de cuero de extraño aspecto con unas tiras elásticas. Luego subió la pierna izquierda de sus vaqueros.

Tara observó con curiosidad cómo sujetaba la funda a su pierna.

-¿Es un... cuchillo? -preguntó, fijándose en el mango negro que sobresalía de la funda.

Sin responder de inmediato, Blake se puso las botas, asegurándose de que el mango resultara accesible. Luego volvió a bajar la pernera y miró a Tara.

-Nunca viene mal estar preparado -dijo, confirmando su suposición.

Tara se recordó que había insistido en que la llevara con él.

Blake reunió cuidadosamente todo lo que había llevado al motel y lo guardó en su bolsa de viaje. Lo que no cupo en ésta lo guardó

en las bolsas de plástico. Para cuando cargó todo en la furgoneta, no quedaba ninguna prueba de que hubieran pasado por allí.

-¿No vamos a volver? -preguntó Tara. Blake negó con la cabeza.

-No. Incluso aunque tuviéramos que pasar otra noche en un motel, prefiero que sea otro.

Tara miró a su alrededor con cierto pesar antes de seguir a Blake. Tal vez fuera una habitación pequeña y austera, pero era segura. Y, de pronto, no sintió tanta prisa por irse.

5

El barrio por el que condujo Blake era uno que Tara solía evitar. Edificios en ruinas, abandonados, y descampados llenos de basura los rodeaban. Aún era muy temprano, y apenas había tráfico ni personas caminando por las aceras. El nublado y gris cielo enfatizaba la desesperanza del lugar.

Blake entró con la furgoneta en una callejuela especialmente oscura y fea y aparcó frente a un par de oxidados contenedores. Señaló con la cabeza una puerta de metal casi oculta por las sombras. El edificio parecía un almacén abandonado.

-Spider suele estar ahí a estas horas del día.

-¿Vive ahí? -la voz de Tara sonó un poco temblorosa incluso a sus propios oídos.

-A veces. ¿Vienes conmigo o esperas aquí fuera?

Tara alargó de inmediato la mano hacia la manija de la puerta.

-Yo me quedo cerca de ti.

-Me gusta cómo suena eso.

¿Cómo podía flirtear estando sus vidas en juego?, se preguntó Tara. Pero no pudo evitar devolverle la sonrisa.

-Te advierto que Spider es un tipo un poco raro.

-Te aseguro que, viendo dónde vive, esa posibilidad ya se me ha pasado por la cabeza.

Para sorpresa de Tara, la pesada puerta de metal no estaba cerrada. Sus roñosas bisagras chirriaron estrepitosamente. Quien quiera que hubiera dentro quedaba avisado dé su llegada.

No sabía si eso era bueno o malo.

Blake la tomó de la mano y la condujo al interior. Dentro del viejo edificio olía a basura, a moho... y a otras cuantas cosas que Tara no quiso tratar de identificar. Parecía vacío, excepto por algunas pilas de trozos abandonados de vieja maquinaria. La poca luz que había entraba por una elevadas ventanas. Incluso aunque el sol hubiera brillado intensamente en el exterior, los sucios cristales apenas habrían permitido que sus rayos entraran.

Mientras avanzaban, Tara oyó algo que se arrastraba en un rincón, seguido de lo que sonó como el chillido, de una rata. Alzó la barbilla y ocultó su temor, decidida a comportarse con tanta despreocupación como Blake.

De pronto, una voz ronca surgió de las sombras.

-Hola, Blake.

Blake se detuvo. Tara miró con cautela a su alrededor, pero no pudo ver al hombre que había hablado.

-Hola, Spider -contestó Blake animadamente-. ¿Qué tal te va?

-No puedo quejarme. ¿Y a ti?

-Como de costumbre. Alguien trata de matarme. Creo que quieren cargarme un asesinato. Ya sabes... lo habitual.

Spider rió roncamente.

-Necesitas conseguir un trabajo un poco más excitante.

-Si, estoy pensando en hacerme contable.

-Como si alguien fuera a dejar su dinero en tus manos... ¿Qué es eso que llevas en el brazo?

Automáticamente, Tara miró el brazo de Blake, preguntándose a qué se referiría aquel tipo. -Es mi amiga, Tara -contestó Blake, y ella frunció el ceño al comprender-. Saluda a Spider.

-Hola, Spider -dijo Tara con cierta frialdad.

-Me alegro de conocerla, señorita. ¿Usted también es espía?

-Tara no es detective privado. Es abogada -contestó Blake por ella.

-Oh. Abogada.

El tono de asco con que el hombre repitió la palabra hizo que Tara frunciera aún más el ceño. -Acaban de despedirla -dijo Blake, con un leve matiz de diversión en su voz.

-Vaya, vaya -el tono de Spider resultó más aprobador-. ¿Y qué os trae a mi humilde casa?

-El caso del robo Willfort.

-¿Qué pasa con ese caso?

-Estoy buscando los cuadros -contestó Blake en tono desenfadado-. Lo demás no me importa, sólo los cuadros.

-No puedo ayudarte -el rechazo de Spider sonó bastante amistoso, pero también firme.

-¿No puedes o no quieres? -preguntó Blake.

-No puedo, amigo. Nadie sabe dónde están.

Al menos eso es lo que he oído.

Ahora fue Blake quien frunció el ceño. ¿Ni siquiera has oído un rumor?

¿Dudas de mi palabra, Blake? -la voz de Spider se volvió casi un susurro.

Blake suspiró sonoramente.

-Sabes que no, Spider. Sólo estoy frustrado, eso es todo.

-Sí, bueno... -el otro hombre aceptó de mala gana la disculpa implícita-. En mi opinión -añadió al cabo de un momento-, hay algo extraño en todo ese asunto.

-¿A qué te refieres?

-Nadie habla de ello. De hecho, todo el mundo parece cuidarse de hacerlo, si sabes a qué me refiero. No es algo muy normal.

-Así que piensas que no es un asunto meramente local.
-Estoy seguro de que no lo es. Si alguien supiera algo, sería yo.
Blake sacó algo del bolsillo de sus vaqueros y lo dejó encima de un bidón vacío.
-Gracias por tu ayuda, Spider.
-Para eso están los amigos, hombre -dijo la voz carente de cuerpo-. Cuídese señorita. No deje que este tipo la meta en más problemas de los debidos, ¿de acuerdo?
Tara no supo muy bien cómo responder a aquello, de manera que se limitó a decir:
-Adiós, Spider.
Blake se volvió y la condujo fuera del edificio sin decir nada más.
Aunque fuera hacía un día gris, salir de aquel edificio fue como pasar de la noche al día. Blake inhaló agradecido el aire exterior, preguntándose cómo podía pasar tanto tiempo Spider en aquel lugar.
Soltó la mano de Tara para abrir la puerta de la furgoneta. Estaba impresionado por lo bien que había llevado el extraño encuentro con Spider, aunque la fuerza con que le había apretado la mano indicaba que no había estado tan tranquila como aparentaba.
-¿Te encuentras bien? -preguntó, una vez dentro del vehículo.
-Sí, gracias -respondió Tara con una amabilidad casi humorística.
-¿No has sentido miedo? -preguntó Blake, flexionando los dedos de la mano para que recuperaran su flexibilidad habitual.
-No, por supuesto que no -replicó ella, retándolo a que la contradijera.
Blake no pudo evitarlo. Se inclinó hacia ella y la besó en los labios. Y, tras un momento de duda, ella le respondió.
Cuando se separaron, Tara parpadeó como si acabara de despertar de un extraño sueño, cosa que hizo que Blake deseara volver a besarla. Y así lo hizo.
-La verdad es que tengo que dejar de hacer esto -murmuró contra los labios de Tara.
-Sí -contestó ella con voz ronca.
Reacio, Blake se apartó de ella, puso en marcha la furgoneta y salió del callejón.
Su encuentro con Spider no había sido tan productivo como esperaba, pero desde luego, le había dado algo en qué pensar.
-¿A dónde vamos ahora? -preguntó Tara mientras Blake entraba en la autopista. Había empezado a llover torrencialmente hacía

unos momentos, y tuvo que alzar un poco la voz para hacerse oír por encima de la tormenta.

-A otro motel, creo -contestó él-. Con este tiempo no podemos dedicarnos a peinar las calles en busca de información. Y quiero hacer otro par de llamadas. Esta vez buscaremos un sitio al otro lado de Atlanta... en Monroe, tal vez.

Tara asintió.

Era cerca de la hora del almuerzo cuando llegaron a Monroe y encontraron un motel de aspecto decente. Cerca había un restaurante de comida rápida para llevar y Blake se detuvo en él, diciendo que comerían en la habitación, donde podrían hablar en privado.

Una vez más, Tara esperó en la furgoneta mientras Blake pedía una habitación. Se preguntó qué nombre habría dado esa vez. Un extraño escalofrío la recorrió al pensar que acababa de pasar la noche con un hombre cuyo nombre verdadero desconocía. Iba a tener que averiguar bastante más sobre Blake antes de confiarle durante mucho más tiempo su vida.

Lograron llegar a la habitación sin empaparse demasiado. Luego se sentaron a comer con las piernas cruzadas sobre sus respectivas camas.

-¿Dónde conociste a Spider? -preguntó Tara mientras desenvolvía un sandwich.

-Por ahí -contestó Blake, vagamente, llevándose una lata de refresco a los labios. Tras dar un largo sorbo, añadió-: Es todo un personaje, ¿no te parece?

-Por decir lo mínimo -Tara movió la cabeza, recordando el extraño encuentro-. ¿Por qué no quería que lo viéramos?

-Es una peculiaridad suya. Es... tímido.

-Sí, claro -Tara comió una patata frita y luego dijo-: Debo admitir que no he entendido la mitad de lo que habéis dicho. ¿Has averiguado algo útil?

-Tal vez -dijo Blake, pensativo.

Tara se aclaró la garganta, decidida a que la pusiera al día.

-¿Y. ..?

-¿Qué? Oh -Blake le dedicó una débil sonrisa de disculpa-. Spider tiene lo que podríamos llamar un instinto especial para seguir las mercancías robadas. Aunque no pueda guiarme directamente a ellas, normalmente me pone en la dirección correcta.

-Pero en este caso ni siquiera ha podido hacer eso.

-Cierto. No ha oído una palabra, y eso es extraño, teniendo en

cuenta el valor de lo robado y la publicidad que se ha dado al robo.

-Parecía querer decir que la gente tiene miedo de hablar al respecto.

-Exacto.

-Si al menos supiéramos lo que el hombre de la galería quería decirte respecto al robo... - dijo Tara.

-Tendremos que averiguarlo por nuestra cuenta -tras un momento de silencio, Blake añadió con menos confianza -: de alguna forma.

Arrojó su lata a la papelera y descolgó el teléfono.

-¿A quién vas a llamar?

-Conozco a alguien de la compañía de seguros que tal vez tenga algo útil para nosotros. ¿Pero podrás localizarlo en sábado?

-Buena pregunta -Blake volvió su atención al teléfono.

Decidiendo concederle algo cercano a la intimidad, Tara se ocupó recogiendo los restos de la comida.

Se preguntó si debería llamar a sus padres cuando Blake terminara de hablar. No sabía qué les diría, pero no quería que llamaran a su apartamento y se encontraran con que les respondía un desconocido... asumiendo que aquel miserable siguiera esperándola. Se estremeció al pensarlo.

No esperaba que la llamaran, ya que les había hecho creer que estaría fuera durante varias semanas. Se había dicho que necesitaba aquel tiempo para recuperarse, para seguir adelante después del desastre en Carpathy, Dillon y Delacroix. De todas maneras, sería mejor asegurarse.

Blake colgó el auricular, maldiciendo en voz baja.

-El contestador -dijo, en respuesta a la interrogante mirada de Tara.

-Supongo que no querrás dejar este teléfono.

-Esa no sería mi primera elección, no.

Tara se sentó en el borde de la cama y se pasó una mano por el pelo.

-¿Y ahora? -preguntó, sintiéndose como si llevaran días huyendo.

Blake se acercó a ella, se inclinó y le tomó las manos, una costumbre que a Tara le gustaba cada vez más.

-¿Cómo lo llevas?

-Bien -aseguró ella, sin mirarlo a los ojos-. Espero que sepas lo que estás haciendo al no acudir a la policía.

-No estoy seguro respecto a nada de lo que estoy haciendo, cariño -contestó él.

-¿Qué es lo peor que podría pasarnos si fuéramos a la policía?

-Podrían encarcelarnos por robo... si no por asesinato.

-No tienen pruebas.

Blake alzó una ceja.

-Tienen testigos que nos vieron en la galería hablando con el hombre que fue asesinado. ¿Quién sabe qué otras pruebas hay contra nosotros?

-¿Y si no vamos a la policía?

-Trataremos de averiguar qué está pasando sin dejar que el asesino nos encuentre antes.

Tara supuso que debería apreciar la sinceridad de Blake. Desde luego, no trataba de endulzar la situación.

Y ella quería la verdad. No quería que la protegiera de los hechos. Aunque ninguno de los dos había tenido intención de que así fuera, se había convertido en socia de Blake en aquella investigación... y así esperaba que la tratara.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó de nuevo.

Un poderoso trueno evitó que Blake respondiera de inmediato. Las luces se debilitaron momentáneamente.

-Tal vez deberíamos esperar a que terminara la tormenta -sugirió-. Trataré de encontrar a intervalos regulares a Bill, el tipo de la compañía de seguros. Después... nos guiaremos por la intuición.

En opinión de Tara, eso habían hecho desde el principio.

Otra tranquila habitación de motel, con el único sonido de fondo de la lluvia golpeando las ventanas. Otro espacio acogedor casi completamente ocupado por dos camas. Otra extensión de tiempo con nada que hacer para Blake excepto mirar a Tara y preguntarse qué tal lo pasarían haciendo buen uso de una de las camas. Necesitando quemar de algún modo su inquieta energía, empezó a caminar de un lado a otro, con las manos en los bolsillos.

Tara estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una de las camas, mirándolo. -¿Empiezas a sentir claustrofobia? -preguntó al cabo de unos momentos.

Blake se detuvo y alzó un hombro. -Tal vez, un poco.

-Suponía que los investigadores privados estabais acostumbrados a este tipo de cosas. ¿No consisten la mayoría de los casos en largas horas de aburrimiento e inactividad?

-Sí admitió Blake-. Pero entonces al menos siento que controlo la situación. Sé lo que está pasando.

-¿Hace cuánto tiempo eres detective privado?

-Hace casi diez años.

Tara alzó las cejas, como si la respuesta de Blake la hubiera

sorprendido.

-¿Cuántos años tienes?

A Blake no le molestó aquella pregunta personal.

-Treinta y cuatro.

-Oh. Pensaba que eras más joven. Blake rió.

-Me lo tomaré como un cumplido.

-A pesar de todo, eras muy joven cuando empezaste. ¿Era tu padre detective? ¿Policía, tal vez?

Blake volvió a reír, pero con aspereza.

-No, mi padre no era poli. La mera idea de serlo le habría horrorizado -el padre de Blake nunca tuvo mucha fe en la poli. Ni en nada o nadie que representara autoridad y estabilidad-. Murió cuando yo acababa de cumplir los quince -añadió, manteniendo el tono de voz ligero, aunque la sonrisa se esfumó.

-¿Y tu madre? ¿Vive aún?

-Murieron juntos, en un accidente -un accidente por el que Blake aún se sentía responsable, después de tanto tiempo. Un accidente que aún lo perseguía cuando tenía la guardia baja, en las raras ocasiones en que añoraba tener un hogar y una familia propia.

-Oh, cuánto lo siento. Eras demasiado joven para perder a ambos. Lo siento tanto...

-Fue hace casi veinte años -murmuró Blake, incómodo con la compasión de Tara.

-Pero aún duele -dijo ella, perceptiva.

Blake permaneció unos momentos en silencio. Luego, se aclaró la garganta y contestó cándidamente:

-Sí. Aún odio los hospitales. Mi madre sobrevivió algunos días después del accidente, y siempre asocio los sonidos y los olores de los hospitales con su muerte -movió un momento la cabeza, como para apartar aquellos dolorosos recuerdos-. ¿Y tus padres? -preguntó, sintiendo que Tara tenía ganas de hablar.

-Aún viven en Honoria, Georgia, el pueblo en que nací. Mi padre es abogado y mi madre maestra. Somos la rama respetable de la familia McBride -añadió Tara con cierta ironía.

Respetable. Una palabra que nunca se había aplicado a la familia de Blake. Aquello sólo sirvió para recordarle lo diferentes que habían sido su infancia y la de Tara.

-¿En serio?

-Sí. Mamá y papá no han causado ningún escándalo en treinta años. Mis hermanos pequeños y yo fuimos niños casi perfectos. Yo fui a Harvard. Trevor trabaja para el Departamento de Estado de Washington D.C. Mi hermano menor, Trent, estudia para piloto del

ejército. En conjunto, somos un modelo de respetabilidad, a diferencia del resto de los McBride. O, al menos, lo éramos... hasta que hice que me despidieran - añadió Tara, tratando, sin éxito, de no hablar con amargura.

Blake la miró especulativamente.

-Aún no has contado a tu familia lo que ha sucedido con tu trabajo, ¿no?

Tara apartó la mirada.

-No.

-¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

-¿Temes que no comprendan? ¿Que se sientan decepcionados? - Blake pensaba que una familia como la descrita por Tara apoyaría de inmediato a cualquiera de sus miembros que pasara por una mala racha. Al menos, eso era lo que siempre había imaginado que sucedía en las típicas familias.

Tara movió la cabeza.

-Sé que comprenderían, y que me apoyarían, aunque se sintieran decepcionados. Pero aún no me siento en condiciones de hablar sobre ello. Con nadie.

Blake no pudo evitar pensar con cierta satisfacción que a él si le había hablado de su despido, al menos un poco. Se preguntó qué molestaba más a Tara, la pérdida de su posición o la humillación de sentir que había fallado en algo.

-¿Te gustaba tu trabajo? -preguntó.

Tara dudó tanto que Blake sospechó que no sabía qué responder.

-No me disgustaba --dijo, finalmente—. Era un trabajo, simplemente. Y yo lo hacía bien... a pesar de la evidencia de lo contrario.

-Nunca lo he dudado -aseguró Blake-. ¿Qué sucedió?

-Me negué a firmar algo que un importante cliente exigía. Era un refugio de impuestos en el extranjero... algo un tanto dudoso. Tras investigar durante meses, decidí que era muy arriesgado. No quise tener nada que ver con aquello. El cliente se empeñó, los socios del bufete me presionaron para que aceptara y me negué. Pensé que me apoyarían cuando llegara el momento de la verdad. No lo hicieron.

Blake frunció el ceño.

-¿A pesar de que tenías razón?

Tara se encogió de hombros.

-Su estudio del asunto mostraba que su credibilidad resultaría apenas afectada si la cosa iba mal. La responsabilidad caería sobre el cliente... y había una pequeña probabilidad de que también

cayera sobre mí. Los socios argumentaron que el cliente se buscaría otro bufete para hacer lo que quería, y no querían perderlo. De manera que me dieron la espalda y buscaron un abogado con menos escrúpulos.

-¿Qué vas a hacer ahora?

-No sé. No creo que vaya a conseguir una brillante carta de recomendación de Carpathy, Dillon y Delacroix.

-Te recuperarás -predijo Blake con seguridad-. Irás a una entrevista con la cabeza bien alta y convencerás a tu próximo jefe de que sabes lo que haces y de que no dejas que nadie te haga salirte de tu camino. Lo que hiciste requirió valor e integridad, y seguro que encontrarás a alguien capaz de reconocer tu fuerza.

Tara no parecía muy convencida, pero Blake estaba seguro de lo que decía.

-Estoy convencido de que puedes hacer cualquier cosa que te propongas, Tara McBride -continuó-. Lo único que debes preguntarte es si realmente quieres hacerlo.

Hacía tanto tiempo que Tara no se hacía esa pregunta que ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar la respuesta. Al parecer, se había pasado la vida haciendo lo que los otros querían que hiciera.

«Sé una buena chica, Tara. Estudia, Tara. Ve a Harvard, Tara. Estudia Derecho, Tara».

«Queda despedida, señorita McBride».

Pensó en la infantil carta que se escribió a sí misma y enterró siendo una adolescente. Una carta llena de los sueños de otras personas, de las ambiciones que otras personas tenían para ella. Y comprendió que no estaba más cerca de saber realmente lo que quería que a los catorce años.

Blake pareció comprender que Tara necesitaba algo de tiempo para pensar en lo que le había dicho, de manera que cambió de tema.

-¿Cuánta gente crees que habrá tratado de llamar a tu apartamento desde ayer?

Tara se mordió el labio inferior antes de contestar.

-Muy poca -contestó-. Mi familia cree que estoy de viaje. Mis amigos creen que sigo en Honoria. No esperaba que me llamara nadie.

-Me gustaría volver a llamar a tu apartamento. -murmuró Blake; mirando el teléfono-. Sólo para ver quién contesta, si es que lo hace alguien. Pero no quiero que localicen la llamada, como sucedió en Marietta.

-¿No tienes un móvil? Con un móvil no se puede localizar la llamada, ¿no?

-Depende de con quién nos estemos enfrentando y del poder que tenga. Tal vez me arriesgaría... si no me hubiera dejado el móvil en el deportivo. Probablemente, a estas alturas lo tendrá la policía. Hablando de equivocaciones estúpidas...

Miró su reloj. Automáticamente, Tara hizo lo mismo, fijándose en que eran casi las dos. Un nuevo trueno retumbó en el exterior, y la lluvia arreció. De pronto, se sintió muy consciente de estar a solas con Blake en aquella habitación. Se aclaró la garganta.

-Me gustaría que pudiéramos hacer algo para que el tiempo pasara más deprisa - murmuró, antes de pensar lo que decía.

La mirada de Blake adquirió de inmediato la traviesa expresión que Tara empezaba a reconocer.

-Estoy seguro de que se me podrían ocurrir una o dos ideas - replicó.

Tara pensó que a ella también se le podían ocurrir algunas. Pero eso no significaba que fuera a llevarlas adelante.

Le dedicó una represiva mirada.

-Podemos ver la televisión.

-Yo estaba pensando en algo distinto -replicó Blake, con exagerado pesar.

Tara tuvo que esforzarse para no sonreír. ¿Por qué tenía que ser Blake tan encantador y atractivo?

-Compórtate -dijo.

Aparentemente satisfecho consigo mismo, Blake tomó el mando a distancia de la televisión.

-Lo intentaré -dijo, y, tras seleccionar un canal en el que se reponía una vieja serie, se sentó cómodamente en la cama y se puso a mirarlo.

Tara no fue capaz de concentrarse en la serie televisiva. Tenía demasiados problemas propios como para interesarse en los ficticios embrollos de la pequeña pantalla. Y el menor de ellos no era precisamente su poco recomendable forma de reaccionar hacia el hombre que estaba sentado en la otra cama.

6

Tara no recordaba haberse quedado dormida. Pero despertó acurrucada en medio de la cama. Blake no estaba en la habitación. Miró el reloj y comprobó que había dormido un par de horas. Apartó un poco las cortinas para mirar al exterior.

Incluso a través de la intensa lluvia, pudo ver que la furgoneta no estaba. Blake la había dejado sola.

Sintió un momentáneo pánico. ¿Cómo podía haberle hecho aquello?

Entonces, el sentido común se sobrepuso lentamente a su miedo.

Blake no la dejaría. No sabía a dónde había ido, ni cuándo volvería... pero sabía que volvería. Le había pedido que confiara en él. Y, tal vez de modo irracional, confiaba plenamente en él.

Trató de ser paciente hasta su regreso. Encendió la televisión y no encontró nada que atrajera su interés. Pensó en la novela a medias que tenía en la mesilla de su apartamento. Durante las dos semanas pasadas no había sido capaz de concentrarse lo suficiente como para disfrutar leyendo, pero si la tuviera ahora...

No, tal vez no. No creía que una novela de misterio sobre un terrible asesinato le conviniera en esos momentos.

Se fijó en la bolsa de viaje que se hallaba a los pies de una de las camas. Dudaba que Blake tuviera un libro dentro, pero supuso que no haría ningún daño comprobándolo. No tenía nada más que hacer. No creía que a Blake le importara.

No encontró un libro. Lo que si encontró fue un montón de tarjetas de identificación sujetas con una goma, todas con la fotografía de Blake. Cada tarjeta tenía un nombre diferente.

De algún modo, resultó inevitable que Blake eligiera precisamente aquel momento para volver. Tara aún tenía las tarjetas en la mano cuando entró en la habitación.

-Estaba buscando algo que leer -dijo, tratando de no mostrarse avergonzada.

Blake se quitó el sombrero, mirando las tarjetas de identificación, sin mostrar ninguna sorpresa por haber encontrado a Tara husmeando en sus cosas.

-¿Has encontrado algo interesante?

Ella se encogió de hombros y volvió a guardar las tarjetas en la bolsa.

-No especialmente.

Blake dejó su sombrero en la cómoda y se pasó una mano por el pelo.

-Me gustaría que dejara de llover -dijo-. Casi me ahogo ahí

fuera.

-¿Dónde has estado? -preguntó Tara, tratando de hablar en tono despreocupado.

-He vuelto a Atlanta para hacer algunas llamadas desde una cabina. En tu apartamento salió el contestador. O se han ido, o están vigilando las llamadas a través de éste. En cualquier caso no es conveniente que vayamos allí.

A pesar de que hacía menos de veinticuatro horas que había dejado el apartamento, a Tara ya le parecían días. Pensó con añoranza en su ropa, en sus cosas, en su propia cama...

-¿Has echado una buena siesta? -preguntó Blake, sonriendo-. Estabas profundamente dormida cuando me he ido y no he querido despertarte.

-Sí, me siento mucho más descansada, gracias. Pero... podías haberme dejado un nota o algo parecido -Tara no pudo evitar reprenderlo-. Cuando me he despertado y he visto que no estabas, me he preocupado un poco.

Blake frunció el ceño, mirándola con gesto interrogante.

-No habrás pensado que te había dejado aquí, ¿no?

-Sólo lo pensé un momento. Pero enseguida supe que volverías.

-Gracias por confiar en mí -dijo él con suavidad.

Tara se encogió de hombros y cambió de tema.

-¿Has encontrado a tu amigo de la compañía de seguros?

La seria expresión de Blake le hizo saber que no le iba a gustar su respuesta.

-Sí -contestó él.

-¿Y?

-No sabe nada sobre lo que nos ha pasado. Asegura que no tenía ni idea de que me habían pedido que interviniera en el caso Willfort. Según él, no había motivos para creer que hubiera más en éste de lo que Willffort había informado a la policía. Y nunca había oído el nombre del supuesto empleado de la compañía de seguros que se puso en contacto conmigo.

-¿Le crees?

-Sí -contestó Blake de mala gana-. Le creo. Lo que significa que he sido un completo idiota.

Tara sintió el inmediato impulso de defenderlo.

-¿En qué sentido?

-No verifiqué la información -admitió él-. Siempre verifico cada caso. Pero esta vez acepté las instrucciones del individuo que llamó y las seguí sin cuestionármelas. Encima te involucré en el asunto sin saber en qué me estaba metiendo. No sé cómo decirte cuánto lo

siento.

-No tienes nada de qué disculparte. Ya me dijiste que no tenías idea de que este caso podía resultar peligroso cuando me pediste que te ayudara.

-Sólo buscaba una excusa para sacarte de casa -admitió Blake, sorprendiendo a Tara-. Pensé que podías acompañarme a la galería, para dar más verosimilitud a mi presencia en ella, y que luego podríamos ir a cenar. No esperaba estar en la galería más de media hora; lo suficiente para reunirme con mi contacto y dejar que me entregara un sobre.

-Debo admitir que me sentí un poco sorprendida cuando apareciste en mi apartamento --dijo Tara, sintiéndose de pronto un poco tímida-. Lo cierto es que no nos conocíamos demasiado.

Blake no sonrió cuando la miró, y algo en sus ojos hizo que los latidos del corazón de Tara se aceleraran.

-Ésa era una situación que siempre había esperado remediar.

De pronto, Tara sintió dificultades para respirar normalmente. ¿Blake se había interesado en ella antes de que la echaran del bufete? Siempre se había dicho que las sonrisas y bromas que le prodigaba cuando se detenía junto a su escritorio habían sido sólo un detalle de amabilidad; que para él no era más especial que el resto de los asociados del bufete, a los que siempre saludaba con igual encanto.

¿Sería cierto que se había fijado en ella de modo especial?

Blake exhaló el aire y apartó la mirada, rompiendo el repentino silencio que se había producido entre ellos.

-Este no es momento para entrar en ese tema -dijo--. Antes tenemos que salir de este lío.

Tara trató de hablar normalmente.

-¿Qué hacemos ahora?

-Sigo pensando que los cuadros robados son la clave -murmuró Blake, frotándose la parte trasera del cuello-. Si pudiéramos encontrar alguna pista, tal vez estaríamos más cerca de averiguar por qué quieren acusarnos de asesinato.

-«Ellos lo sabían» -murmuró Tara, recordando las últimas palabras del moribundo-. «Las pinturas eran...» ¿Qué? ¿Robadas? Todo el mundo sabía eso.

Blake permaneció en silencio, pensativo.

Necesitando algo que hacer, cualquier cosa que la distrajera de la insinuación de Blake sobre su interés por ella, Tara se ocupó en guardar cuidadosamente las cosas en la bolsa de viaje. El traje que Blake había llevado la tarde anterior. El suyo, ahora totalmente

arrugado.

Cuando tomó la chaqueta, recordó que había guardado el collar de perlas en uno de los bolsillos y de pronto sintió la necesidad de asegurarse de que seguía allí. Metió la mano en el izquierdo, incapaz de recordar en cuál lo había guardado.

Pero, en lugar del collar de perlas, sacó un sobre arrugado.

Lo miró con gesto aturdido, sabiendo que no estaba allí cuando salió de su casa para ir a la galería. De pronto, lo sostuvo ante sí como si fuera a estallar en su mano.

-¿Qué sucede? -preguntó Blake tras ella-. ¿Qué es lo que tienes en la mano?

Tara se volvió.

-He encontrado esto en el bolsillo de mi chaqueta -dijo-. No estaba ahí cuando me puse el traje.

Blake miró atentamente el sobre. ¿Estás segura?

-Totalmente. No sé de dónde ha salido. -¿Te importa que lo mire?

Tara se lo entregó. Blake lo estudió unos momentos. Era un sobre de tamaño normal, sin nada escrito en el exterior. Sacó una navaja de su bolsillo y lo abrió cuidadosamente. Extrajo dos hojas del interior y las hojeó atentamente.

Un momento después, maldijo entre dientes.

-¿De dónde ha salido esto?

-No lo sé, ya te lo he dicho. Acabo de encontrarlo en el bolsillo de mi chaqueta. No sé quién lo ha puesto ahí, ni cuándo.

-Dijiste que te arrodillaste junto al hombre que encontraste en el suelo del despacho. ¿Pudo haberlo metido entonces en tu bolsillo?

Tara recordó al hombre tirando débilmente de su chaqueta cuando estaba junto a él. ¿Lo haría entonces?

De pronto, se llevó la mano a la boca, recordando algo más: la palmada que le dio Botkin y que ella encontró tan ofensiva.

Blake la miró atentamente.

-¿Has recordado algo?

Tara asintió.

-Creo que Botkin la puso en mi bolsillo mientras mirábamos aquella fea pintura marrón y amarilla. Pensé... que me estaba tocando el trasero. Al parecer estaba metiendo esto en mi bolsillo.

-¿Que pensaste qué? -Blake sonrió, pero enseguida volvió a ponerse serio-. Así que metió el sobre en tu bolsillo antes de la hora a la que se suponía que debíamos encontrarnos. Lo que podría significar que sospechaba que lo vigilaban.

Tara se mordió el labio inferior, recordando las palabras del

moribundo. «Ellos lo sabían»

-Dime de qué se trata -ordenó a Blake, señalando con la cabeza los papeles que sostenía en la mano-. Dime qué significa.

-Significa que tú y yo nos vamos a Savannah -contestó Blake con tranquilidad.

¿A Savannah? ¿La ciudad?

Él alzó una ceja.

-¿Conoces otra?

-Bueno, lo cierto es que sí, pero no importa. ¿Por qué vamos a ir a Savannah?

-Te lo diré en el camino -prometió Blake-. Vamos a recoger.

Tara esperó a estar en la furgoneta para volver sobre el asunto.

-Ahora dime qué había en el sobre y por qué vamos a Savannah.

En lugar de contestar, Blake hizo una pregunta.

¿Qué pensarías si te dijera que tengo motivos para creer que las pinturas robadas del piso de Willfort en Atlanta eran falsificaciones?

-¿Las que Willfort iba a exponer en público? ¿Las que compró a la Pryce Gallery?

Blake asintió.

Tara frunció el ceño.

-Teniendo en cuenta lo que me dijo el moribundo, lo primero que me preguntaría sería quién sabía que eran falsificaciones. Luego me preguntaría que probabilidades había de que el robo se hubiera llevado a cabo con intenciones de defraudar al seguro... Sobre todo después de que Spider nos dijera que no había trazas de los cuadros en los lugares por los que normalmente circulaban las cosas robadas.

-La mente legal -murmuró Blake, con sincera admiración-. Ambas preguntas son muy buenas.

-¿Tienes motivos reales para creer que las pinturas eran falsificaciones?

-Si los papeles que hay en el sobre son auténticos, entonces sí, las tengo.

-Entonces, alguien de la galería, probablemente el hombre que resultó asesinado, sabía que las pinturas eran falsas y se puso en contacto con alguien de la compañía de seguros que, a su vez, se puso en contacto contigo. Alguien más lo averiguó y lo asesinó por ello. Probablemente, el asesino estaba rebuscando en los bolsillos de Botkin cuando entraste en el despacho y lo interrumpiste. Pero no le habría servido de nada porque Botkin ya te había pasado a ti el sobre.

Tara se mordió el labio inferior.

-Así que vamos a averiguar si Willfort estaba implicado en el asunto, ¿no?

-Básicamente -asintió Blake.

¿No sería más lógico que nos quedáramos en Atlanta? Liz Pryce está en Atlanta. Las pinturas falsificadas procedían de su galería Las pinturas fueron robadas de la casa de Willfort en Atlanta. Tu informador fue asesinado en la galería.

-Atlanta es un lugar demasiado peligroso para nosotros ahora. Hay demasiada gente buscándonos, incluyendo a la policía. Tengo el presentimiento de que encontraremos algunas respuestas en Savannah.

-Estas, er... intuiciones tuyas, ¿hasta qué punto son de fiar?

-Mucho.

-Pero ayer no te indicaron que algo iba mal en la galería.

Blake hizo una mueca.

-No.

-Así que no son infalibles.

-Nunca he dicho que lo fueran.

-¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a Savannah?

-Lo pensaremos cuando estemos allí --contestó Blake, aparentemente despreocupado por su falta de plan.

-¿Te importa si enciendo la radio?

-Adelante.

Iba a ser un largo viaje a Savannah, pensó Tara mientras giraba el botón. Y no quería pensar en lo agradable que resultaba estar dentro de la furgoneta mientras llovía y con Blake a escasos centímetros de ella.

Le resultaría más fácil mantener las distancias con él si lo consideraba simplemente un amigo temporal. Las circunstancias los habían reunido, eso era todo. No debía olvidarlo en ningún momento.

Tras más de una hora viajando, hicieron una parada para tomar algo en un restaurante de la carretera. Tara pidió un zumo y Blake un enorme helado y un trozo de tarta. Mientras le veía comer, y recordando la doble hamburguesa de queso con patatas que había almorzado, ella pensó que era increíble que se mantuviera delgado comiendo como comía.

Blake sonrió cuando, finalmente, Tara le hizo la pregunta.

-Es mi metabolismo. La mayoría del tiempo trato de comer alimentos saludables, pero de vez en cuando me gusta tomar una buena hamburguesa y un helado.

Una vez más, Tara creyó percibir un leve acento tejano en la voz

de Blake.

-¿Dónde te criaste, Blake?

Él se encogió de hombros.

-En todas partes. Mi familia viajaba mucho.

-¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Georgia?

-¿Quién ha dicho que viva en Georgia?

Tara parpadeó.

-¿No es así?

-Sólo ocasionalmente.

Tara pensó en el hotel de Marietta.

-¿Dónde vives cuando no estás en este estado?

-Aquí y allí.

-¿No tienes una casa permanente en ningún lugar?

-Trabajo fuera de Tejas bastante a menudo. Tengo una casita en las colinas de Tennessee a la que suelo ir cuando estoy libre.

A Tara le pareció que llevaba una vida muy solitaria.

-¿No tienes familia?

-No. Vivo por mi cuenta.

Había tantas preguntas que Tara habría querido hacerle... Por qué vivía como vivía, por qué necesitaba tener furgonetas aparcadas por ahí, habitaciones de moteles reservadas bajo un nombre falso... Por qué carecía de un hogar, de una familia, incluso de posesiones. Pero sabía que todo aquello no era asunto suyo y que Blake sólo se lo contaría si quisiera que lo supiera.

Adoptando un tono ligero, preguntó:

-¿No te ha dicho nunca nadie que eres un poco extraño, Blake?

Él sonrió.

-Bastante a menudo.

-¿Y no te molesta?

-Me he acostumbrado. ¿Seguro que no quieres helado ni nada?

-No, gracias.

-Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

Cuanto más cosas sabía de Blake, menos sentía que lo conocía, pensó Tara mientras subían de nuevo a la furgoneta. Y más intrigada se sentía.

Hacía años que Tara no iba a Savannah. Casi había olvidado lo bonita que era, con sus antiguos edificios, sus calles empedradas, sus magnolios y abundantes azaleas.

Bajó de la furgoneta y se estiró, agradeciendo poder hacerlo tras las horas pasadas en la carretera. Miró con curiosidad los bonitos jardines de la urbanización frente a la que había aparcado Blake.

-¿Dónde estamos?

-Una amiga mía tiene un piso aquí. Viaja mucho, y ahora está fuera de la ciudad, pero tengo permiso para usarlo siempre que lo necesite.

-Una amiga-. Tara se sorprendió un poco ante su inmediata reacción al oír aquella palabra y las preguntas que pasaron al instante por su cerebro. Preguntas que no eran asunto suyo.

«Concéntrate en lo que estás haciendo, Tara».

-¿Tienes... la llave? -preguntó, en tono forzadamente despreocupado.

-Sí. Me dio una para emergencias como ésta.

Evidentemente, Blake no llevaba una vida tan solitaria como Tara había imaginado.

Quince minutos después, entraban en un piso maravillosamente amueblado y con una vista del río Savannah que quitaba el aliento.

-Es precioso -murmuró Tara.

Blake parecía sentirse a sus anchas mientras arrojaba su sombrero vaquero sobre una mesa baja.

-Stephanie sabe cuidarse.

-Stephanie.

-Es muy... amable por su parte dejar que nos quedemos aquí.

Blake asintió.

-Voy a ducharme y a cambiarme antes de hacer unas llamadas. Instálate como si estuvieras en tu casa, ¿de acuerdo? En el frigorífico habrá algún zumo y refrescos. También hay una televisión en el armario si te apetece verla.

Tara no encendió la televisión ni abrió el frigorífico cuando Blake desapareció. En lugar de ello, salió al balcón, donde pudo disfrutar del agradable olor que había dejado la lluvia en el ambiente y pensar en todo lo sucedido.

Apenas era consciente del tiempo que había pasado cuando Blake habló tras ella, sobresaltándola.

-Se está bien aquí fuera, ¿verdad?

-Sí, es...

Tara se volvió, quedándose muda al ver que que Blake llevaba una camisa azul, pantalones grises y tirantes grises. También se había cambiado de calzado, y ahora, en lugar de las botas llevaba unos mocasines negros. No había duda de que la ropa era suya. Y no la llevaba en su bolsa de viaje.

Haciendo un esfuerzo, logró sonreír.

-Sí -repitió-. Es un lugar precioso.

Blake se apoyó contra el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

-Me gustaría llevarte a cenar -dijo. Tara alzó las cejas.

-Así fue como empezó este lío.

Blake sonrió forzadamente.

-Lo sé. Y ésta es otra cena de trabajo.

-¿Con otro de tus extraños amigos?

-Me temo que sí.

Tara se pasó las manos por los vaqueros.

-Espero que no vayamos a ningún sitio demasiado elegante -murmuró, sintiéndose mal vestida en comparación con Blake. —Querrás cambiarte.

-Tengo el traje que llevé ayer ---,dijo Tara-. Está muy arrugado, pero seguro que en esta casa habrá una plancha.

Blake negó con la cabeza.

-Aquí encontraremos algo para ti. Stephanie y tú sois más o menos de la misma talla, aunque ella es un poco más alta.

-No quiero husmear en los armarios de tu amiga, Blake -protestó Tara, espantada ante la mera idea de hacerlo.

-A ella no le importará.

Tara negó con la cabeza.

-No.

Blake alargó sus manos, tomó las de Tara y le acarició el dorso de ambas con los pulgares.

-Vamos -dijo-. Seguro que encontramos algo que te siente bien.

-En serio, Blake, yo...

Pero él ya se estaba moviendo, tirando con suavidad de ella y hablando sin cesar para desconcertarla. Una vez en la habitación, abrió la puerta de un armario que era más grande que todo el dormitorio de Tara en Atlanta. Se quedó boquiabierta.

Nunca había visto tanta ropa en su vida. Sedas, satenes, lentejuelas, ropa informal, deportiva, de vestir, cientos de pares de zapatos cuidadosamente ordenados en una pared llena de cubículos...

-Se nota que a tu amiga le gusta la ropa - dijo, débilmente, consciente de la simpleza de su comentario.

Blake ya estaba rebuscando en las baldas.

-La ropa tiene mucha importancia en su profesión. Es modelo.

«Cómo no», pensó Tara.

-De todos modos, no puedo utilizar sus cosas así como así. Eso sería ir más allá de las fronteras de la mera hospitalidad.

-Confía en mí; no le importará. ¿Quieres que la llame para que te lo diga personalmente?

-¡No! Quiero decir...

Blake volvió a tomarla de las manos y le dedicó una de sus devastadoras sonrisas.

-Cariño, ahora mismo no tengo tiempo de ir de compras. Ponte esta tarde algo de Stephanie y trataremos de conseguir algo más mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

Hacía que sonara tan lógico..., pensó Tara. Como si hubiera sido totalmente infantil e irrazonable que se negara. Y la forma en que le sostenía las manos y la miraba producía el efecto de una especie de cortocircuito en su cerebro.

Suspiró.

-De acuerdo. Pero sólo esta noche.

Blake deslizó los labios por los nudillos de una de sus manos, provocándole un cosquilleo que le llegó hasta los pies. Sus miradas se encontraron sobre sus manos enlazadas, y Tara se quedó sin aliento. Entreabrió los labios involuntariamente, esperando el beso que parecía inevitable.

Entonces, Blake dejó caer las manos y se volvió hacia el armario.

-De acuerdo, estamos buscando algo bonito y elegante, pero sin exagerar. Los trajes pantalón no te vendrán bien, porque Stephanie tiene las piernas más largas que tú.

Aún sin aliento debido a aquel momento de pura conciencia sexual, Tara se sobresaltó ante el recuerdo de dónde estaban y por qué.

Blake sacó un vestido de punto color verde esmeralda. Probablemente sería corto como una minifalda en las largas piernas de Stephanie, pero en Tara resultaría más discreto. Y el tejido hacia que la talla no resultara demasiado importante.

Ella asintió, aún reacia.

-Es bonito.

-A Steph le gusta mucho el verde. Es pelirroja y le sienta muy bien.

Tara se dijo que era muy inmaduro por su parte sentir animosidad hacia una mujer que ni siquiera conocía, sobre todo teniendo en cuenta que le había ofrecido su casa y su vestuario... aunque ella no lo supiera.

Blake ya estaba rebuscando entre los zapatos.

-Tengo los míos -dijo Tara, rápidamente-. Están en la furgoneta.

Blake asintió.

-Iré por ellos mientras te cambias. Date una ducha si quieres. En el baño hay todo lo que puedas necesitar.

Cuando, unos minutos después, Tara entró en el baño del dormitorio, se sintió poseída por una especie de temeraria

expectación que la sorprendió. ¿Quién habría podido imaginar que la idea de ir con un vestido prestado a investigar un robo de obras de arte que podía estar conectado con un asesinato le resultaría tan estimulante y emocionante? Pero sabía que, en parte, aquel sentimiento de euforia también se debía a que estaba con Blake.

Medio en serio, medio en broma, se preguntó si todo lo sucedido habría afectado su capacidad de razonar. Porque, en todo lo referente a Blake, cada vez le resultaba más difícil comportarse como la mujer cautelosa y razonable que siempre había creído ser.

7

Con el vestido verde y los zapatos negros de tacón, Tara siguió a Blake mientras entraban en un pequeño y elegante restaurante italiano. Blake aún no le había explicado exactamente con quién iban a verse. Sólo le había dicho que se trataba de un viejo amigo que podía tener alguna información para ellos.

Ocuparon una mesa al fondo del comedor e informaron al camarero de que esperaban a alguien. Blake encargó una botella de vino blanco mientras aguardaban.

-Sólo para que estés preparada, te advierto que mi amigo es un poco... raro -dijo, después de que les llevaran el vino.

Tara hizo una mueca.

-Al menos, esta vez vamos a encontrarnos con tu amigo en un entorno más agradable.

Blake sonrió y enseguida entrecerró los ojos.

-Aquí llega Perry.

El hombre que se acercó a la mesa era alto, delgado, y tenía el pelo rubio color arena. Iba totalmente vestido de negro. Había algo en él que puso de inmediato en marcha los sistemas de precaución mental de Tara... sistemas que había desarrollado a lo largo de sus años de relacionarse con inspectores de Hacienda.

Había conocido a más de un estafador en su vida, y su instinto le decía que estaba a punto de conocer a otro.

Blake se levantó y estrechó con evidente calidez la mano del otro hombre. Tara percibió de inmediato que había un fuerte lazo de unión entre ellos.

Tras unas breves palabras de saludo y algunos oscuros comentarios que Tara fue apenas capaz de seguir, el recién llegado se volvió hacia ella.

-Éste es Perry -dijo Blake, sin añadir ningún apellido.

Tara alargó su mano.

Perry la tomó y se la llevó a los labios. Aquel gesto hizo que Tara recordara el de Blake, aunque su reacción fue totalmente diferente con éste. Si hubiera tenido el bolso a mano, lo habría sujetado firmemente.

-Blake me había dicho que iba a estar acompañado por una dama, pero no mencionó lo guapa que era -dijo Perry, con un marcado acento sureño. Un acento que Tara conocía bien de su infancia en Honoria, Georgia. Ella se había esforzado en suavizar el suyo cuando estudió en Harvard, pues sabía desde pequeña que, a menudo, el acento del sur solía confundirse con un bajo nivel intelectual.

Murmuró algo intrascendente en respuesta a la galantería de Perry y miró a Blake en busca de algún indicio sobre cómo manejar a aquel tipo.

-Siéntate, Perry -dijo Blake-. ¿Te apetece un poco de vino? ¿Tienes hambre?

Perry dedicó a Blake una perezosa y ladeada sonrisa mientras sé sentaba.

-Ya sabes que siempre tengo hambre. Soy capaz de comer cualquier cosa que no trate de morderme a mí antes.

Parecía decidido a confirmar sus palabras cuando eligió su menú. Empezó con un fuerte aperitivo, seguido de una sopa, un plato de carne y otro de pescado, advirtiendo al camarero que pediría el postre después. Por la forma de reaccionar de Blake cada vez que Perry pedía un nuevo plato, Tara dedujo que su socio se iba a encargar de la cuenta.

Resultó que Perry no era muy dado a hablar mientras comía. Sólo cuando terminó de hacerlo pareció relajarse lo suficiente como para mostrarse un poco más hablador. Al parecer, Blake conocía bien las costumbres de su amigo, pues tampoco trató de entablar conversación con él hasta que le sirvieron el café.

-¿Qué tal te ha ido últimamente? -preguntó.

Perry se encogió de hombros.

-No puedo quejarme.

-¿Sigues haciendo el circuito?

-De vez en cuando.

-¿El circuito? -Tara miró con curiosidad de Blake a Perry-. ¿Te refieres al circuito de rodeos?

Perry rió.

-No exactamente.

Blake se aclaró la garganta.

Tara frunció el ceño. Sus sospechas previas se hacían cada vez más definidas.

-Soy lo que suele llamarse un fullero, señorita -dijo Perry, sin mostrar el más mínimo arrepentimiento por su declaración.

Tara suspiró.

-Un timador.

-Esa es otra forma de llamarlo –asintió Perry.

-Tara es abogada -murmuró Blake. Perry alzó las cejas con gesto interesado.

-¿Sí? He tenido tratos con algunos abogados.

Podría decirse que seguimos la misma línea de trabajo.

Tara abrió los ojos de par en par. Empezaba a cansarse de que

los cuestionables amigos de Blake hicieran dudosos comentarios sobre su profesión.

-Yo no diría exactamente eso.

Al ver la sonrisa de Blake sintió deseos de darle una patada en la espinilla.

-Si eso hace que te sientas mejor, te diré que no me dedico a quedarme con los ahorros de los jubilados ni nada parecido -dijo Perry . Sobre todo me gano la vida con las cartas y el juego.

-Perry es un buen amigo, Tara -dijo Blake con sencillez-. Le confiaría mi vida.

Tara suavizó su gesto.

-No pretendo juzgarte, Perry. Sé que has venido a ayudarnos y te lo agradezco.

-No tienes por qué disculparte -aseguró él.

Blake asintió y se centró en el asunto que tenían entre manos.

-Esta tarde te he explicado más o menos la situación en la que nos encontramos. P

erry asintió.

-Parece que estáis metidos en un buen lío.

Tara empezaba a preguntarse si Perry utilizaría aquel marcado acento sureño como un disfraz, ocultando sus verdaderos pensamientos tras clichés y tópicos. Le habría gustado saber cómo Blake y él habían llegado a ser tan amigos.

¿Qué puedes contarme que no sepa ya sobre Jack Willfort? -preguntó Blake.

Perry se encogió de hombros.

-Corren rumores de que planea presentarse a las próximas elecciones.

-Eso ya lo sé.

-Se dice que va a basarse en su reputación como sólido hombre de familia y piedra angular de la comunidad.

-Vamos, Perry, necesito algo más que eso.

-Se rumorea que lleva años de relaciones con una rica casada de Atlanta.

Blake alzó tina ceja.

-¿De verdad?

-Como ya he dicho, es un rumor. Blake miró a Tara.

-¿Liz Pryce? -susurró ella.

Blake miró a Perry, que se encogió de hombros.

-Nada de nombres, amigo.

-¿Algo más?

Perry se aclaró la garganta.

-Tal vez.

Sonriendo irónicamente, Blake -deslizó algo sobre la mesa hacia su amigo, que lo tomó y lo guardó en un bolsillo sin mirarlo.

-He oído decir que hay un par de cuadros en su colección que no deberían estar ahí.

-¿Y dónde deberían estar?

Perry se encogió de hombros.

-Donde se guardan las pinturas robadas. ¿Hay tiendas de empeño para cosas como ésa?

Blake miró rápidamente a su alrededor y luego se inclinó hacia el otro hombre.

-¿Me estás diciendo que las pinturas nunca fueron robadas?

-Sólo te estoy contando algunos rumores que he oído. Lo que deduzcas es cosa tuya - Perry terminó su café de un trago y se levantó de la mesa-. Y ahora, si me disculpáis, tengo una cita. Me alegro de haberte visto, Blake.

Los dos hombres estrecharon solemnemente sus manos. Después, Perry volvió a alzar una mano de Tara y se la llevó a los labios.

-Ha sido un verdadero placer conocerte - dijo, cuando se la soltó.

-Lo mismo digo -contestó Tara.

Perry se fue del restaurante sin mirar atrás.

Tara respiró profundamente y miró a Blake con gesto interrogante.

-¿Qué le has dado?

-Digamos que le he resuelto su partida de póquer de esta noche.

Tara parpadeó.

-¿Tu amigo te cobra por la información?

Blake alzó un hombro.

-Tiene que ganarse la vida de alguna manera.

Recordando el billete que Blake había entregado a Spider, Tara pensó que sus amigos le salían realmente caros. Esperaba que la información que le habían dado mereciera la pena.

De vuelta en la casa de Stephanie, Tara se quitó los zapatos y empezó a caminar de un lado a otro mientras trataba de encajar las piezas del rompecabezas.

-Así que Liz Pryce y Jackson Willfort están teniendo una aventura -empezó.

Blake se apoyó contra el quicio de la puerta y se cruzó de brazos.

-No podemos estar seguros de eso -dijo, precavido.

-Ya. Pero, si es así, piensa en cuánto perjudicaría a ambos que se supiera. Se supone que Willfort es un hombre conservador al que le

importa sobre todo la moralidad. Por su parte, Liz Pryce está casada con un hombre extremadamente poderoso que podría darles muchos problemas a Willfort y a ella. Sin duda, ambos estarían dispuestos a hacer lo que fuera por mantener su aventura en secreto.

-Su supuesta aventura, abogada.

Ignorando el burlón comentario de Blake, Tara siguió hablando.

-Tienes unos papeles que indican que las pinturas robadas eran falsificaciones. Perry ha oído el rumor de que los originales siguen en poder de Willfort. Alguien de la compañía de seguros se puso en contacto contigo y te hizo ir a la galería, pero ahora no puedes localizar a esa persona. ¿Quién te llamó? ¿Era su intención incriminarte?

-Buenas preguntas.

-Sí, pero sin respuestas. ¿Cómo vamos a...? -Tara se interrumpió abruptamente, mirando a Blake-. ¿Qué haces?

Un pisapapeles de cristal, un perro de bronce y una manzana de mármol, todos objetos de la estantería junto a la que estaba apoyado Blake, parecían volar en el aire por encima de sus manos. Mientras Tara miraba, los objetos subían y bajaban, subían y bajaban, haciendo un movimiento elíptico en el aire.

-Hago malabares -contestó Blake, sin apartar la mirada de los objetos.

-¿Por qué?

-Pienso mejor de esta forma.

-Oh -Tara encontró aquellos movimientos extrañamente fascinantes. Tras observar unos momentos más, preguntó-: ¿Tienes otros talentos ocultos?

Blake le dedicó una sonrisa burlonamente maliciosa.

-Unos cuantos.

Por algún motivo, Tara se ruborizó intensamente. Se volvió para ocultar su rostro.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó, simulando mirar por la ventana para admirar el brillo de la luna en el río.

Oyó que Blake volvía a dejar los objetos en la estantería.

-Vamos a acostarnos -contestó él.

Tara se volvió con rapidez. Sin duda, no querría decir...

La expresión de Blake era de total inocencia.

-Ninguno de los dos ha dormido demasiado la pasada noche -añadió-. Podremos pensar con más claridad cuando hayamos descansado. Yo ocuparé el dormitorio de invitados. Tú puedes dormir en el de Stephanie.

Parecía disfrutar haciendo que se sonrojara, pensó Tara, enfadada con la facilidad con que lo lograba. Siempre se había considerado inmune a las sugerencias e indirectas de doble sentido.

No le gustaba la idea de utilizar la cama de la otra mujer. Y odiaba la idea de tener imágenes mentales de Blake compartiéndola con una bella pelirroja.

«Tienes que dejarte de tonterías de una vez por todas, Tara», se reconvino.

-Tal vez sería mejor que tú ocuparas la habitación de Stephanie -dijo-. Después de todo, ella es tu amiga.

Blake negó con la cabeza.

-Siempre utilizo la habitación de invitados cuando vengo -contestó-. La considero más o menos mía.

Sus palabras sólo sirvieron para confundir aún más a Tara respecto a su relación con la ausente Stephanie.

-Necesitarás algo que ponerte para dormir -continuó Blake-. Steph tiene camisones en algún lugar de su inmenso armario.

-¿Te importaría mucho que volviera a usar tu chándal? -preguntó Tara-. Era muy cómodo.

La sonrisa de Blake tuvo un matiz de ternura que hizo que las manos de Tara temblaran durante un momento.

-No, cariño. No me importa lo más mínimo. Voy por él.

Tara necesitó los cuatro minutos que Blake estuvo fuera para recuperarse de su sonrisa.

Aquella no era forma de mantener una adecuada distancia emocional con él.

Blake volvió con el chándal y un par de calcetines blancos limpios. Se los entregó a Tara y preguntó:

-¿Necesitas algo más?

-No, gracias.

Blake pareció repentinamente reacio a dejarla ir.

-¿Estarás bien sola?

Ella hizo una mueca.

-Llevo mucho tiempo durmiendo sola, Blake.

Él asintió.

-Sólo pensaba... bueno, con todo lo que ha pasado sería comprensible que estuvieran un poco nerviosa.

-Estoy bien -repitió Tara.

-¿Me avisarás si necesitas algo?

-Serás el primero en saberlo -aseguró ella, irónicamente. Como si hubiera alguien más a quien decírselo.

-Y si tienes otra pesadilla...

-Blake -interrumpió ella-. Estoy bien. En serio. No habrá más pesadillas.

-¿Estás segura?

-Estoy segura. Ahora vete a la cama. Descansa.

Blake se inclinó y la besó suavemente en los labios.

-Buenas noches, Tara.

-Buenas noches, Blake -replicó ella con voz ligeramente ronca.

-Tara.

El sonido de su nombre penetró el sueño de Tara. Abrió los ojos y casi gimió al ver a Blake sentado en el borde de la cama. La habitación estaba en penumbra, pero había suficiente luz como para verlo con claridad. Tenía el pelo revuelto y no llevaba nada excepto unos pantalones de chándal.

Tara apartó rápidamente la mirada de su pecho desnudo. Los detalles de su sueño regresaron con demasiada realidad, haciéndola ruborizarse.

-Por favor, no me digas que he vuelto a hablar en sueños.

Blake alargó una mano y le apartó un mechón de pelo de la frente.

-No. Sólo parecías inquieta. Temía que estuvieras teniendo otra pesadilla.

No había sido una pesadilla. Pero Tara no tenía intención de contarle a Blake la clase de sueño que había tenido, ni que él había tenido un papel estelar en él.

-¿Qué hora es? -preguntó.

-Poco más de las seis.

Tara hizo una mueca.

-Lo siento, Blake. No dejo de perturbar tu sueño.

-En más sentidos de los que crees - murmuró él, acariciándole la mejilla.

Tara tragó con esfuerzo y tomó el vaso de agua que había en su mesilla de noche. Intensamente consciente de la mirada de Blake, dio un sorbo.

-¿Mejor? -preguntó él, quitándole el vaso de la mano para dejarlo en la mesilla.

Ella asintió.

-Estaba sedienta.

Blake frotó con el pulgar una gota de agua de la comisura de los labios de Tara, que sintió un inmediato cosquilleo por todo el cuerpo. El sueño erótico que acababa de tener hizo eco en su mente mientras lo miraba, muy consciente de que estaban a solas en el

dormitorio, a escasos centímetros uno del otro, de que sólo haría falta una pequeña seña para que Blake se acostara junto a ella.

Sin apartar la mirada, él deslizó un dedo por la mandíbula de Tara, llevándolo después hasta su labio inferior, que se estremeció levemente bajo su tacto.

-¿Cómo puedes estar tan preciosa a esta hora de la mañana? -preguntó.

-Yo... er... -¿cómo se suponía que debía responder a aquello?

-No dejo de repetirme que sería un error aprovecharme de ti ahora que no tienes más opción que estar conmigo, pero haces que me resulte muy difícil tener las manos quietas, preciosa Tara McBride.

Tara nunca se había considerado hermosa. Su prima Savannah era la belleza de la familia McBride. Emily era bonita y dulce. Ella era... simplemente Tara. Inteligente. Competente. Atractiva a su manera. ¿Pero preciosa? No.

Pero la forma en que Blake la miraba, la acariciaba, hacía que se sintiera hermosa. Y era una sensación muy agradable.

No pudo evitar pensar que él era el hermoso. Su pecho y sus brazos eran firmes, musculosos. Sin pensar en lo que hacía, alargó una mano y la deslizó hacia arriba por su antebrazo, dudando al alcanzar su hombro. Su contacto era aún mejor que su aspecto, decidió.

Blake se inclinó hacia ella.

-Me gustaría mucho besarte, Tara -murmuró.

Ella deseaba realmente que lo hiciera. Pero aún temía acercarse demasiado a él. Querer demasiado. Volver a fracasar.

No trató de detenerlo cuando le acarició los labios con los suyos. Y no lo apartó cuando volvió a besarla.

El segundo beso fue más intenso que el precedente. Era como si cada vez que la besara, Blake sintiera que tenía más derecho a hacerlo. Y tal vez fuera así, pensó Tara, mientras respondía a su beso sin reservas.

Apoyándose en los antebrazos, Blake la presionó suavemente contra las almohadas, casi tocándola con su cuerpo. Bajo la suave tela del chándal, Tara sintió sus pechos sensibilizados, anhelando sus caricias. Casi podía sentir el calor de Blake, y anhelaba atraerlo hacia sí, hasta que no hubiera distancia entre ellos.

Él murmuró algo contra su boca. Luego, tomándola por la barbilla, le hizo inclinar la cabeza contra la almohada en un ángulo más pronunciado. La besó como si estuviera hambriento de su sabor.

Cediendo sin resistencia alguna a la tentación, Tara le devolvió el beso con igual fervor. Deslizó una mano tras su hombro para acariciarle la espalda. Los músculos de Blake se contrajeron bajo su tacto. Gimió roncamente.

La mano de Tara se topó de pronto con el contorno de una cicatriz que se hallaba bajo su omóplato izquierdo. Blake quedó repentinamente paralizado. Luego alzó la cabeza, interrumpiendo el beso.

Un instante después estaba de pie junto a la cama, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo. Aturdida, Tara notó que éstos le temblaban.

¿Qué había hecho para asustarlo así?

-Vuelve a dormir si quieres -dijo Blake, evitando mirarla a los ojos-. Yo suelo levantarme temprano y esta mañana tengo varias cosas que hacer.

-Creo... -Tara tuvo que aclararse la garganta antes de completar la frase-. Creo que yo también voy a levantarme.

Blake asintió, se volvió y salió de la habitación como si lo llamaran urgentemente de algún otro sitio.

-Utiliza lo que necesites -dijo, por encima del hombro-. A Stephanie no le importará.

Stephanie.

¿Cómo había podido olvidarse de la otra mujer?, se preguntó Tara. La mujer en cuya cama estaba acostada. La mujer con la que, probablemente, Blake habría compartido aquel dormitorio.

Salió de la cama y se pasó una temblorosa mano por el pelo.

Era idiota. Sin duda. Se estaba enamorando de un detective privado que no parecía creer en apellidos, que carecía de un hogar permanente, que tenía ropa en el piso de una modelo pelirroja cuyas piernas eran mucho más largas que las de ella. Sólo una tonta como ella sería capaz de caer en los brazos de un hombre como aquél.

Pero lo que le estaba sucediendo sólo se debía a la cercanía, se dijo. No tenía nadie más a quien acudir. Su dependencia de él era comprensible.

Y Blake era un hombre excepcionalmente atractivo. Intrigantemente misterioso. Impredecible. Encantador. Cualquier mujer normal y saludable se habría sentido atraída por él en aquellas circunstancias.

Lo que debía hacer era recordarse constantemente que aquella situación era sólo temporal. Que eran el hombre equivocado y la mujer equivocada reunidos en el momento equivocado. No podía

permitirse olvidar las advertencias de su sentido común.

No, si quería salir de aquella experiencia con el cuerpo y el corazón intactos.

Tara tomó una larga ducha, se lavó los dientes, se secó el pelo y se maquilló un poco. Tras vestirse, hizo la cama. Al apartarse de ésta, chocó involuntariamente contra la mesilla de noche, haciendo caer un pequeño marco de foto a la alfombra. Cuando lo recogió, el rostro de Blake la miró sonriente. Se trataba de una foto tomada varios años antes. Su pelo, ligeramente largo y dorado, estaba agitado por el viento, y su sonrisa era brillante y despreocupada. Miraba a la persona que sostenía la cámara con evidente afecto.

Tara dejó el pequeño marco en la mesilla como si de pronto le hubiera quemado los dedos.

¿Qué más prueba necesitaba para convencerse de que no podía tomar en serio el flirteo de Blake?

No importaba cuánto le apeteciera ceder.

Con el pelo aún mojado tras la larga y fría ducha que había tomado después de dejar a Tara, Blake se puso unos vaqueros y una camisa de manga larga que sacó del armario empotrado del dormitorio.

Tenía que salir un rato de la casa. Sospechaba que Tara querría ir con él, pero esperaba convencerla para que se quedara. Allí estaría a salvo. Y él podría aprovechar aquel rato para recordar todos los motivos por los que no debía tener una relación con ella.

La cicatriz que Tara había descubierto en su espalda, causada por la bala de un demente, era sólo un recordatorio de las diferencias que había entre ellos. Tara tenía la clase de pasado con el que Blake sólo había podido fantasear, y un futuro en el que nunca encajaría. Y dudaba que fuera la clase de mujer que se quedara satisfecha con unas cuantas noches de placer. sin ataduras, seguidas de una amistosa despedida.

Blake no sabía cómo ofrecer más.

Estaba sentado a la mesa de la cocina con una taza de café a su lado y leyendo el periódico cuando entró Tara. Alzó la mirada y le sonrió. Ella notó de inmediato que los ojos de Blake no reflejaron su sonrisa. Casi pudo ver la pared que había erigido entre ellos.

¿Qué había cambiado durante aquel beso? ¿Qué le había hecho apartarse de ella tan repentinamente? No pudo evitar preguntarse si Stephanie tendría algo que ver con la repentina reserva de Blake.

-Lo que debemos hacer -dijo él, sin preámbulos- es entrar en la mansión de Jackson Willfort y echar un vistazo a su colección privada de cuadros.

Tara se sentó en una silla.

-¿Quieres entrar a escondidas en la mansión Willfort.? -preguntó, débilmente-. ¿No te parece peligroso? Sobre todo si Willfort está detrás de los tipos que nos buscan…

-No he dicho que tengamos que entrar a la fuerza -dijo Blake, volviendo a mirar el periódico con gesto pensativo-. Sólo he dicho que tenemos que entrar.

-Supongo que esperas que llamemos al timbre y le pidamos al señor Willfort que nos deje ver su colección privada para comprobar si hay un par de cuadros cuyo robo ha sido denunciado por él mismo.

-No es eso exactamente lo que tenía pensado -respondió Blake ignorando el tono sarcástico de Tara.

¿Por qué tengo la sensación de que ya has elaborado un plan que no me va a gustar?

Blake sonrió.

-Al parecer no soy el único que tiene intuiciones fiables -la sonrisa desapareció de su rostro cuando alargó la mano y tomó un mechón del pelo de Tara entre sus dedos-. ¿Te has preguntado alguna vez lo que sentirías siendo pelirroja?

-Yo...

La sonrisa de Blake se tornó maliciosa.

-Confía en mí, Tara. Vas a tener un aspecto estupendo.

8

Blake no podía decirle a Tara con exactitud lo que tenía pensado.

-No trato de ocultarte nada -aseguró-. Sólo necesito elaborar un poco más los detalles antes de discutirlos contigo, ¿de acuerdo?

Cuando esa mañana se fue del apartamento tras decirle a Tara que volvería pronto, ella trató de discutir. Le recordó que era su socia en aquel asunto y que no estaba dispuesta a que la tratara como a un exceso de equipaje.

Blake le dijo que lo que tenía que hacer debía hacerlo solo. Luego se fue del apartamento. Enfadada, Tara caminó de un lado a otro del cuarto de estar, furiosa con él por mantenerla al margen de aquello, y a la vez, anhelando tontamente sentir sus brazos rodeándola.

"Soy completamente idiota", pensó.

De pronto sintió muchas ganas de hablar con alguien que la quisiera. Ahora que llamar era más arriesgado que durante las dos pasadas semanas, sintió un impulso casi irrefrenable de hacerlo.

Se dijo que no podía ser peligroso telefonear desde allí. Excepto Stephanie, nadie sabía dónde se encontraban Blake y ella, y era evidente que Blake confiaba en su amiga.

Era ridículo pensar que alguien estuviera controlando el teléfono de sus padres... ¿o no?

Podía llamar a su hermano Trevor en Washington. Pero Trevor la conocía demasiado bien. En cuanto la oyera sabría que algo iba mal; ese era el motivo por el que había evitado llamarlo desde que la habían despedido. Si llegara a enterarse del lío en el que estaba metida, no dudaría en tomar el primer avión de inmediato.

En cuanto a su hermano pequeño, Trent... era demasiado joven. Y tendía a preocuparse demasiado. Llamarlo sólo serviría para preocuparlo.

Pero el silencio de aquella casa desconocida la oprimía más a cada minuto que pasaba, haciéndole sentirse más sola que en todos los días pasados en su apartamento. Al cabo de una hora, sin poder resistirlo más, descolgó el teléfono y marcó el número de la única persona que siempre estaba disponible cuando la necesitaba. A pesar de su juventud, Emily McBride era la persona que mejor sabía escuchar de la familia.

-¡Cuánto me alegro de oírte, Tara! -dijo Emily, reconociendo de inmediato la voz de su prima-. Estaba preocupada por ti.

-¿Preocupada por mi? -Tara se quedó sorprendida-. ¿Por qué?

-En el funeral de papá noté que algo te preocupaba. Y nadie ha

tenido noticias tuyas desde que te fuiste. Tía Bobbie y tío Cáleb temen que estés trabajando demasiado. Tía Bobbie esperaba hablar contigo pronto. ¿La has llamado hoy?

-No, hoy no he llamado a mamá -admitió-. ¿Me harías un favor, Emily?

-Por supuesto.

-Dile a mamá que hemos hablado y que la llamaré dentro de unos días, ¿de acuerdo? Tal vez dentro de una semana. Dile que sigo en mi viaje de trabajo y que apenas tengo tiempo para hablar ahora. Dile que sólo te he llamado para ver qué tal te iba, ¿de acuerdo?

Tras un momento de silencio, Emily preguntó:

- ¿Qué sucede, Tara?

-Es una larga historia -dijo Tara, preguntándose si habría cometido un error llamando a su prima-. Estoy metida en una especie de lío, pero me encuentro bien. Sólo quería hablar con alguien un minuto.

-¿No puedes decirme qué sucede?

-No, me temo que no. Pero no trates de llamar a mi apartamento, ¿de acuerdo? No estaré allí durante unos días. Dile a mamá que no me llame allí, que ya la llamaré yo.

-¿Tiene esto algo que ver con tu trabajo? ¿Tienes entre manos algún caso difícil?

-Algo así -contestó Tara, sintiéndose culpable por mentir.

-No correrás peligro ni nada parecido, ¿no?

Tara forzó una risa.

-Por supuesto que no. En serio, Emily, no te preocupes por mí. Sólo he llamado para ver qué tal estabas.

-Estoy bien contestó Emily, sin sonar demasiado convencida-. He descansado mucho durante las dos últimas semanas. De hecho, más que en todo el último año.

Tara sabía que su prima había pasado una mala época cuidando de su padre enfermo, que había tenido una muerte lenta y dolorosa.

-¿Sigues trabajando a diario? -preguntó, pensando en el poco tiempo que Emily se había tomado para sí misma-. ¿No te has tomado unas vacaciones desde que murió tu padre?

-Sólo un par de días para los arreglos del funeral -admitió Emily-. Me habría gustado tomarme más vacaciones, pero ha habido mucho ajetreo en la oficina últimamente, y no puedo dejarlos en la estacada. Puede que algún día.

Era típico de Emily estar más pendiente de los problemas de los demás que de los suyos. .

-¿Le dirás a mamá que he llamado? ¿Que me encuentro bien y que me pondré en contacto con ella pronto? -insistió Tara.

-No te preocupes. Y espero que vuelvas a llamarme si necesitas cualquier cosa.

-Por supuesto -contestó Tara, pensando que no le quedaría más remedio que hacerlo si su rostro aparecía de pronto en la pantalla de televisión.

Ciertamente, era un milagro que aún no hubiera sucedido. Y a los cotillas habitantes de Honoria, Georgia, les encantaría enterarse de que había otro McBride sospechoso de asesinato. El hermano de Emily, Lucas, abandonó el pueblo bajo las mismas sospechas, quince años atrás, y desde entonces no se sabía nada de él. Tara no quería tener que desaparecer como Lucas. Emily aún lamentaba la pérdida de su hermanastro.

Al oír el ruido de la llave en la cerradura, los latidos del corazón de Tara se aceleraron. Blake había vuelto.

-Tengo que dejarte, Emily. Cuida de ti misma para variar, ¿me oyes?

-Haz tú lo mismo.

-Lo intentaré -prometió Tara y colgó el teléfono.

Pasó las repentinamente húmedas palmas por los costados de sus vaqueros y se volvió para recibir a Blake, esperando no haber metido la pata llamando por teléfono.

Pero no fue Blake quien entró en la habitación, sino una alta y bellísima pelirroja con un ceñido vestido de punto que acababa por encima de las rodillas de sus larguísimas piernas. De inmediato, Tara se sintió vulgar y fea en comparación con aquel dechado de femenina perfección.

«Stephanie», pensó, sintiendo que el corazón se le encogía.

¿Podía complicarse aún más aquella situación?

-¡Hola! -el bonito rostro de Stephanie se iluminó con una sincera y amistosa sonrisa-. Tu debes de ser Tara.

-Sí. Y tú eres Stephanie.

-Eso es. ¿Dónde está Blake?

-Ha salido. No ha dicho a dónde.

Stephanie movió la cabeza y suspiró.

-Casi nunca lo hace.

-Ha sido muy amable por tu parte dejarnos utilizar tu piso -dijo Tara, incómoda.

-Blake sabe que sus amigos y él siempre son bienvenidos aquí. ¿Tienes hambre? Me he saltado el desayuno y sería capaz de comer cualquier cosa.

Tara miró su reloj. ¿Dónde diablos estaría Blake?

Stephanie ya se dirigía hacia la cocina.

-¿Te gustan los espaguetis? Tengo salsa preparada en el congelador. También podemos preparar una ensalada.

Al parecer, Stephanie y ella iban a preparar la comida juntas, pensó Tara, siguiéndola obedientemente. Qué hogareño.

-Blake me dijo que te había involucrado sin querer en uno de sus casos -dijo Stephanie mientras abría el frigorífico-. Debo admitir que me sorprendió. Normalmente tiene mucho cuidado de no poner a nadie en peligro.

Tara se sintió impulsada a defender a Blake.

-Él no sabía que el caso podía resultar peligroso. De lo contrario nunca me habría mezclado en él.

Tras colocar la salsa en el microondas, Stephanie miró a Tara con gesto pensativo.

-No, por supuesto que no.

Tara habría querido hacer muchas preguntas a Stephanie, pero ninguna de ellas era asunto suyo. Las relaciones de Stephanie con Blake no tenían nada que ver con ella... o eso le habría gustado creer.

-¿Puedo hacer algo para ayudar? -preguntó.

Stephanie señaló la puerta de un armario.

-Ahí dentro hay una cacerola grande. Puedes llenarla con agua y ponerla a hervir para preparar la pasta mientras yo corto la lechuga.

Tara se preguntó de dónde sería Stephanie. Su acento le recordaba al de Blake, una intrigante mezcla de sur y del suroeste. Cuando, tras sacar la cacerola, se volvió, vio a Stephanie haciendo juegos malabares con tres tomates mientras iba del frigorífico al mostrador. Sus hábiles movimientos volvieron a recordarle a Blake.

Al ver que Tara la estaba mirando, Stephanie rió un tanto avergonzada y dejó los tomates cuidadosamente en el mostrador.

-Es una costumbre tonta -murmuró-. Apenas puedo tomar dos cosas a la vez sin ponerme a hacer juegos malabares con ellas. La culpa es de Blake; él siempre lo hace.

-Así que hace tiempo que conoces a Blake -dijo Tara, tratando de sonar indiferente.

Stephanie alzó una ceja, aparentemente sorprendida.

-¿Quieres decir que no te ha...?

-Veo que ya os habéis conocido -dijo Blake, entrando en ese momento en la cocina.

El rostro de Stephanie se iluminó de tal modo al verlo que Tara

sintió que su corazón volvía a encogerse.

-Blake -incluso su voz se volvió más cálida al acercarse hacia él para saludarlo.

Tara vio de reojo que Blake tomaba a Stephanie en sus brazos para abrazarla y luego le daba un sonoro beso en la mejilla.

-Estas guapísima -dijo, apartándose un poco para contemplarla.

-Tú tampoco estás mal -bromeó Stephanie-. Espero que tengas hambre. Tara y yo estamos preparando espaguetis para comer.

Blake miró a Tara y, repentinamente, su expresión se volvió más reservada. El recuerdo del beso de aquella mañana parecía haber quedado suspendido en el aire entre ellos.

-Muy buena idea -dijo Blake-. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

-Limítate a no entrometerte -replicó Stephanie, moviendo sus ojos verdes de Blake a Tara y de vuelta a Blake.

Él obedeció y se sentó en una silla.

-Has estado fuera mucho rato -dijo Tara-. ¿Ha resultado productiva la mañana?

-En parte. Creo que cada vez estoy más cerca de averiguar lo que ha pasado. Lo sabré con seguridad cuando entremos en la casa de Willfort.

-¡Oh, no! -murmuró Stephanie, dejando caer una zanahoria-. ¿Eso es realmente necesario, Blake? -preguntó, preocupada.

-Me temo que sí. Pero tengo un plan.

Stephanie gruñó y miró a Tara.

-Normalmente salgo corriendo y me escondo cuando le oigo decir eso. Tal vez tú deberías hacer lo mismo -aconsejó.

Blake sonrió, negando a la vez con la cabeza.

-No puede. La necesito.

El corazón de Tara dio un pequeño brinco. -¿Qué quieres que haga? -preguntó, tratando de mostrarse calmada.

En lugar de responder directamente, Blake miró a Stephanie.

¿Puedes ayudarnos a cambiar su aspecto? Stephanie miró especulativamente a Tara.

-¿Cómo?

-¿Puedes transformarla en una de las chicas de Jeremy?

Stephanie abrió los ojos como platos.

-Así que eso es lo que tienes pensado.

Tara deseó saber qué diablos estaba pasando.

¿Quién era Jeremy? ¿Un chulo? ¿Qué tenía planeado exactamente Blake?

-Ya he hablado con Jeremy -dijo Blake-. Es la mejor oportunidad que voy a tener.

Tomó el periódico de la mañana que había sobre la mesa y lo acercó a Tara, señalando un artículo.

Ella leyó la columna, que mencionaba una fiesta benéfica que iba a tener lugar el viernes por la tarde en..la mansión del millonario filántropo C. Jackson Willfort. La actuación principal correría a cargo del famoso mago Jeremy Kane. Las invitaciones costarían quinientos dólares y los beneficios serían donados a una casa de acogida de mujeres maltratadas. Se esperaba que asistieran doscientas personas.

-¿Vas a tratar de conseguir unas invitaciones? -preguntó Tara.

-No exactamente -murmuró Blake.

-Planea ir de incógnito -explicó Stephanie, un poco preocupada-. Tú serás una de las asistentes del mago. Y él... ¿Qué, Blake? ¿Irás de técnico?

Él asintió.

-Algo así.

Tara estaba aturdida.

-¿Yo? ¿La asistente de un mago? ¿Una de las pelirrojas de Jeremy Kane? ¡Eso es una locura, Blake!

-Es la única manera que tenemos de averiguar por nuestra cuenta qué está pasando, Tara -dijo Blake-. He llamado a mi contacto en Atlanta y la policía sigue buscando una pareja que encaja con nuestra descripción y a la que relacionan con el robo de la Pryce Gallery. Aún no tienen nuestros nombres, probablemente porque quienes dispararon a Botkin quieren encontrarnos antes. Sospecho que están vigilando tu apartamento, y a tu familia, tal vez. Podríamos llamar al departamento de policía de Atlanta para decirles que se produjeron disparos durante la inauguración de la exposición y que nosotros no tuvimos nada que ver en ello. Pero no tenemos pruebas de que Willfort esté implicado en el asunto, a menos que encontremos los cuadros en su posesión.

-No sabemos con certeza si Willfort está implicado -no pudo evitar señalar Tara. Algo en la expresión de Blake le hizo ver que esa mañana había averiguado más de lo que le había contado-. ¿Qué sucede? -preguntó-. ¿Qué más sabes?

-Sé que tu agua está hirviendo -dijo él, apartando la mirada-. Será mejor que pongas la pasta a cocinar. Yo voy a lavarme.

-Blake... -dijo Tara, pero él ya había salido de la cocina.

-¿No te apetece estrangularlo a veces? - preguntó Stephanie.

Resistiendo el impulso de salir tras Blake para exigirle que le contara todo lo que había averiguado, Tara se volvió de mala gana hacia la otra mujer.

-Sí -contestó-. Bastante a menudo.

Stephanie contempló pensativamente el rostro de Tara. Luego, sonrió y cambió rápidamente de tema de conversación.

-Esto es una locura. No va a funcionar.

-Confía en mí, Tara -dijo Stephanie-. Cuando haya terminado contigo, no habrá quien te reconozca. Y ahora, echa la cabeza atrás para que pueda aclararte el pelo.

Desde que Blake la había convencido para que los ayudara,. Stephanie se había mostrado entusiasmada con el proyecto. Tara no quería cuestionar los motivos de la otra mujer, pero le preocupaba el aspecto que iba a tener cuando acabara con ella.

Lo cierto era que Stephanie le gustaba. Era amistosa, divertida e inteligente, y había sido muy generosa con su casa y sus posesiones. Era evidente que estaba muy unida a Blake, pero empezaba a dudar que fueran amantes. ¿Cómo iba a aceptar Stephanie con tanta facilidad su presencia si estaba enamorada de Blake?

Stephanie se negó a permitir que se mirara en espejo.

-Te verás cuando haya acabado -dijo, mientras tomaba unas tijeras.

Tara se mordió el labio inferior.

-Um... Stephanie...

-Confía en mí. Sé lo que hago.

-Esto no va a funcionar -insistió Tara-. No vas a poder cambiarme lo suficiente como para que no me reconozcan los hombres que nos persiguen.

-Por si acaso, no apuestes por ello -aconsejó Stephanie, y a continuación dio el primer corte al pelo de Tara.

-Aunque puedas cambiar mi aspecto, no tengo idea de cómo ser la ayudante de un mago.

-Hace diez años que trabajo de vez en cuando con Jeremy Kane -dijo Stephanie con firmeza-. Yo te ayudaré. Y Jeremy se hará cargo de que parezca que sabes perfectamente lo que haces. Es un tipo brillante.

-Pero... -un mechón de pelo cayó en el rostro de Tara.

-Será mejor que cierres la boca antes de que te entre pelo en ella -sugirió Stephanie, animadamente-. Deja de preocuparte, Tara. Lo harás muy bien.

Una hora después, Stephanie ayudó a Tara a ponerse un ceñido vestido negro que contorneaba sus curvas a la perfección. Había rizado y cardado su pelo y la había maquillado, pero aún no le había permitido mirarse en el espejo.

Finalmente, se apartó para dejar que se viera.

Tara se quedó boquiabierta al mirar su reflejo.

-¿Qué te parece? -preguntó Stephanie.

-Me parece que hay una desconocida oculta en tu espejo -dijo Tara, asombrada.

La mujer reflejada no podía ser ella. Su pelo rizado, color cobre oscuro, enmarcaba coquetamente su rostro. En cuanto a éste... bastaba decir que Stephanie era una artista del maquillaje, pensó Tara, maravillada. Sus ojos azules, habitualmente nada espectaculares, habían sido pintados de manera que parecían enormes y seductores. Sus pómulos parecían más prominentes. Su boca, pintada de rojo intenso, parecía más carnosa.

La cantidad de piel que dejaba ver el vestido negro habría hecho que su madre se escandalizara y que su padre fuera corriendo a por una manta para cubrirla. Tara ni siquiera sabía que tenía algo que mostrar con un escote como aquél, pero así era.

-Estás preciosa -dijo Stephanie, orgullosa.

-Tienes razón -replicó Tara, aún aturdida-. Lo estoy -¿y cómo diablos le había pasado aquello a la normalucha Tara McBride?

Stephanie rió.

-Espera a que Blake te vea. Ya piensa que eres preciosa, pero cuando te vea así se va a quedar de piedra.

Tara se ruborizó bajo la pintura.

-Blake y yo no somos... quiero decir que apenas nos conocemos. Sólo es amos unidos temporalmente debido a las circunstancias.

Stephanie gruñó con delicadeza.

-He visto cómo te mira, Tara. Entre vosotros hay algo más que las «circunstancias».

El rubor de Tara se intensificó al recordar los besos que había compartido con Blake esa mañana... en la cama de Stephanie.

Ésta volvió a reír.

-Lo sabía -dijo, aparentemente encantada-. ¡Hay algo en marcha! Me encanta ver a Blake tan afectado, para variar. Le sienta bien.

Tara se volvió, totalmente confundida.

-Entre Blake y yo no hay nada, pero... ¿de verdad no te importaría que lo hubiera? ¿Él y tú no sois...?

Stephanie suspiró pesadamente.

-A veces me gustaría estrangularlo. Blake es mi hermano.

Una vez más, Tara se quedó boquiabierta.

-¿Tu...?

-Hermano -repitió Stephanie con claridad-. Tiene cinco años más que yo. Se ocupó de mí desde que mis padres murieron, cuando yo tenía diez y él quince.

Tara movió la cabeza.

-No lo sabía. No me lo había dicho.

-No se lo decimos a mucha gente. Desde que me vi accidentalmente involucrada en uno de los casos de Blake, hace mucho tiempo, y estuve a punto de ser secuestrada por un tipo que pretendía evitar que mi hermano hiciera pública cierta información que lo perjudicaba, Blake piensa que es más seguro que nadie sepa que tiene una hermana. Debería haberte dicho la verdad. No sé por qué no lo ha hecho, pero yo me niego a mentirte. Me caes muy bien.

El tono desafiante de la voz de Stephanie podría haber resultado divertido si Tara no hubiera estado completamente anonadada por lo que acababa de oír.

-Tu hermano -repitió, repasando mentalmente todo lo que había pasado desde que Blake y ella habían llegado a Savannah.

Él debía de saber lo que había estado pensando, decidió, sintiéndose repentinamente furiosa. Debía haberse dado cuenta de que ella había malinterpretado el hecho de que tuviera la llave del apartamento de Stephanie. Y le había dejado seguir pensando aquello incluso después de haberla besado como lo había hecho. La había dejado sintiéndose culpable y confundida, y le había hecho sentirse muy incómoda cuando Stephanie se presentó en la casa.

Sintió deseos de estrangularlo.

Miró el rostro de Stephanie en busca de rasgos familiares. Ahora que sabía la verdad, no le costó encontrarlos.

¿Por qué no le había dicho Blake la verdad?

Stephanie tocó la mano de Tara.

-Sé que lo que haya entre vosotros no es asunto mío. Pero... bueno, lo cierto es que Blake lleva mucho tiempo solo. Estaba deseando que encontrara alguien como tú. Lo quiero mucho y quiero que sea feliz.

-Lo supongo -replicó Tara, sintiendo que el estómago se le encogía-. Pero, por favor, no empieces a hacer de casamentera. Este no es el momento más adecuado.

Stephanie asintió.

-Primero tenéis que aseguraros de poneros a salvo, por supuesto. Pero eso no quiere decir que no pueda tener esperanza para más adelante -antes de que Tara pudiera decir algo, añadió-: Ahora tengo que irme, así que esta noche estaréis solos. Toda la noche.

Tara giró los ojos en las órbitas.

-¡Stephanie!

La hermana de Blake sonrió.

-Sólo he pensado que debías saberlo. Además, es cierto que estás preciosa. Harás que la cabeza de Blake se ponga a dar vueltas... y eso le hará bien. Si estuviera en tu lugar, yo le haría sudar un poco como castigo por haberte mentido.

-En realidad no me mintió -murmuró Tara.

-Pero tampoco te dijo la verdad.

-No -y le había hecho creer que la mantendría informada de todo, pensó Tara, irritada. Sin embargo, apenas le había contado nada desde que estaban en Savannah.

Cada vez se sentía más enfadada. Blake se merecía que le hiciera sudar. Desafortunadamente, Tara nunca había desarrollado las habilidades requeridas para hacer que un hombre se volviera de gelatina.

Sin embargo, la mujer del espejo... Contempló pensativamente su reflejo mientras Stephanie salía de la habitación.

Unos minutos después, Tara oyó que alguien entraba en el dormitorio. Dejando de contemplar a la fascinante mujer que la miraba desde el espejo, tan diferente a la seria y estricta Tara McBride, se volvió lentamente.

Blake estaba sonriendo cuando entró en el dormitorio. Cuando Tara se volvió hacia él, se detuvo en seco y la sonrisa se desvaneció de sus labios.

Fascinada, Tara estudió la asombrada expresión de su rostro, una expresión que había visto a veces cuando los hombres veían por primera vez a su prima Savannah. Ella no recordaba que la hubieran mirado así alguna vez.

La mirada de Blake viajó lentamente desde su pelo rizado y pelirrojo hasta su boca, para luego deslizarse hasta la base de su cuello. Tara estaba descalza. Manteniendo la cabeza alta, resistió el impulso de doblar los dedos de los pies sobre la mullida alfombra, como una niña avergonzada.

Blake parecía tener dificultades para hablar.

-Uff -fue todo lo que logró decir.

Poder. Tara sintió su propio poder en la mirada de Blake, en el ronco tono de su voz.

En el pasado, había sido capaz de intimidar a los hombres con su inteligencia, su voluntad y su ambición. Pero nunca había conocido aquel poder femenino de saber que, sólo con mirarla, un hombre podía sentir cómo se le debilitaban las rodillas. Nunca.

Y era una sensación maravillosa. Sobre todo con aquel hombre en particular.

-¿Y bien? ¿Qué te parece? -preguntó, bajando deliberadamente una octava su tono de voz, a la vez que extendía los brazos y giraba en una lenta pirueta-. ¿Crees que podrá reconocerme alguien?

-Yo mismo apenas te reconozco -replicó Blake, cuya voz aún sonaba extraña.

Tara alzó una mano para pasarla por su pelo recién cortado y rizado, consciente de que aquel movimiento haría que el vestido se tensara contra sus pechos.

-¿Y eso es bueno o malo?

-Yo... er... aún no lo he decidido -Blake dio unos pasos hacia ella-. Siempre he pensado que eras preciosa, Tara. Pero ahora me pareces mortal.

Tara frunció los labios.

-No estoy segura de que eso sea un cumplido.

La mirada de Blake se centró en su boca.

-Yo tampoco sé si lo he dicho como tal.

Tara deslizó un dedo por el labio inferior de Blake.

-Cuidado, amigo -advirtió---- Estás mirándome de una forma que podría darme algunas ideas.

Blake deslizó las manos en torno a su cintura.

-Tú ya me has dado a mí unas cuantas - murmuró, atrayéndola hacia sí.

Sintiéndose atrevida y un poco perversa, y aún enfadada con él, Tara apoyó las manos contra su pecho y alzó el rostro invitadoramente.

-¿Alguna que quieras compartir?

-Oh, sí -Blake inclinó la cabeza y sus labios rozaron levemente los de Tara. Ella no respondió, pero tampoco se apartó--. Me estás volviendo loco -murmuró, roncamente-. Trato de controlarme, pero no puedo pensar con claridad cuando te tengo cerca. Esto no me había pasado nunca, sobre todo estando en medio de un caso.

Sus palabras, y el poco habitual tono humilde en que fueron pronunciadas, afectaron intensamente a Tara. Se recordó que le había mentido, al menos por omisión, respecto a Stephanie. Había permitido que se preocupara y se- sintiera culpable por haberlo besado en la cama de Stephanie, que pensara que había ocupado ésta en muchas ocasiones.

Se merecía sufrir, aunque sólo fuera un poco, decidió.

Poniéndose de puntillas, deslizó la punta de la lengua por la intersección de los labios de Blake. Sabía tan bien... Notó con satisfacción cómo temblaba en respuesta Entonces, Blake la tomó por las caderas y la atrajo hacia sí, haciéndole saber cuánto lo había excitado.

-No deberíamos estar haciendo esto –dijo ella contra sus labios.

Blake deslizó la mano tras su cuello, haciéndole inclinar la cabeza para darle un profundo y prolongado beso. Tara se aferró a el, preguntándose cuál de los dos era el que estaba siendo seducido.

Lentamente, Blake apartó unos centímetros sus labios de los de ella.

-Probablemente tengas razón.

Pero entonces volvió a besarla. Y Tara casi pudo sentir que la balanza se inclinaba del lado de Blake. Si iba a interrumpir aquello, ése era el momento.

Pero no iba a resultarle fácil.

Apoyó las manos de nuevo contra el pecho de Blake y empujó con suavidad, apartándose un poco de él.

-Tenemos que parar -dijo, aunque lo que en realidad quería

hacer era llevarlo a la cama y dejar a un lado toda cautela Lo deseaba como nunca había deseado a otro hombre. Pero aún le quedaba suficiente sentido común como para recordar cuánto daño podía hacerle Blake. Ya le había hecho un poco mintiéndole respecto a Stephanie después de haber le prometido que la mantendría al tanto de todo.

Fuera cual fuese su excusa, se sentía traicionada por omisión.

Blake trató de volver a estrecharla entre sus brazos.

-Tara...

-No, Blake. No podemos.

-Admito que las circunstancias no son las más adecuadas, pero...

-No -dijo Tara con firmeza-. No puedo hacerle esto a Stephanie. Ha sido demasiado agradable conmigo.

Blake se quedó evidentemente confuso al oírla.

-¿Stephanie?

Ganando confianza, Tara se apartó un poco más para no dejarse influir por su cercanía.

-Después de todo lo que ha hecho por mí, me niego a hacerle daño manteniendo- una relación contigo a sus espaldas. Es evidente que te quiere.

Blake parpadeó.

-Er... Tara...

-¿Vas a negarme que te quiere? –preguntó ella, mirando a Blake a los ojos.

Lo tenía atrapado.

-No -admitió él-. Pero...

Tara asintió.

-Lo imaginaba. Deberías sentirte avergonzado. ¿Cómo eres capaz de flirtear conmigo estando en la casa de la mujer a la que amas?

-No entiendes, Tara. Las cosas no son así.

Ella ladeó la cabeza, totalmente metida en su papel.

-Supongo que ahora me vas a decir que no la amas.

-No... Quiero decir sí, por supuesto que la amo, pero...

Tara estaba disfrutando viendo cómo se retorcía Blake. Era la primera vez desde que lo conocía que lo veía realmente desconcertado.

-Así que la quieres -dijo, con sentimiento, esperando no estar excediéndose.

-Sí. Maldita sea, Tara. Stephanie es mi hermana.

Tara abrió los ojos de par en par y se llevó una mano al corazón, asegurándose de que su gesto llamara la atención de Blake hacia su recién descubierto escote.

-¿Tu hermana? -repitió.

-Sí -Blake tuvo el detalle de parecer compungido-. Supongo que debería habértelo dicho antes.

-Desde luego -contestó Tara, indignada-. ¿Cómo has podido dejarme creer que se le iba a romper el corazón a Stephanie? Eres un mentiroso, un tramposo, un... un...

-Ya lo sabías, ¿verdad?

La resignación que había en el tono de Blake hizo que Tara tuviera que reprimir un repentino impulso de reír. Pero éste desapareció rápidamente, dando paso de nuevo a la rabia.

-Stephanie me ha dicho la verdad -dijo con frialdad-. A diferencia de ti, ha pensado que merecía saberlo. ¿Por qué no me lo dijiste, Blake?

Blake vio la expresión acusadora de los ojos de Tara y reprimió un suspiro. Sabía que acabaría por averiguar la verdad sobre Stephanie, y también sabía que Tara se enfadaría con él por no habérselo dicho desde el principio.

Pero no sabía cómo explicar sus motivos para haber actuado así. Podía decirle que había sido por la fuerza de la costumbre, que llevaba mucho tiempo tratando de proteger a Stephanie de los aspectos menos agradables de su profesión. Pero eso no encajaba en esa situación, porque Tara no podía suponer ningún peligro para su hermana pequeña.

También podría haberle dicho que se había ocultado tras Stephanie porque estaba decidido a no aprovecharse de la dependencia que ella tenía de él en aquellas circunstancias, y que no se fiaba de su voluntad en lo que a ella se refería. Pero esa tampoco era toda la historia.

Lo que no sabía cómo explicarle era su intención de no permitir que se acercara demasiado a él. Tara ya empezaba a ser demasiado importante para él. Cada vez le costaba más mantener la perspectiva, recordar que no había futuro para ellos. ¿Cómo podía haberlo, teniendo en cuenta la forma en que había vivido durante los pasados diez años? Nunca pasaba más de unos días en el mismo sitio, siempre dispuesto a dejarlo todo en un instante para embarcarse en una nueva aventura, sin ataduras, sin lazos, sin un hogar permanente.

Rara vez utilizaba su apellido. Que él supiera, Tara tampoco estaba al tanto de aquel detalle.

Stephanie le había parecido una buena tapadera. Tal vez había tenido la tonta idea de que, cuanto menos supiera Tara de él, más fácil le resultaría mantener una distancia emocional con ella. Pero

no había funcionado.

Tara McBride se había metido bajo su piel desde la primera vez que la vio, casi dos años atrás. Aunque sólo había hablado con ella una docena de veces desde entonces, nunca había logrado quitársela del todo de la cabeza. Y empezaba a sospechar que ya nunca lo lograría.

-Lo siento -dio, con sencillez-. Debería habértelo dicho.

-Sí -contestó Tara-. Deberías haberlo hecho.

Se volvió a medias, cruzándose de brazos. Aquel repentino y defensivo gesto reveló a Blake más de lo que probablemente pretendía. De pronto comprendió que le había hecho daño. Y eso era algo que había pretendido evitar desde el principio.

Sin poder evitarlo, se preguntó si Tara se hubiera. sentido dolida si no hubiera empezado a sentirse atraída por él, aunque sólo fuera un poco.

Pero no. Esa posibilidad no debería producirle ninguna satisfacción, se recordó. Era posible que Tara sintiera que lo necesitaba en aquellas circunstancias, pero eso no duraría mucho.

Y entonces, ¿quién sufriría más?

-¿Qué más me has ocultado sobre nuestra situación? -preguntó Tara por encima del hombro, negándose a mirar a Blake a los ojos.

-Nada importante -aseguró él-. He hablado con Jeremy Kane esta mañana y está dispuesto a ayudarnos. Ir

-Sé por qué quieres acudir a esa fiesta de beneficencia. Pretendes comprobar si los cuadros supuestamente robados siguen en la colección de Willfort. Supongo que cuentas con alguna descripción de las pinturas, ¿no?

-Mejor aún. Tengo fotografías. Mi amigo de la compañía de seguros me ha mandado una copia por fax.

Tara asintió.

-Eso explica por qué quieres ir, aunque no imagino cómo piensas entrar en la casa. Sin duda, Willfort tendrá sistema de alarma y guardias privados vigilándola.

-Me las arreglaré.

-Seguro --dijo Tara, encogiéndose de hombros-. ¿Pero para qué me necesitas a mí? ¿Por qué tengo que simular ser una de las asistentes de Jeremy Kane?

-Porque eres la única persona que ha visto el rostro del hombre que te asaltó en el despacho de la galería. Yo sólo lo vi por detrás. Tal vez, podría reconocerlo, pero no podría estar seguro. Si mañana asiste a la fiesta de beneficencia de Willfort, quiero saberlo. Necesito que me lo señales.

Blake sabía que Tara estaba preocupada, pero también sabía que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por ocultar su temor. Y la admiraba aún más por ello.

-¿No me reconocerá? -preguntó ella, con la voz un poco más ronca de lo habitual.

Blake estudió su nuevo aspecto, los rizos pelirrojos, los ojos y los labios pintados y el seductor vestido negro.

-No te reconocerá -aseguró.

Tara se volvió de nuevo hacia el espejo.

-Desde luego, parezco otra -murmuró.

-Tienes un aspecto fantástico -dijo Blake, acercándose a ella-. No estás más guapa ni menos guapa que antes, sólo diferente.

-Espero no fastidiarlo todo y que acabes... que acabemos corriendo más peligro.

Blake apoyó las manos en los desnudos hombros de Tara.

-Lo harás perfectamente.

-Pero no sé lo que voy a hacer. No tengo ninguna experiencia. No estoy preparada para hacer algo así.

Blake alzó ambas manos y tomó entre ellas el bonito y preocupado rostro de Tara.

-Puedes hacerlo -aseguró-. Yo creo en ti, Tara McBride.

Ella apoyó su mano izquierda sobre la derecha de Blake.

-Gracias.

Impulsivamente, él la besó en la punta de la nariz.

-De nada -dijo, sin soltarla. Ella no se apartó.

-Aún estoy enfadada contigo -murmuró, aunque no parecía especialmente enfadada. De hecho, miró a Blake de un modo que éste sintió que las rodillas se le debilitaban, a pesar de que otras partes de su cuerpo se endurecieron.

-No, no lo estás -contestó, acuitando el comienzo de una sonrisa.

La boca de Tara se curvó irónicamente.

-Pues trato de estarlo.

Era un crimen que llevara aquel vestido, pensó Blake mientras admiraba las curvas de porcelana de los pechos de Tara. No pudo evitar preguntarse si llevaría algo debajo del vestido. Y estaba deseando averiguarlo.

No tenía nada que ofrecerle, se recordó de nuevo, mientras ella acercaba su rostro. Al menos, no a la larga. Pero esa noche...

Esa noche estaba deseando darle lo que quisiera.

Las manos de Blake eran tan cálidas, tan fuertes en tomo a su rostro... Tara sintió los callos de las puntas de sus dedos, el borde de una pequeña cicatriz en su palma. Pero, sobre todo, sintió el

pequeño temblor que las recorrió cuando se acercó un poco más hacia él.

Había un placer especialmente femenino en hacer que un hombre temblara.

Trató de recordar que estaba enfadada con él. Pero en aquellos momentos no lograba recordar por qué. Sólo podía pensar en lo agradable que resultaba estar junto a él, en su forma de mirarla, como si quisiera devorarla.

Blake creía en ella, cosa que no le sucedía a nadie más últimamente. Ni siquiera a ella misma.

Pensaba que era preciosa. Se lo había dicho incluso antes de su drástico cambio de imagen. Y hacía tiempo que nadie le decía eso. Hacía tiempo que no le importaba.

Blake sólo tenía que sonreír como lo estaba haciendo en ese momento para seducirla. Y ella se estaba cansando de luchar contra él. De luchar contra sí misma.

Lo deseaba.

Nunca había deseado a nadie de aquella manera, y no creía que volviera hacerlo. No podía haber otro hombre como Blake.

Se puso de puntillas y lo besó ligeramente en los labios. Permaneció con los ojos abiertos y vio cómo se oscurecían los de él.

La deseaba.

La vieja Tara habría hecho una prudente retirada en ese momento. La sensata, lógica y cauta abogada educada en Harvard no corría riesgos a lo loco. Pero no estaba segura de que aquello pudiera aplicarse a la nueva Tara, la que llevaba todo el fin de semana viviendo al borde del peligro. La que podía hacer temblar a Blake con un beso.

Aquella nueva Tara quería experimentar la vida más plenamente que antes. Tal vez, incluso correr algunos riesgos.

Volvió a besarlo.

Blake dejó caer las manos y la estrechó con tanta fuerza que Tara apenas pudo respirar. Pero no se quejó. ¿Por qué iba hacerlo, si le encantaba aquella sensación?

El vestido tenía un gran escote en la espalda. Sintió las manos de Blake sobre su piel desnuda, lo que sólo sirvió para que el resto de su cuerpo anhelara sus caricias. Cerró los ojos y se sumergió en su beso, diciéndole implícitamente que esa noche no iba a luchar contra él, ni contra sí misma.

Blake la besó hasta que Tara necesitó aferrarse a él para que sus piernas no la traicionaran.

-Me había prometido no aprovecharme de ti -murmuró él,

apartando un momento su rostro.

-Entonces deja que yo me aproveche de ti -susurró ella, atrayéndolo de nuevo hacia sí.

A Blake no pareció importarle.

Aún perdida en el beso, Tara empezó a desabrocharle la camisa. Para cuando se apartó un momento para respirar, ya se la había desabrochado del todo y se la había sacado de los pantalones.

Apoyó las manos contra su pecho, apartando ambos lados de la camisa. Era muy hermoso, pensó, apreciándolo ávidamente. Esbelto y fuerte. Se inclinó y lo besó en la barbilla, deslizando luego los labios hasta el centro de su pecho. Sintió que los músculos de Blake se estremecían levemente bajo la piel debido al esfuerzo por permanecer quieto mientras ella lo exploraba a placer.

Sólo le llevó un momento desabrocharle los puños de la camisa y quitársela del todo.

Blake respiró audiblemente.

Tara deslizó las manos en torno a su estrecha cintura y se apretó contra él. Acarició con la lengua una de sus tetillas y notó que Blake se estremecía en respuesta.

Unos momentos después, el vestido que Tara llevaba puesto se hallaba caído en el suelo, a sus pies. Se ruborizó al encontrarse frente a Blake con nada más que un diminuto sostén y unas braguitas tipo tanga.

Lo siguiente que supo fue que él la tomó en brazos. Era la primera vez en su vida que la llevaban a la cama de aquella manera tan romántica.

Tras dejarla sobre las sábanas, Blake se sentó en el borde de la cama para quitarse el calzado. Tara deslizó una mano por su espalda, deteniéndola sobre la cicatriz que había bajo su omóplato izquierdo.

-Tiene pinta de haber sido una herida seria. ¿Qué te pasó? -quería saberlo todo sobre aquel hombre que parecía diferente a todos los que había conocido hasta entonces.

-Es una herida de bala -replicó él mientras se levantaba la pernera derecha de sus pantalones vaqueros-. Me disparó un hombre que estaba. chantajeando a uno de mis clientes.

Tara sintió que se le hacía un nudo en la garganta mientras Blake desataba el cuchillo que llevaba sujeto a su pantorrilla derecha y lo dejaba a un lado.

Definitivamente, no se parecía a ningún hombre de los que había conocido hasta entonces, pensó, con una mezcla de nerviosismo y fascinación. Eso debía explicar por qué la excitaba

más de lo que lo había hecho ningún otro.

Blake se levantó y se desabrochó el botón de los pantalones. Dudó un momento, mirando intensamente el rostro de Tara.

-¿Quieres echarte atrás? -preguntó.

A modo de respuesta, Tara soltó el cierre delantero de su sostén sin tirantes. La prenda acabó sobre la mesilla de noche, cubriendo parcialmente el cuchillo.

Blake estuvo a punto de caer de bruces debido a la urgencia por quitarse la ropa. Tara estaba riendo cuando, finalmente, se tumbó en la cama junto a ella. Él apagó su risa con sus besos. Luego, deslizó la cabeza hacia sus pechos y los besó juguetonamente, acariciándole los pezones con la lengua. Tara inhaló profundamente, presionando la cabeza de Blake contra sí. Enterró los dedos en su mata de pelo dorado, susurrando su nombre.

Él volvió a besarla, penetrando profundamente con la lengua en su boca. Sus hábiles dedos acariciaron sus senos y luego se deslizaron por su vientre hasta situarse entre sus piernas, donde acariciaron el diminuto y ya húmedo triángulo de negro encaje. Tara se arqueó bajo sus caricias, gimiendo. ¿Cómo podía llevarla tan cerca del borde con sólo tocarla?

Blake la sorprendió tumbándose de espaldas y colocándola encima de él.

-Eres tú la que se está aprovechando, ¿recuerdas? -preguntó, sonriendo traviesamente.

Tara se dio cuenta de repente de que estaba tumbada sobre él, vestida tan sólo con sus braguitas negras, y que Blake esperaba que hiciera algo... algo excitante. Y, sencillamente, Tara McBride no era una persona excitante.

Al menos, la vieja Tara McBride no lo había sido. Experimentalmente, se movió sobre él. Sus piernas rozaron seductoramente las de Blake.

Oyó que contenía momentáneamente el aliento y sus ojos volvieron a entrecerrarse.

Tal vez, después de todo, la nueva Tara McBride sí era excitante.

Lo besó en la barbilla, en la garganta, en el pecho. Luego se deslizó hacia abajo y le dio un húmedo beso junto al ombligo. El estómago de Blake se contrajo. Tara sintió cómo crecía y se endurecía contra su abdomen, demostrando que sus esfuerzos por excitarlo habían tenido tanto éxito como esperaba. Después, besó la tierna piel que había unos centímetros por debajo su ombligo.

-Umm... Tara... -Blake la tomó por la barbilla justo cuando ella había conseguido hacer acopio del valor necesario para bajar un

poco más-. Hace tiempo que no...

Ella sonrió, encantada, y tomó la palma de la mano de Blake para besarla.

-Yo tampoco admitió. Y después, para demostrar que podía hacerlo, apartó la mano de Blake con suavidad y acarició con los labios su palpitante carne.

Blake dejó escapar una mezcla de gemido y risa, y tiró de ella hacia arriba.

-Te gusta vivir peligrosamente, ¿no? -dijo, rodeándola con sus brazos.

Tara podría haberle dicho que no le gustaba lo más mínimo, pero habría sido la vieja Tara la que habría hablado. La boca de Blake cubrió la suya antes de que pudiera decir nada. El mundo se redujo a aquella cama, a aquel hombre. Tara no pensó sobre el pasado o el futuro , no se preocupó por sus diferencias o sus circunstancias, dejó de temer no ser lo suficientemente excitante o atrevida. No pensó en nada, limitándose a actuar bajo el influjo del instinto. Y a Blake pareció gustarle que así fuera.

Le hizo el amor hasta hacerla estremecer cada vez que la tocaba, sensibilizándole hasta tal punto la piel que Tara temió salirse de ella si aquello no acababa pronto. Fue vagamente consciente de que Blake hacía una pausa para recoger los pantalones que había dejado en el suelo, junto a la cama. Impaciente, esperó a que rasgara el sobrecito que había sacado de alguno de sus bolsillos. Luego le ayudó a ponerse el preservativo, con manos más anhelantes que hábiles.

Blake le quitó las braquitas de encaje, y, colocándose entre sus muslos, la penetró de un solo y profundo movimiento. Tara se arqueó hacia él con un gemido de placer, clavando los talones en el colchón y llevando las manos a los glúteos de Blake para sujetarlo con fuerza contra sí.

Las sensaciones que la recorrieron fueron más intensas, más poderosas que nada que hubiera experimentado hasta entonces. La total falta de control sobre sus emociones, sobre sus reacciones, incluso sobre sus propios movimientos, deberían haberle preocupado. Siempre se había cuidado de mantener el control. Pero, con Blake, 'eso no importaba. Extrañamente, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que había pasado, se sentía a salvo con él.

Entonces, Blake empezó a moverse, y Tara se entregó a él en cuerpo y alma.

10

Fue el tatuaje de Blake lo que recordó a Tara lo tonta que había sido por creer que algo había cambiado entre ellos.

El tatuaje estaba en la parte interior de su muñeca derecha. Tara no reconoció de inmediato de qué se trataba, pero saber que estaba allí fue suficiente para hacerla volver a la realidad.

¿Qué hacía? ¿Quién era aquella pelirroja que se hallaba lánguidamente tumbada en la cama de otra mujer, completamente desnuda? ¿Y quién era el hombre que estaba a su lado, que tan poco le había contado de sí mismo, que había revolucionado su vida con una simple llamada a la puerta de su apartamento, que, de algún modo, había hecho que se enamorara de él, a pesar de que ella había sabido desde el principio que hacerlo sería una equivocación?

Apartando aquel pensamiento al fondo de su mente, tomó la mano de Blake y la giró para poder estudiar el tatuaje.

-¿Qué es? -preguntón-. ¿Un lobo?

-Un zorro -corrigió él, con expresión un tanto arrepentida-. Acababa de cumplir diecinueve años cuando me lo hice, y lo cierto es que estaba bastante borracho.

-¿Por qué elegiste un zorro?

Blake se encogió de hombros.

-Me pareció buena idea en ese momento.

-Oh.

Él sonrió en respuesta a la expresión de Tara. -Tú misma dijiste que era un poco... raro.

-Más bien, excéntrico -dijo Tara, tirando del borde de la sábana para cubrirse. Blake sonrió y salió de la cama. -Enseguida vuelvo.

Desapareció en el baño. De inmediato, Tara tomó la bata azul que Stephanie le había prestado y se la puso. El agua empezaba a correr en la ducha, y, de pronto, sintió la necesidad de salir huyendo de la cama, de la habitación, del hombre que en cualquier momento saldría desnudo del baño. Bajó de la cama y fue hacia la puerta, diciéndose que aquello no era una huida. Simplemente, quería beber algo.

En el frigorífico de Stephanie encontró una botella de zumo y se sirvió un vaso, dedicando más concentración de la necesaria a una tarea relativamente sencilla. Tras dar un largo sorbo, se volvió hacia la puerta.

Apoyado contra el marco de ésta, vestido tan sólo con sus vaqueros, Blake la observaba, cruzado de brazos. Su pelo dorado enmarcaba su rostro y Tara no pudo evitar recordar el placer que había sentido cuando había enterrado sus dedos en él.

Ya que Blake parecía esperar que dijera algo, alzó el vaso.

-Tenía sed.

Él asintió.

-Yo también tengo sed.

¿Qué te apetece? -preguntó Tara, amablemente.

Blake se apartó de la puerta.

-Yo mismo me sirvo.

Sacó una lata de cerveza, la abrió y se la llevó a los labios sin molestarse en tomar un vaso. Viendo el movimiento de su garganta mientras bebía, y notando el modo en que la luz brillaba en su pecho desnudo, Tara sintió que la boca se le secaba de nuevo.

Sin duda, Blake era el hombre más guapo que había visto en su vida. No estaba segura de poder volver a mirarlo sin desear tocarlo.

Sus miradas se encontraron y Tara se preguntó si él podría leer sus pensamientos. Pero todo lo que dijo fue:

-¿Arrepentida?

Ella negó con la cabeza.

-No. No me he dejado llevar por un simple impulso, Blake. Sabía lo que estaba haciendo. Lo que quería. Y no me arrepiento de nada. Sólo...

-¿Sólo qué?

-Hay un montón de preguntas sin respuesta.

Blake apartó la mirada. Su gesto fue muy revelador.

-No estás preparado para contestarlas, ¿verdad? -continuó Tara.

Él se pasó una mano por el pelo.

-Si me las haces, las contestaré.

Tara no tenía ninguna intención de sacarle ninguna respuesta a la fuerza. Ni sobre su pasado, ni sobre sus sentimientos. Ni siquiera sobre su apellido. A menos que Blake quisiera compartir libremente aquella información con ella, no tendría sentido hacerlo.

-En este momento sólo quiero hacerte una pregunta.

Blake pareció un tanto sorprendido, pero asintió.

-De acuerdo.

-¿Por qué te presentaste en mi apartamento el viernes por la tarde?

-Porque te deseé desde el momento en que te vi -contestó él-. Porque cuando supe que te habían despedido temí que te fueras de la ciudad sin darme la oportunidad de volver a verte. Porque, por mucho que me dijera que no debía acercarme, no pude mantenerme alejado de ti.

Conmocionada por sus palabras, Tara se aclaró la garganta y trató de pensar en algo que decir. Se alegró de haberse limitado a

hacer una pregunta. ¡No estaba segura de cómo habría reaccionado ante más respuestas como aquélla!

Blake rió sonoramente y dejó su lata en el mostrador.

-¿Te arrepientes de haber preguntado?

Tara se aclaró la garganta.

-Ya te he dicho que no lamento nada de lo que ha pasado entre nosotros.

Blake se acercó a ella, pasó una mano tras su cuello y la atrajo hacia sí para besarla.

-Cuando esto haya acabado, cuando estés a salvo, hablaremos -prometió, sin apartar sus labios de los de Tara.

Ella le devolvió el beso y luego se apartó. -¿Qué vamos a hacer esta noche?

-¿Tienes hambre?

-No.

-Yo tampoco -Blake volvió a besarla-. ¿Te apetece ver la televisión?

Tara lo rodeó con los brazos por el cuello y sintió la calidez de su piel a través de la bata de seda.

-No.

-Supongo que podríamos jugar al póquer - dijo Blake.

Tara sonrió contra sus labios. -No tengo dinero.

Blake la tomó con ambas manos por la cintura.

-Supongo que un póquer de prendas sería una pérdida de tiempo, teniendo en cuenta la poca ropa que llevamos encima.

-Supongo que tienes razón -Tara se preguntó cómo podía desearlo tanto y tan pronto. Antes, nunca se había considerado una mujer especialmente apasionada. Nunca le había interesado demasiado el sexo. Pero eso era antes de que Blake le enseñara lo que se estaba perdiendo.

Se apretó contra él, alegrándose al comprobar que ella no era la única excitada.

-¿Blake?

-¿Umm?

-Vamos a la cama.

Por segunda vez aquella tarde, y por segunda vez en su vida, Tara se vio transportada al dormitorio en los brazos de un hombre.

Tara estaba bastante nerviosa ante la idea de conocer a Jeremy Kane. En lugar de volver a utilizar el vestuario de Stephanie, se puso los vaqueros y una de las camisetas que le había comprado Blake. Luego se maquilló, tratando de copiar lo más posible el

trabajo de Stephanie. Cuando terminó, estaba casi segura de que ni sus mejores amigos ni su familia la habrían reconocido de inmediato al verla.

-No logro acostumbrarme a tu nuevo aspecto -dijo Blake, cuando Tara entró en la cocina.

Después de desayunar fueron a un viejo teatro que se hallaba en el corazón de la parte vieja de Savannah. Blake llamó a una de las puertas traseras, que se abrió casi de inmediato. Tara miró el rostro del gigantesco hombre que se hallaba tras la puerta. Llevaba una ceñida camiseta negra con el nombre de Jeremy Kane escrito en grandes letras sobre su enorme pecho. Su aspecto. era realmente fiero... hasta que vio a Blake y sonrió.

-Hola Blake.

-Hola, Pete. Esta es Tara.

-Señorita -Pete extendió una mano del tamaño de un plato sopero. La de Tara desapareció por completo en ella cuando la estrechó. Después, dio un paso atrás y dijo-: Jeremy os está esperando.

Los condujo a través de una serie de oscuros pasillos hasta un escenario en el lue se hallaba un hombre moreno y dos guapas pelirrojas que contemplaban una caja de metal del tamaño de una nevera. El hombre se volvió cuando entraron. Tara contuvo el aliento.

Jeremy Kane. Tara era admiradora del famoso ilusionista desde que lo vio por primera vez en un programa de televisión en Honoria.

Era un hombre espectacularmente atractivo. Debía de tener unos cuarenta y tantos años y las plateadas canas de sus sienes le daban un aspecto muy interesante. Sus ojos eran de color azul marino y su sonrisa era tan encantadora y mágica como sus internacionalmente famosas actuaciones.

-Tu debes de ser Tara -murmuró, con una voz grave que Tara sólo había escuchado hasta entonces por los altavoces del televisor. Jeremy tomó su mano.

Momentáneamente aturdida, le devolvió la sonrisa.

-Sí, y tu eres Jeremy Kane. Soy admiradora tuya desde la adolescencia -al darse cuenta de lo que implicaban sus palabras, se ruborizó y balbuceó-: No es que seas mucho mayor que yo, por supuesto. Sé que eras muy joven cuando empezaste.

Sin soltarle la mano, Jeremy rió.

-Te aseguro que no me he ofendido. Siempre es un placer para mí conocer a alguien que disfruta con mi trabajo.

Blake se aclaró la garganta, y de algún modo, logró interponerse entre Jeremy y Tara, haciendo que se soltaran las manos.

-¿Qué tal la familia, Jer?

La expresión de Jeremy fue abiertamente especulativa mientras miraba de Blake a Tara y luego de vuelta a Blake.

-Gwen y los niños están bien, gracias. Se reunirán conmigo la próxima semana cuando empiecen las vacaciones del colegio.

-¿Qué edades tienen tus hijos?

-Harry tiene seis y Beatrice acaba de cumplir cuatro. ¿Te gustaría ver una fotografía reciente?

-Me encantaría -dijo Tara.

Jeremy sonrió, movió los dedos de una mano y como por arte de magia apareció en ésta una fotografía que entregó seriamente a Tara. Ella no pudo evitar preguntarse si siempre la llevaría en la manga, o de dónde la sacaría.

-Tus hijos y tu mujer son muy guapos - dijo, tras contemplar un momento la fotografía.

Jeremy contempló a su familia con una expresión de evidente amor y orgullo y después hizo que la fotografía volviera a desaparecer.

-Puede que algún día los conozcas. Creo que te gustaría mi esposa.

-Estoy segura de ello.

-Jeremy -una mujer embarazada de varios meses, de pelo castaño, que debía de tener uno o dos años más que Tara, apareció en el escenario y se acercó a ellos con un teléfono móvil en la mano-. Siento interrumpir, pero tienes que atender esta llamada. Es Mortie.

Jeremy asintió.

-Noelle, ya conoces a Blake, por supuesto, y ésta es su amiga, Tara. Noelle es mi secretaria personal -añadió, a modo de explicación-. Ahora, si me disculpáis, voy a atender la llamada.

Blake miró su reloj mientras Jeremy se alejaba.

-Stephanie vendrá dentro de un rato para ayudarte a aprender lo que Jeremy necesita que hagas en el espectáculo -dijo a Tara-. Yo tengo que irme ahora. Voy a reunirme con alguien.

-No te preocupes, Blake, la cuidaremos bien -dijo Noelle, sonriente-. Tara, deja que te presente a Paula y a Mónica, que van a trabajar como ayudantes de Jeremy en esta gira.

Tara dudó, mirando a Blake.

-¿Tendrás cuidado?

Él se inclinó para besarla, sin mostrar ninguna preocupación por

que los estuvieran mirando.

-Lo tendré -prometió-. Diviértete, corazón. Pero no demasiado -añadió, dirigiendo una torva mirada hacia Jeremy.

Noelle enlazó amistosamente un brazo con el de Tara.

-Vaya, vaya -murmuró, sonando bastante divertida mientras miraba en la dirección por la que Blake había desaparecido-. Conozco a Blake hace tiempo y empezaba a pensar que nunca llegaría a ver esa mirada en sus ojos.

-Er... ¿qué mirada?

-La que he visto cuando le sonreías a Jeremy -replicó Noelle, riendo-. Sin duda, Blake ha caído en tus redes... y ya era hora.

Cuando, una horas después, Blake volvió al teatro, se encontró con que Tara había sido limpiamente cortada en dos. Su cabeza reía dentro de una caja mientras sus pies se movían furiosamente en otra que se hallaba a más de dos metros de distancia.

-Jeremy -dijo Blake tras dar un profundo suspiro-. ¿Por qué cada vez que dejo a alguien a tu cuidado te sientes impulsado a cortarlo en dos?

Tara volvió hacia él su aparentemente cortada cabeza y sonrió ampliamente en dirección a Blake.

-¡Mírame, Blake! ¡Estoy haciendo magia!

-Más bien están haciendo magia contigo.

-Supongo que planeas volver a unirla, ¿no, Jer?

Jeremy sonrió.

-Creo que podré arreglarlo.

Movió las manos y Paula y Mónica, sus ayudantes, unieron eficientemente ambas cajas. Con unos dramáticos gestos, alzaron la tapa y Tara salió.

-Con los brazos arriba, Tara -dijo Jeremy-. Tal y como te he enseñado antes.

Tara hizo lo que le decían, adoptando una postura que invitaba al entusiasmado aplauso. Blake hizo de público.

Sospechosamente, Stephanie apareció unos segundos después, con el pelo un poco revuelto. Blake murmuró:

-Ya decía yo que los pies de Tara me parecían un poco grandes.

Stephanie le golpeó cariñosamente en un brazo.

-¿Dónde has estado?

-Ocupado -Blake pasó una mano por los hombros de Tara y le dio un rápido beso en la mejilla-. ¿Lo has pasado bien?

-Ha sido fascinante -admitió ella-. No sabía cuánto trabajo costaba preparar estas actuaciones. Jeremy me ha dejado ver de

cerca algunos de sus trucos y he dado mi palabra de que nunca contaré lo que he aprendido.

-Bajo amenaza de desmembramiento -añadió Jeremy en tono burlón. Miró a Blake-. Va a hacerlo muy bien.

-¿No te lo dije?

-¿Y tú? ¿Has tenido un día productivo?

Blake se frotó la nuca.

-No tanto como me habría gustado.

-Siento oír eso. ¿Puedo hacer algo por ayudarte?

Blake negó con la cabeza.

-Ya estás haciendo bastante, gracias.

Una de las jóvenes pelirrojas tocó el brazo de Jeremy.

-Si ya hemos terminado, Paula y yo vamos a hacer un poco de turismo. Stephanie nos ha hablado de los lugares más atractivos de Savannah y nos gustaría ir a visitarlos.

Jeremy asintió.

-Que lo paséis bien. Pero tened cuidado.

Mónica se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla, como si se tratara de un hermano mayor excesivamente protector.

Blake siempre había pensado que así era como las ayudantes de Jeremy veían a su jefe.

-Hasta luego.

Jeremy se volvió hacia Noelle.

-¿Qué vas a hacer esta tarde?

Noelle sonrió y se palmeó la protuberante barriga.

-Junior y yo vamos a descansar un rato. Y he prometido llamar a Jeff.

Jeremy se volvió hacia Stephanie. -¿Steph?

-Tengo una cita -contestó ella con una sonrisa de disculpa.

Jeremy dio un profundo suspiro y miró a Blake y a Tara con gesto de pesar.

Blake no pudo evitar sonreír al ver la expresión de su amigo.

-¿Te gustaría cenar con nosotros esta noche?

La expresión de Jeremy se animó de inmediato. .

-Me encantaría, gracias.

Blake casi se alegró de que Jeremy fuera a estar con ellos esa tarde. No había logrado dejar de pensar durante todo el día en la noche que había pasado con Tara, y las emociones que había sentido en su interior lo habían sobrepasado. No quería poner un nombre a lo que sentía por ella; temía que si lo hacía se haría mucho más real. Pero, en el fondo, sabía la verdad. Y le asustaba mucho.

Miró a Tara y vio que ésta sonreía demasiado cálidamente a Jeremy.

-Nos encantaría que cenaras con nosotros -dijo ella-. Quiero que me lo cuentes todo sobre tu carrera. Debes de haber llevado una vida fascinante.

Blake frunció el ceño. A lo mejor no era tan buena idea ir a cenar con Jeremy. No sabía que Tara lo admirara tanto.

Y él era un idiota sin remedio por estar allí carcomido de celos sólo porque Tara le hubiera dedicado una sonrisa a otro hombre.

-Vámonos de aquí -dijo, con más brusquedad de la que pretendía-. Tengo hambre.

-¿Ah, sí? -murmuró irónicamente Jeremy cuando pasó junto a él.

Blake dedicó a su amigo una mirada de advertencia que no pareció intimidar lo más mínimo al otro hombre.

-¿Cómo os conocisteis? -preguntó Tara mientras comían en un pequeño restaurante cercano a la zona del puerto.

Vio que Blake y Jeremy intercambiaban, una rápida mirada. Éste pareció preguntar silenciosamente a Blake cuánto quería que contara; Blake pareció dudar. Y Tara sintió una punzada en su corazón al recordar cuántas cosas desconocía sobre Blake, cosas de las que Stephanie, Jeremy y Noelle estaban al tanto.

-Conozco a Jeremy desde que era un muchacho -replicó Blake, finalmente-. Acababa de empezar a trabajar como ayudante de un ilusionista llamado Renaldo Ciccione. Renaldo era amigo de mi padre.

-Yo enseñé a Blake a hacer juegos malabares -dijo Jeremy.

-Fue mi madre quien me enseñó a hacer juegos malabares -corrigió Blake-. Tú te limitaste a mejorar mi técnica.

Había tantas preguntas que Tara habría querido hacer... sobre sus padres, lo que habían hecho, cómo habían muerto. Sobre su pasado, quién se había ocupado de él cuando quedó huérfano, cómo terminó siendo detective privado.

Blake la miró y ella supo que había leído su mente.

-Más tarde -murmuró.

Tara asintió y volvió a mirar a Jeremy.

-Háblame más sobre tu esposa y tus hijos - sugirió, a lo cual, el mago se prestó de inmediato.

Tara empezaba a creer que Blake había invitado a Jeremy a cenar tanto para no quedarse a solas con ella como para pasar un rato con su amigo. Y su continua reticencia le dolía, sobre todo teniendo en cuenta la noche que acababan de pasar juntos.

Unas horas más tarde, Blake abrió la puerta del piso de

Stephanie y se apartó a un lado para

dejar pasar a Tara. Ésta pareció cuidarse de no tocarlo al hacerlo.

-¿Stephanie no va a pasar la noche aquí? - preguntó, una vez dentro, sin volverse.

-No. Últimamente pasa mucho tiempo con su novio. Él es médico y creo que están pensando en casarse.

-¿Lo conoces?

-Es un buen tipo. Creo que Steph y él serán felices juntos. Ella siempre ha querido tener hijos y no se está haciendo precisamente más joven. Ya va siendo hora de que se asiente y deje de dar vueltas al mundo trabajando como modelo y como ayudante de Jeremy.

-Puede tener hijos y seguir trabajando. Jeremy lo hace.

-Pero la esposa de Jeremy se siente satisfecha quedándose en casa y cuidando de los niños mientras él está de gira. De hecho, dice que no le gustaría hacer otra cosa. El novio de Stephanie trabaja muchas horas al día. Alguien tendrá que quedarse en casa para criar a los niños y, probablemente, Stephanie será quien lo haga. Me ha dicho que eso es lo que quiere. Está cansada de dar vueltas por ahí.

-¿Y tú, Blake? -Tara volvió el rostro hacia él-. ¿Nunca te apetece asentarte? ¿No te cansas de andar por ahí

Blake suspiró, y en esa ocasión fue él quien apartó la mirada. Pero respondió sinceramente.

-Llevo tanto tiempo haciéndolo que es la única forma que conozco de vivir.

-Supongo que es una existencia relativamente cómoda. Sin ataduras, sin compromisos, sin molestos apegos emocionales. Ni siquiera pareces necesitar demasiado a tu hermana.

El tono de Tara irritó un poco a Blake.

-Eso no es justo. En realidad no sabes lo suficiente sobre mi vida como para juzgarla.

-No, ¿verdad? -sonando como si sintiera que acababa de anotarse otro tanto, Tara se volvió de espaldas. Contempló a través de la ventana el río iluminado por la luz de la luna, con los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión distante, pensativa.

Recordando la reluciente expresión de su rostro cuando había ido a recogerla al teatro, Blake se preguntó qué habría hecho que su humor cambiara tan abiertamente.

-¿Tara? ¿Estás disgustada? ¿He dicho o hecho algo malo?

-Estoy bien.

-No es cierto -Blake se arriesgó a dar un paso hacia ella, aunque algo en su actitud lo previno para que no la tocara todavía-. ¿Qué

sucede? Esta tarde parecías estar pasando un buen rato con Jeremy y sus ayudantes.

-¿Un buen rato? ¿Eso te ha parecido, Blake?

Él colocó ambas manos sobre los hombros de Tara y le hizo volverse.

-Dime qué sucede.

Ella alzó la barbilla y lo miró con gesto desafiante.

-Hace dos semanas perdí un trabajo por el que había luchado toda mi vida. Hace poco más de setenta y dos horas, un hombre murió ante mí. Alguien trató de dispararnos. Alguien ha invadido mi apartamento. Ahora me dices que vamos a entrar en la casa de uno de los hombres más poderosos del estado para encontrar pruebas de que ha intentado engañar a su seguro, de que tal vez se halle tras el asesinato de la galería. Lo más probable es que acabe en la cárcel... si antes no nos matan como al pobre señor Botkin. Oh, sí, Blake, estoy pasando muy buenos ratos.

Una ola de culpabilidad recorrió a Blake, que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no ponerse a hacer precipitadas promesas. En ese momento supo que habría ofrecido a Tara lo que hubiera querido; su propia vida si hubiera sido necesario.

La amaba. No había motivo para continuar negándolo. Llamarlo por su nombre no cambiaba la verdad. Hacía tiempo que estaba enamorado de ella. Y mira lo que le había hecho, lo que no le quedaba más remedio que seguir haciéndole, al menos durante algunos días.

¿Qué más pruebas necesitaba para convencerse de que no era bueno para ella?

La estrechó entre sus brazos. Tara no se resistió, pero, por un momento, enterró el rostro en su hombro. Luego respiró profundamente y alzó la cabeza.

-Lo siento, no debería pagar contigo mi frustración.

-No tienes por qué disculparte. Si no fuera por mí, no estarías metida en este lío.

-No. Seguiría sentada en mi apartamento, lamentándome y mirando la televisión -replicó ella, sonriendo cálidamente.

-Pero estarías a salvo.

Tara negó con la cabeza.

-No importa lo que haya dicho, Blake. No te culpo. Supongo que estaba enfadada conmigo misma.

-¿Por qué?

Tara se pasó una mano por el pelo.

-Tal vez porque es cierto que lo estaba pasando bien hoy. En el

teatro, durante la cena... me he sentido culpable por disfrutar después de... -movió la mano en el aire con gesto de impotencia, incapaz de terminar.

¿Con qué frecuencia te permites pasarlo realmente bien, Tara? Y no me refiero solamente a los últimos tres días.

Ella se retrajo, y Blake supo que había dado en la diana.

-Sé cómo pasarlo bien elijo Tara, a la defensiva.

-¿Ah, sí? ¿Cuáles son tus aficiones?

-Yo... -Tara se interrumpió, mordiéndose el labio inferior. Luego se encogió de hombros-. Me gusta leer.

-¿Y qué más?

-Me gusta trabajar -contestó ella con sencillez.

-Y ahora que no tienes trabajo, ¿qué vas a hacer con tu tiempo? -preguntó Blake con suavidad.

Tara se frotó los antebrazos como si de pronto hubiera sentido un escalofrío.

-No lo sé -susurró.

Blake tomó sus heladas manos y las acunó con ternura entre las suyas, compartiendo con ella parte de su calidez.

-Si algo he aprendido a lo largo de los pasados veinte años, es a disfrutar cuando se presenta la oportunidad de hacerlo - dijo-. La situación en la que estamos metidos es seria, sin duda. Y lo que planeamos hacer el viernes no es precisamente divertido. Pero no hay motivo para que te sientas culpable por haberlo pasado bien hoy -se llevó las manos de Tara a los labios y las besó-. Estos tres días pasados te has portado como una valiente. No te desmorones ahora, por favor. Te necesito.

La expresión de Tara se suavizó un poco, pero negó con la cabeza.

-No necesitas a nadie. Y menos aún a mí.

Blake se inclinó hacia ella y le acarició los labios con los suyos.

-Esa es la primera cosa realmente tonta que has dicho en toda la tarde.

Volvió a besarla. Una vez. Y otra. Y, finalmente, Tara empezó a responder.

Arrimándose a él, susurró:

- ¿Blake?

Él deslizó las manos hasta sus caderas y la atrajo hacia sí.

-¿Mmm?

Los labios de Tara se movieron contra su mejilla y su cálido aliento acarició su piel, excitándolo.

-Lo que has dicho antes sobre disfrutar cuando se presenta la

oportunidad...

Blake sonrió. -¿Sí?

-Me gustaría hacerlo ahora.

-Y a mí me encantará poder satisfacerte - murmuró él-. ¿Qué te gustaría que hiciera para entretenerte?

-Bueno... supongo que podrías hacer juegos malabares.

Blake rió con suavidad.

-Supongo.

-O... podrías llevarme a la cama -susurró Tara.

Él besó su ruborizada mejilla, y luego su boca.

-Sin duda, ésa sería mi elección.

Aún había sombras en los ojos de Tara, pero cuando tomó la mano de Blake para ir al dormitorio, sonreía.

11

En algún momento de la noche, Tara tomó una decisión. Cada vez era más evidente que Blake no se iba a abrir a ella. Que tenía la intención de mantener su pasado en la sombra. Sospechaba que también había cosas sobre su relación actual que no le contaba, cosas que había averiguado durante sus misteriosas salidas.

El mero hecho de que no estuviera siendo plenamente sincero con ella fue suficiente para hacerle ver que cualquier fantasía respecto a su posible relación futura era sólo eso, una fantasía. Había llegado el momento de reprimir las emociones que la habían dominado desde que perdió su trabajo.

Era abogada. Una buena abogada. Aunque se topara con algunas dificultades, acabaría encontrando un buen trabajo y estaba dispuesta a utilizar al máximo el título universitario que tanto esfuerzo le había costado obtener.

A lo largo de su vida se había enfrentado a cada reto con decisión e inteligencia. Ya era hora de que volviera a hacerlo.

En cuanto a Blake... Mientras tuviera en mente que todo iba a acabar el viernes por la noche, de un modo u otro, podría mantener sus sentimientos bajo control. Era él quien le había aconsejado disfrutar de los placeres que se presentaran en su camino... y ella estaba dispuesta a seguir su consejo.

Durante los tres días siguientes, Blake trató de averiguar qué pasaba por la mente de Tara, sin conseguirlo.

Desde su conversación del lunes, había cambiado. Parecía más decidida, más segura de sí misma. Volvía a ser la mujer que conoció en el bufete. Y, sin embargo, era diferente.

A veces, cuando miraba a aquella mujer de pelo rizado pelirrojo con el vestido sexy que iba a utilizar para la representación, se preguntaba dónde había quedado la auténtica Tara McBride.

Probablemente, ella lo odiaría cuando todo acabara. Le había ocultado demasiadas cosas. Su pasado, su relación con Stephanie, y otras cosas relacionadas con el caso que aún no le había contado. Cosas que Tara acabaría averiguando. Probablemente se lanzaría a su cuello cuando averiguara la verdad. No querría volver a verlo.

Y eso sería lo mejor. Blake había sabido desde el principio que su relación sería sólo temporal. Él no era un hombre adecuado para asentarse. Estaba siguiendo su rutina habitual, pensó con irónico humor. Utilizaba los medios necesarios para resolver el problema y luego se desvanecía sigilosamente en el horizonte cuando ya no era necesitado. En conjunto, era una vida satisfactoria... pero también solitaria.

Era la única vida que conocía. La única que merecía.

El viernes por la tarde, una semana después de que Blake se presentara en el apartamento de Tara, Stephanie se apartó de ésta con una sonrisa de satisfacción.

-He vuelto a hacerlo --dijo-. Tienes un aspecto fantástico.

Tara miró hacia el espejo para ver el aspecto que tenía con el vestido que Stephanie le había dado.

-¿Es realmente necesario que estos vestidos sean tan cortos?

La voz de Blake llegó desde la puerta del camerino.

¿No sabes por qué las ayudantes de los magos suelen ser normalmente mujeres guapas con vestidos provocativos? Es una distracción para que los hombres de la audiencia presten más atención a las piernas de las mujeres que a las manos del mago. Así es más difícil que descubran sus trucos.

Tara se volvió y tuvo que aclararse la garganta.

Blake se había vestido para parecer uno de los técnicos del espectáculo de Jeremy. Llevaba unos gastados vaqueros, una camiseta de Jeremy Kane con las mangas enrolladas hasta los hombros y pesadas botas de trabajo. Su pelo estaba más revuelto de lo habitual y llevaba una cinta en tomo a la frente para mantenerlo apartado de sus ojos mientras trabajaba. Parecía un tipo duro, un poco tosco, muy distinto del hombre elegante que solía visitar el bufete de Carpathy, Dillon y Delacroix.

Pero, se vistiera como se vistiera, Tara seguía pensando que era el hombre más atractivo que había conocido en su vida.

Riendo la ocurrencia de su hermano, Stephanie miró su reloj.

-Ya es casi la hora. Todos están preparados, esperando entre bastidores. ¿Tienes alguna última pregunta, Tara?

Tara negó con la cabeza.

-Creo que estoy lista.

Stephanie miró a Blake.

-A Jeremy le encantaría contratarla fija. Me ha dicho que es una de las ayudantes más trabajadoras y rápidas en aprender que ha tenido. Yo podría haberme sentido dolida, pero lo cierto es que estoy de acuerdo con él.

Las mejillas de Tara se cubrieron de rubor.

-Jeremy es un jefe duro -dijo, en tono ligero-. No me. atrevería a cometer un error.

Stephanie rió.

-Es un maniático perfeccionista en todo lo referente a la representación; pero por eso es el mejor. Y en el fondo, tiene un corazón de oro.

Blake frunció el ceño.

-San Jeremy -murmuró.

Stephanie le palmeó la mejilla, sonriendo burlonamente.

-¿Celoso?

-Déjalo, Steph.

Tara trató de reír las bromas de ¡os hermanos, ignorando las mariposas que sentía en el estómago.

Habían llegado ante las puertas de la enorme mansión de Willfort una hora antes. Blake había viajado en el camión que llevaba todo lo necesario para la representación. Tara llegó en limusina con Paula, Mónica y Stephanie. Jeremy llegaría después en otra limusina con varios de los invitados especiales de la tarde.

Jeremy había prohibido terminantemente a Noelle que apareciera esa tarde, y puso a Stephanie a cargo de las tareas de coordinación que Noelle solía llevar a cabo.

Stephanie volvió a mirar su reloj.

-Será mejor que vaya a echar un último vistazo. ¿Estás seguro de que todo irá bien, Blake?

-No te preocupes. Sé lo que hago.

Su hermana lo besó en la mejilla y se encaminó hacia la salida.

-Ten cuidado.

-Siempre.

Stephanie giró los ojos escépticamente y luego dejó a Blake y a Tara a solas en el camerino

Tara se volvió hacia el espejo. Su reflejo aún la sorprendía. El pelo pelirrojo. El dramático maquillaje. El vestido que llevaba que era poco más que un recatado traje de baño. Sus piernas parecían más largas de lo habitual con las medias negras y los zapatos de tacón alto.

-Parezco una fulana -dijo, tratando de imaginar la expresión de sus padres si pudieran verla de aquella guisa.

-Estás deslumbrante -corrigió Blake-. ¿Cómo te sientes?

-Un poco nerviosa. Supongo que es miedo escénico.

-Muy comprensible. Pero lo harás muy bien. Y, sobre todo, estarás a salvo con Jeremy.

Tara se apartó del espejo.

-Este lugar es increíble, ¿no te parece? Nunca he conocido a nadie que tuviera un teatro en su casa.

-A Willfort le gusta considerarse un experto en arte. Durante el verano suele organizar conciertos y también da varias fiestas benéficas como la de esta noche.

Tara miró un momento a Blake. Luego alargó una mano y la

apoyó en su brazo.

-Prométeme que tendrás cuidado. Estoy muy preocupada por ti. ¿Y si te atrapan buscando...?, bueno, ya sabes.

-No me atraparán. No te preocupes.

-Los guardias de seguridad...

-Uno de ellos trabaja para mí.

Tara parpadeó, mirándolo con gesto sorprendido. `

¿Para ti?

Blake asintió.

-Willfort ha contratado un par de guardaespaldas extra para ayudar esta noche. Uno de ellos me informa. Así que estoy bien apoyado.

-Me alegra saberlo. Umm... ¿hay algo más que no me hayas dicho?

La expresión de culpabilidad que cruzó por un momento el rostro de Blake fue respuesta suficiente. Tara suspiró.

-Cuando esto acabe -dijo él-, hablaremos.

Tara asintió.

-Será mejor que me dé prisa. Se supone que debo encontrarme con los demás entre bastidores.

-¿El pintalabios que llevas es de los que no se corren?

Automáticamente, Tara se miró al espejo, centrándose en su brillante y roja boca.

-Sí. ¿Te parece que me queda mal?

-No. Pero no quería estropearlo cuando hiciera esto.

Con esa sola advertencia, Blake tomó a Tara por la cintura y la besó con fuerza en los labios. Para cuando se apartó, ella tuvo que sujetarse a él para no perder el equilibrio.

-Tara, yo... -Blake interrumpió lo que fuera a decir. En lugar de ello, añadió-: Hablaremos después.

Tara asintió, incapaz de pronunciar palabra.

-Vamos, te acompaño al escenario.

Tara respiró profundamente y lo siguió al exterior del camerino.

En algunos momentos durante la siguiente hora, Tara estuvo a punto de pellizcarse varias veces para ver si estaba soñando. El espectáculo de Jeremy era realmente increíble; música palpitante, innumerables focos y juegos de luces, elaboradas puestas en escena, y, por supuesto, sus magníficos trucos de magia.

Sólo vio a Blake un momento después de que el espectáculo comenzara, el tiempo justo para susurrarle que no había visto al hombre de la galería entre la entusiasmada audiencia. Después, Blake desapareció, probablemente para llevar adelante sus planes

para esa tarde.

Tara se tomó el espectáculo muy en serio, prestándole toda su atención. Había trabajado muy duro para aprender todo lo que debía hacer.

Su gran número, el que justificaba su presencia en el escenario, llegó poco antes de que finalizara el espectáculo. Fue ceremoniosamente encerrada en una gran bola de fibra de vidrio, que a continuación se hizo rodar por el escenario al ritmo de un poderoso rock and roll. Al final del número, Jeremy abriría el balón, para mostrar a la audiencia que Tara había sido sustituida por un bello y bien entrenado setter irlandés.

La compañía en pleno, con la excepción de Tara, por supuesto, estaría en el escenario para la dramática revelación. Ella estaría oculta entre bambalinas tras haberse deslizado por la escondida trampilla, esperando a que llegara el momento de volver a escena. Casi estaba deseando oír el estruendoso aplauso que estaba segura de recibir después del espectacular número de Jeremy.

Al oír las primeras notas de la música que daba pie a su entrada, respiró profundamente, sonrió como Stephanie le había enseñado y avanzó hacia el escenario.

Satisfecho con su actuación de esa tarde, excepto por un cabo que había quedado suelto, Blake entró en el teatro a tiempo de oír el comienzo de la música. La reconoció como lo que Tara y él habían denominado «el gran número de la bola», y encontró un lugar en la parte trasera desde donde observar sin que se fijaran en él.

Tara entró en el escenario, tan preciosa que lo dejó sin aliento, sonriendo de una forma que hacía ver que estaba disfrutando. Jeremy la ayudó a entrar en la mitad inferior de la colorida bola. A una señal de su mano, sus otras tres asistentes, Stephanie, Paula y Mónica, alzaron la otra mitad de la esfera y la colocaron en su sitio, encerrando completamente a Tara en ella. Y entonces empezó la diversión. La audiencia rió mientras Jeremy y sus asistentes se ponían a jugar con la gran bola, haciéndola rodar por el escenario, lanzándosela de uno a otro y haciendo creer a todo el mundo que Tara estaba pasando un mal rato dentro. Blake oyó los murmullos de asombro cuando la bola, que en ningún momento había desaparecido de la vista de la audiencia, fue abierta, mostrando en su interior un setter irlandés que ladró y se alzó sobre las patas traseras, solicitando el aplauso del público, que lo complació entusiasmado. Blake sabía que Tara debía aparecer por uno de los laterales del escenario en medio de una nube de humo cuando

llegara una señal musical acordada.

El humo llegó, pero Tara no.

Blake vio el ligero ceño que ensombreció la expresión de Jeremy mientras volvía el rostro en dirección al lugar del que Tara debería haber salido. Sus tres ayudantes también miraron disimuladamente, aún sonrientes, pero un poco aturdidas.

La audiencia siguió aplaudiendo, creyendo, al parecer, que todo seguía su curso normal.

Pero Blake fue golpeado por una sensación tan fuerte que estuvo a punto de derribarlo de espaldas. Algo le sucedía a Tara. Algo malo.

Con el corazón en la garganta, corrió hacia la parte trasera del teatro.

La enorme mano que cubrió el rostro de Tara era ominosamente familiar, así como la voz que gruñó junto a su oído.

-¿De verdad creías que no te reconocería sólo porque te hayas teñido el pelo? En cuanto he visto a tu amiguito he sabido que estarías por aquí.

El hombre la arrastró entre las sombras de los bastidores hacia la salida.

Frenética, Tara se preguntó dónde estaría Pete o alguno de los ayudantes de Jeremy. ¡Blake!

Su captor la arrastró por la puerta trasera, sacándola a lo que debió ser antiguamente un jardín tras la casa. Tara trató de resistirse, luchando a cada paso, pero sus esfuerzos resultaron vanos. El hombre le sujetaba el brazo izquierdo tras la espalda. El dolor que le hacía sentir era tan intenso que sus ojos se llenaron de lágrimas a pesar del esfuerzo que hizo por contenerlas.

Tara se preguntó dónde estarían los guardaespaldas de Willfort. Entonces recordó que, probablemente, aquel matón trabajaba para él.

El hombre se detuvo bajo un inmenso magnolio, donde se confundieron con las sombras. Tara pudo oír su agitada respiración, intuyendo que era más debida al enfado que al. esfuerzo.

-Vamos a ir al aparcamiento que hay al otro lado del teatro -gruñó él-. Y tú vas a mantenerte callada, ¿has oído?.

Aunque hubiera querido, Tara no habría podido responder, pues el hombre seguía cubriéndole la boca con la mano. Volvió a luchar por liberarse, pero sus protestas quedaron apagadas contra la palma de la mano que la oprimía.

-¡Cállate! -exclamó él, tirando del brazo de Tara con más fuerza-. Y estate quieta. Estás aquí por tu culpa... y por tu amigo, el

detective privado. Me importa un bledo que Willfort cargue con las consecuencias de su estúpido plan de fraude al seguro, pero yo no pienso caer con él. Necesito dinero para salir del país. Ahora veremos si tu amiguito y su rico amigo el mago están dispuestos a pagar por recuperarte.

-Suéltala, Doren.

Tara estuvo a punto de desmayarse de alivio al oír la voz de Blake.

Pero el hombre que la sujetaba reaccionó de forma muy distinta. Tiró con más fuerza del brazo de Tara, hasta que ésta sintió que empezaba a faltarle el oxígeno y que la cabeza empezaba a darle vueltas debido al dolor.

-¡Apartate! Lo digo en serio. Si no lo haces, le romperé el cuello. Morirá antes de que hayas dado dos pasos.

Tara estaba segura de que haría lo que decía.

El hombre al que Blake había llamado Doren estaba de espaldas al árbol, asegurándose de que nadie pudiera tomarlo desprevenido por la espalda. Su atención estaba centrada en Blake, quien, con su camiseta negra y los vaqueros, apenas era visible a la sombra del árbol.

-No des un paso más -ordenó Doren, tirando aún más del brazo de Tara, haciéndole dar un ahogado grito de dolor.

-Suéltala. No te hará ningún bien llevártela -dijo Blake, en voz baja-. La policía lo sabe todo. Botkin ya te ha identificado como el hombre que le disparó.

Los ojos de Tara se abrieron de par en par por encima de la mano de Doren. ¿Borkin estaba vivo? ¿Podía ser cierto?

-No pienso caer en la trampa -insistió Doren, con un matiz de desesperación en la voz-. Necesito dinero y vía libre para escapar. Si quieres recuperar a tu amiga, me ayudarás.

-No puedo, Doren. Es demasiado tarde.

-Entonces es demasiado tarde para ella.

Doren tiró una vez más del brazo de Tara y ella sintió que algo se quebraba. Por un momento, su vista se nubló y los ojos se llenaron de estrellas explotando. Sintió que estaba a punto de morir. Luchó con todas sus fuerzas contra la sensación de debilidad que se apoderó de ella.

-¡No! ¡Maldita sea, Doren, déjala en paz!

Una columna de brillante luz se alzó de pronto del suelo junto a los pies de Doren, tomo una repentina erupción de fuego que hubiera surgido de la tierra que pisaban. Por un instante, Tara pensó que su dolor le estaba haciendo alucinar, pero Doren se

apartó de un salto de las llamas. Tara y él fueron momentáneamente iluminados por el extraño destello. Doren dejó caer la mano que cubría el rostro de Tara para protegerse los ojos.

Tratando de ignorar el agonizante dolor de su brazo, Tara aprovechó la oportunidad para escapar. Golpeó hacia atrás con su pie derecho, clavando el tacón en la espinilla de Doren. Mientras éste gritaba y la soltaba instintivamente, Tara se apartó de él tan deprisa como pudo.

Entonces algo pasó a toda velocidad junto a ella y golpeó el hombro de su captor. Doren maldijo y cayó hacia atrás. Un instante después dos hombres se abalanzaron sobre él; uno era un guardia de seguridad uniformado, el otro era Blake.

El brazo izquierdo de Tara cayó pesadamente a su lado, inútil. Se tambaleó y habría caído si alguien no la hubiera sostenido.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Jeremy.

Aferrándose a su esmoquin con la mano derecha, Tara se sujetó a él, sintiendo que las rodillas se negaban a sostenerla.

-El fuego -susurró-. ¿Lo has hecho tú?

-Me ha parecido una buena idea. Pero lo que más me ha impresionado ha sido la velocidad con que has aprovechado la oportunidad para alejarte de ese miserable. Buen trabajo, Tara.

De pronto, varias personas corrieron hacia ellos. Las luces destellaron y se oyeron algunos gritos. Tara sintió que iba a perder el conocimiento debido al dolor.

Sus rodillas se doblaron por completo. Jeremy la sujetó, murmurando palabras de consuelo.

Entonces apareció Blake.

-Tara -dijo, con voz estrangulada-. Cuánto lo siento, Tara.

Jeremy la dejó en brazos de Blake, diciendo:

-Voy a pedir una ambulancia.

Tara abrió la boca para ordenarle que no lo hiciera. No necesitaba una ambulancia.

Pero nada surgió de su seca y tensa garganta, excepto un ronco gemido de dolor.

-Sufre una conmoción, Blake -en esa ocasión fue Stephanie quien habló-. Tenemos que tumbarla.

-¿Blake? -la voz de Tara fue apenas un susurro. Trató de aferrarse a la camiseta de Blake mientras éste la tumbaba cuidadosamente sobre la hierba.

-No trates de hablar, corazón.

Estaba inclinado sobre ella, pero, por algún motivo, Tara fue incapaz de enfocar su rostro. Trató de hacerse oír por encima de la

confusión reinante.

-Tengo que... saber. ¿Está Botkin... vivo?

-Sí. Está vivo. Gracias a ti, Tara. Si no hubieras entrado en la oficina cuando lo hiciste, Doren habría acabado con él.

El alivio de saber que no había visto morir a aquel hombre, fue demasiado para Tara.

-Oh, Blake, yo...

-Shh. Ahora descansa.

De pronto, a Tara le pareció que aquello era muy buena idea. Cerró los ojos, y, una vez más, dejó que Blake cuidara de ella.

12

-Tu apartamento es muy bonito.

En respuesta al comentario de Stephanie, Tara miró en torno al cuarto de estar que ahora le resultaba tan extraño, a pesar de que sólo hacía ocho días que no lo veía.

-Gracias.

Al menos, Doren, o quien fuera que hubiera entrado en el apartamento, apenas había causado desperfectos. Lo único que parecía fuera de lugar era la rosa marchita que se hallaba en un pequeño jarrón sobre la mesita de café.

Mirándola, Tara sintió que el corazón se le encogía. Parecía que habían pasado meses desde que Blaké le entregó aquella flor de intenso color rojo.

Sentada en la mecedora que Blake había ocupado aquella tarde, ocho días atrás, Stephanie dio un sorbo al refresco que Tara le había ofrecido cuando llegaron.

-Es una pena que Doren no dijera lo que hizo con tu bolso -dijo-. Ahora tendrás que reponer toda tu documentación.

-No llevaba nada importante dentro -contestó Tara, con un encogimiento de hombros que le produjo un ligero dolor en el brazo izquierdo, que llevaba escayolado y en cabestrillo-. Sólo metí algunas cosas dentro para esa tarde.

-Bien -Stephanie volvió a mirar a su alrededor y se aclaró la garganta-. ¿Puedo hacer algo más por ti? No me importa nada bajar al supermercado a comprarte lo que necesites.

-Tengo de todo. Pero gracias de todos modos.

Tara se movió un poco en el sofá para adoptar una postura más cómoda. La medicación que había tomado hacía tres horas, antes de iniciar el vuelo desde Savannah en el pequeño jet privado que tan generosamente le había cedido Jeremy Kane, había empezado a dejar de hacerle efecto. El dolor de brazo prometía intensificarse en cualquier momento.

-Te agradezco mucho que me hayas acompañado en este viaje, Stephanie, pero no es necesario que te quedes. Lo más probable es que descanse un rato y luego haga algunas llamadas. El piloto de Jeremy te espera en el aeropuerto y sé que estás lista para volver a Savannah. No te preocupes por mí, estaré bien.

Stephanie se mordió el labio inferior.

-No me apetece nada dejarte sola.

-Llevo cinco años viviendo sola -contestó Tara con amabilidad.

-Pero no con un brazo roto.

Tara sonrió débilmente.

-Tengo amigos a los que puedo recurrir si es necesario. Cuando he hablado con mi madre esta mañana y le he contado todo, incluso se ha ofrecido a pedir unos días libres en su trabajo para venir a hacerme compañía. Me ha costado mucho convencerla para que no lo hiciera. Pero si resulta necesario, la llamaré y estará aquí en menos de una hora.

Stephanie seguía pareciendo preocupada.

-Ya sabes que Blake lamenta no haber podido venir contigo, ¿verdad? No ha tenido más remedio que quedarse para aclarar todos los detalles del caso. Tenía que responder a un millón de preguntas de la policía y de la compañía de seguros.

-Lo sé, y le estoy agradecida por haber arreglado las cosas de manera que yo pudiera volver a Atlanta esta misma tarde. Y Jeremy ha sido muy amable dejándonos su avión privado.

-Los dos sabían que estabas ansiosa por volver a casa y comprobar cómo estaban las cosas. Y Jeremy pensó que el avión sería más cómodo que un largo viaje en coche. Es un hombre realmente atento.

-Sí, lo es. Blake y tú sois afortunados de contar con él como amigo.

-Ahora también es tu amigo. Él mismo lo dijo. Y Jeremy no se toma la amistad a la ligera. Ninguno de nosotros lo hace.

-Yo tampoco, Stephanie. Nunca olvidaré lo amables que habéis sido conmigo.

-¿Estas segura de que no necesitas nada más?

-Llama a un taxi. Llegará aquí en quince minutos. Yo voy a tomar un analgésico y me voy a ir directamente a la cama... a mi propia cama - añadió Tara, con forzado entusiasmo.

Stephanie se levantó.

-Si necesitas cualquier cosa...

-Llamaré -prometió Tara-. Gracias de nuevo, Stephanie. Por todo.

Stephanie la besó en la mejilla. -Cuídate.

-Lo haré.

-Estoy segura de que Blake vendrá en cuanto pueda.

-Deja de disculparte por Blake. Él puede hablar por sí mismo -dijo Tara, tratando de mostrarse un poco burlona.

Stephanie no sonrió.

-Sé paciente con él. Nunca había estado enamorado.

Tara asintió.

-Adiós, Stephanie -dijo.

-Adiós no. Hasta pronto -corrigió la otra mujer.

A continuación se fue, dejando a Tara sola por primera vez en varios días.

Tara suspiró y apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá. Resultaba extraño estar allí de vuelta y no temer que alguien la estuviera buscando.

Y era aún más extraño darse cuenta de que había dejado su corazón en Savannah con un hombre que simplemente no sabía qué hacer con él.

Sabía que Blake no había tenido más remedio que quedarse cuando ella se fue. Tenía un trabajo que hacer, un caso que terminar.

Siempre habría otro caso, otro rompecabezas que resolver. Otra excusa para vivir en la sombra bajo identidades falsas.

Era muy bueno en su trabajo. Era Blake quien había reunido las suficientes pruebas para que Doren fuera acusado de intento de asesinato, intento de secuestro, asalto, y quién sabía qué más.

Era Blake quien había encontrado las pinturas supuestamente robadas en la casa de Willfort, quien había probado que Liz Pryce, la amante clandestina de Willfort durante años, le había vendido los cuadros por una exorbitante cantidad a pesar de que cuando lo hizo sospechaba que eran falsificaciones.

Al parecer, Liz Pryce había confesado la verdad a Willfort cuando supo que éste tenía intenciones de exponer las obras en público. Éste se enfureció tanto con ella como para romper su relación, pero ante las amenazas de Liz Pryce de hacerlo público y arruinar su imagen política, aceptó mantenerse en silencio.

Sin embargo, Willfort no quiso arriesgarse a que se descubriera que las pinturas eran falsas.

Tenía reputación de ser un experto coleccionista y, además, le enfurecía que empezara a correr el rumor de que había sido engañado por la mujer con la que llevaba años de relaciones ilícitas.

Fue por ello por lo que planeó denunciar el robo de las pinturas. Y, de no haber sido porque Botkin, un hombre con una gran dosis de amargura y motivos personales para desear vengarse de Liz Pryce y Jackson Willfort, descubrió la verdad, tal vez incluso habría funcionado.

Temiendo hacer la acusación públicamente, Botkin se puso en contacto con Blake, haciéndose pasar por un agente de la compañía que aseguraba las pinturas robadas. Pero Doren, uno de los lacayos de Willfort, averiguó el plan en el último momento, y decidió por su cuenta salir en defensa de su amo. Willfort juró que no había tenido nada que ver con el intento de asesinato.

Tara aún se sentía increíblemente aliviada por el hecho de que Botkin hubiera sobrevivido. Al parecer, Doren se volvió descuidado debido al temor que le produjo la huida de Tara y Blake. Él y su socio, el hombre que disparó sobre ellos cuando huían de la galería, arrojaron el cuerpo de Botkin a un lado de una carretera secundaria mientras iban en dirección al apartamento de Tara. Creían que estaba muerto, pero se equivocaron, aunque por poco.

De no haber sido por dos adolescentes que lo encontraron pocos minutos después de que lo arrojaran del coche, Botkin habría muerto en aquella aislada carretera. Pasaron varios días antes de que se encontrara en condiciones de contar a la policía lo que le había pasado.

Y ésa era otra de las cosas que tenía contra Blake, pensó Tara, frunciendo el ceño. El lunes por la tarde, cuando empezó a ensayar con Jererny, Blake ya sabía que Botkin había sobrevivido, pero no le contó la verdad hasta cuatro días después.

Cuando le preguntó a Blake por qué lo había hecho, éste le dijo que Botkin estaba en un estado tan crítico que no esperaban que sobreviviera más de una semana. No quería alimentar sus esperanzas para que luego volviera a disgustarse si Botkin moría. Además, éste correría aún más peligro si Doren llegara a enterarse de que seguía vivo. Cuantas menos personas supieran la verdad, más a salvo estaría.

Tara no se quedó satisfecha con las explicaciones, pero lo dejó pasar. Apenas tuvo tiempo de explicarle con exactitud lo mal que le había sentado que no le hubiera puesto al tanto de muchas cosas.

Lo cierto era que habían hablado muy poco desde que Doren intentó secuestrarla la noche anterior. Y cuando estuvieron a solas, Blake se limitó a informarle de los detalles del caso, como si no hubiera pasado nada personal entre ellos durante aquella semana.

Ni siquiera pasaron la noche juntos. Alegando que aún tenía que atar cabos sueltos, Blake dejó a Tara al cuidado de su hermana después de asegurarse de que no estaba seriamente herida. Ni siquiera había ido a despedirla al aeropuerto aquella mañana. Le dijo adiós por teléfono, con el mismo tono de voz y la misma amabilidad que habría dedicado a un mero conocido.

Le había roto el corazón tan dolorosamente como Doren le había roto el brazo.

Dándose cuenta de que estaba llorando, Tara se frotó furiosamente las húmedas mejillas. El teléfono sonó en ese momento y pensó en la posibilidad de dejar que saltara el contestador. Finalmente, decidió contestar, pensanáo que hablar

con alguien la distraería.

-¿Cómo estás?

La profunda voz de Blake casi hizo que Tara rompiera a llorar de nuevo, pero hizo un esfuerzo por contenerse.

-Estoy bien. Stephanie se ha ido hace unos minutos, y estaba pensando en tomarme una pastilla e ir a acostarme.

-Parece buena idea. ¿Te duele mucho?

-No. En realidad no.

-No me gusta la idea de que estés ahí sola. ¿Quieres que llame a tu madre? Tal vez deberías reconsiderar su sugerencia de que pasaras unos días con ella.

-Quena venir a mi casa -replicó Tara, controlando el tono de su voz tanto como pudo-. Y soy perfectamente capaz de llamar a alguien si quiero compañía.

-Tara, yo... -Blake hizo una larga pausa antes de continuar-. Tengo un nuevo caso -dijo finalmente-. Debo ponerme a trabajar en él de inmediato. Estaré unos días fuera del estado.

Tara sintió un dolor tan intenso en su corazón que tuvo que cerrar los ojos y luchar por recobrar la compostura antes de replicar.

-Que tengas mucha suerte -dijo.

-Si necesitas algo, lo que sea, llama a Stephanie, ¿de acuerdo? Normalmente sabe cómo localizarme cuando hay una emergencia.

-Estaré bien.

-Yo... er... te llamaré cuándo vuelva, ¿de acuerdo? Hablaremos entonces.

-Siempre estás prometiendo hablar más tarde, pero nunca llegas a hacerlo, ¿verdad? Siempre habrá una excusa. Otro caso. Algo más tras lo que ocultarte. Creo... creo que sería mejor que no volvieras a llamarme.

Las palabras de Tara parecieron resonar a lo largo de los cables telefónicos.

-Tara, yo...

-Me temo que nunca estaría satisfecha con lo poco que estás dispuesto a compartir sobre ti mismo, Blake. Y no quiero dedicarme a extraerte a la fuerza respuestas reacias. Ya lo he intentado y no me ha resultado cómodo.

-Lo siento -murmuró Blake tras un largo silencio-. Me gustaría... me gustaría poder ofrecerte todo lo que mereces. Pero no puedo. No sé cómo hacerlo.

Parecía abatido. Derrotado. Pero en lugar de sentir lástima por él, Tara se enfadó.

-Sí sabes cómo, Blake --replicó—. Lo que sucede es que no quieres intentarlo.

Sintió que Blake quería discutir con ella, pero todo lo que dijo fue:

¿Estarás bien?

-Estaré bien -contestó Tara, alzando la barbilla y tratando de creer lo que había dicho-. Sea cual sea la impresión que hayas sacado sobre mí, te aseguro que no me echo atrás fácilmente. Sólo necesitaba un poco de tiempo para recuperarme. Empezaré a buscar un nuevo trabajo de inmediato.

-Si eso es lo que quieres, lo encontrarás. No hay nada que no puedas hacer, Tara.

«Excepto que me ames». Tara se tragó aquellas palabras y se limitó a decir:

-Adiós, Blake. Cuídate.

-Eso es lo que mejor sé hacer -replicó él, con un toque de amargura en su voz.

-No lamento nada de lo que ha pasado - dijo Tara con rapidez-. No todo ha sido divertido..., pero no hay duda de que ha sido interesante.

-Tara...

-Creo que eres un hombre muy especial, Blake. Y sea lo que sea lo que hace que no pares de moverte de un sitio a otro, siempre solo, incapaz de compartir tu vida con otro... sea lo que sea lo que estés buscando... bueno, espero que lo encuentres algún día. Sólo siento que no hayas podido encontrarlo conmigo.

-Tara -repitió Blake, con evidente emoción.

Ella colgó, lamentando de inmediato sus impulsivas palabras, sabiendo que había revelado mucho más de lo que pretendía.

A pesar de sí misma, esperó que el teléfono volviera a sonar, que Blake tratara de convencerla de que estaba mejor sin él, o de alguna tontería parecida para calmar su conciencia.

Pero no volvió a llamar.

Tara dio un profundo suspiro, se secó los ojos y tomó el frasco de analgésicos. Sólo un breve escape al olvido antes de enfrentarse a la realidad, se prometió. Cuando despertara, tenía que hacer unas cuantas llamadas.

Blake podía pasarse la vida ocultándose de los demonios interiores que tuviera. Ella se negaba a seguir su ejemplo.

Siete semanas más tarde, Tara volvía a estar sentada en el sofá de su cuarto de estar. Había un montón de carpetas y papeles dispersos sobre la mesa de café, junto a dos tazas, media docena de

lápices, dos calculadoras y un ordenador portátil.

-No hay duda de que el señor Washington tiene un caso -dijo, frotándose la sien con un dedo-. Es evidente que hay un error del inspector de Hacienda. No tiene por qué responsabilizarse de todas esas multas e intereses.

-Eso fue lo que le dije -la gruesa y agradable mujer que estaba sentada junto a Tara sonrió con satisfacción-. Creo que tenemos un nuevo cliente, socia.

Tara sonrió débilmente.

-Lo que hace un total de tres.

-Ya sabíamos que iba a ser duro empezar, ¿no?

-Sí -Tara dejó el lápiz sobre la mesa y flexionó el brazo izquierdo, que aún estaba un poco rígido tras haberlo llevado semanas escayolado-. ¿Quieres un poco más de café?

-Sí, por favor -Carmen Reyes empezó a recoger papeles mientras hablaba-. Espero que nuestro despacho esté listo el lunes, como prometieron. No sé tú, pero yo estoy deseando trabajar en un escritorio auténtico, en lugar de en mi cocina o en tu cuarto de estar.

Tara sonrió.

-Yo también. Quién hubiera creído que llevaría tanto tiempo pintar una...

Fue interrumpida por el timbre de la puerta. Alzó las cejas. No esperaba a nadie a aquella hora del sábado por la mañana.

Entonces, alguien empezó a dar golpes en la puerta. Unos golpes muy característicos.

Tara casi sintió cómo la sangre abandonaba su rostro.

-Oh, Dios.

Carmen se puso en pie de inmediato.

-¿Qué sucede?

Sonriendo para tranquilizar a su amiga y nueva socia, Tara se acercó lentamente a la puerta. Antes de abrir, respiró profundamente.

Vestido con una camisa color amarillo pálido, pantalones anchos grises y tirantes negros y el sombrero ligeramente ladeado sobre su cabeza rubia, Blake sostenía una única y deslumbrante rosa roja en la mano. Sus ojos volaron de inmediato al pelo de Tara, que seguía siendo pelirrojo, pero no hizo ningún comentario.

-¿Tienes café? -preguntó, con expresión impenetrable.

Tara se apartó para dejarlo pasar. No trató de hablar, porque no estaba segura de que fuera a salirle la voz.

Blake sonrió a la mujer morena que se había colocado

protectoramente junto a Tara al percibir su inquietud.

-Hola -dijo-. Soy Blake Fox.

Tara parpadeó. ¿Blake Fox? ¿Sería ese su verdadero nombre, o sólo uno de los muchos que usaba? Entonces recordó el tatuaje y pensó que tal vez era su nombre real.

Carmen lo miró con cautela.

-Yo soy Carmen Reyes -dijo-. La socia de Tara.

Blake alzó una ceja. Se volvió hacia Tara. -¿Socia?

Ella asintió.

-Acabamos de abrir nuestro propio despacho. Estoy cansada de luchar contra Hacienda para defender los intereses de poderosas empresas. Los ciudadanos normales también suelen tener problemas que resolver con los impuestos. Carmen y yo nos conocimos hace unos años a través de una organización de profesionales del Derecho, y cuando supo que estaba disponible, me llamó y preguntó si estaba interesada en montar un despacho con ella.

Blake asintió, pensativo.

-Parece un trabajo ideal para ti.

Tara se volvió hacia Carmen.

-Sé que tienes planes para la tarde. Por hoy ya hemos terminado, ¿no crees?

Carmen asintió, mirando con gesto indeciso de Tara a Blake.

-¿No prefieres que me quede?

-No. Blake es un viejo... amigo.

Carmen miró la rosa.

-Mmm.

-Me alegro de haberte conocido -dijo Blake, mientras Carmen salía-. Volveremos a vernos.

-¿Ah, sí? -murmuró Carmen, mirando una vez más a Tara-. Eso aún está por verse.

Tara cerró la puerta tras su socia y luego deslizó las palmas de las manos por los pantalones de color azul marino que llevaba puestos, junto con un jersey de manga corta de color crema.

Blake le ofreció la rosa.

-Es para ti.

Tara la tomó con cuidado, como si temiera que tuviera alguna espina oculta.

-Gracias.

-Sigues con el pelo pelirrojo. Suponía que a estas alturas ya se te habría ido el color.

-Me lo he vuelto a teñir. Me gusta así.

-A mí también. Er... ¿qué tal está tu brazo?

-Perfectamente. Hace una semana que me quitaron la escayola.

-¿Ha dejado de dolerte del todo?

-Sí. ¿Es ese el motivo por el que has venido, Blake? -preguntó Tara, decidiendo no perder más tiempo-. ¿Has sentido de pronto la necesidad de comprobar que estaba bien? Lo estoy, te lo aseguro.

-Ya lo veo -murmuró Blake-. Una nueva imagen. Un nuevo trabajo. ¿Qué más ha cambiado?

-Yo -contestó Tara con sencillez-. Ahora hago lo que quiero hacer, no lo que otros esperan que haga. Mi nuevo trabajo no será tan prestigioso como el anterior, ni ganaré tanto dinero, pero creo que voy a ser mucho más feliz haciéndolo.

-Me alegro por ti. Nunca dudé de que acabarías consiguiéndolo, que encontrarías lo que querías.

Tara asintió, mirando la rosa para ocultar su expresión, temiendo que revelara que lo que más había deseado en su vida era lo único que no había podido conseguir.

-Ahora que ya sabes que estoy bien, no es necesario que te quedes -dijo, abandonando sus modales en favor de su orgullo. No quería desmoronarse ante Blake, y temía que, cuanto más tiempo estuviera él allí, más probabilidades había de que le sucediera.

-Hay algo que quiero decirte antes de irme.

Tara se puso rígida.

-¿De qué se trata?

Blake respiró profundamente.

-Mi apellido es Fox -dijo-. El verdadero. Stephanie también lo utiliza. Nuestros padres eran malabaristas... artistas de circo. Crecimos en la carretera, formando parte del espectáculo desde que empezamos a andar. Mis padres murieron cuando una pesada columna de hierro cayó sobre ellos mientras montaban sus aparatos en la pista. Siempre me he culpado por su muerte, pues se suponía que tenía que haber estado allí ayudándolos, y no flirteando con una bonita equilibrista.

Tara recordó que le había contado que su madre sobrevivió al accidente, aunque murió pocos días después. Apoyó una mano en su brazo, imaginando el dolor que debió sentir quedándose huérfano tan joven... y culpándose por ello.

-Lo siento tanto. Yo...

Blake movió la cabeza y siguió hablando, como si tuviera preparado aquel discurso y estuviera decidido a decirlo.

-Eduqué a Stephanie en la carretera, trabajando en circuitos de circo hasta que cumplió los dieciocho años. No terminé mis estudios, aunque me aseguré de que mi hermana lo hiciera, a pesar

de que tuvo que cambiar de colegio más de una docena de veces. Quise que fuera a la universidad, pero ya llevaba el mundo del espectáculo metido en la sangre. Nada más terminar el colegio empezó a trabajar para Jeremy y poco después empezó a trabajar como modelo.

-Blake...

Él alzó una mano para silenciar a Tara.

-Nunca he tenido un verdadero hogar - dijo-. Nunca he tenido lo que suele llamarse un auténtico trabajo. En cierta ocasión necesité ganar dinero rápidamente y lo gané haciendo un servicio de vigilancia para un detective privado de Dallas. Descubrí que tenía aptitudes para el trabajo, y empecé a entrenarme para hacerlo. Las cosas no me han ido mal y ahora sólo elijo los casos que me interesan. Puedo permitirme hacerlo porque sólo tengo que cuidar de mí mismo. He vivido en veinte estados diferentes. Nunca he tenido una relación que durara más de unos meses. Tengo amigos por todo el país, pero más de la mitad no sabe mi nombre mi verdadero. Nunca he esperado asentarme, casarme, tener hijos... nunca pensé que valiera para ello. Y, teniendo en cuenta cómo les fallé a mis padres, pensaba que no lo merecía. Cuando te conocí, una brillante abogada educada en Harvard, una mujer que podía tener al hombre que quisiera... bueno, supe que estabas fuera de mi alcance.

«No debo llorar», se dijo Tara. No debía permitir que la emoción se apoderara de ella. -Blake...

-Sabía que no te convenía -continuó él-. Sabía que no haría más que alterar tu vida... y resultó ser cierto. Ni siquiera logré llevarte a cenar sin meterte en algo peligroso. Cuando Doren te secuestró... cuando supe el daño que te estaba haciendo... cuando temí por un momento que fuera a romperte el cuello... casi me volví loco. Llevo lanzando cuchillos desde que tenía tres años, y nunca había dudado en hacerlo... hasta ese día. Me aterró la idea de fallar. De darte por error. De que murieras por mi culpa. Y eso me paralizó.

Tara cerró los dedos en torno al brazo de Blake.

-Me salvaste la vida. Jeremy y tú me la salvasteis. Si no hubiera sido por vuestra rapidez y tu excelente puntería, ahora no estaría aquí.

Blake le acarició la mejilla con mano temblorosa.

-Si hubieras muerto, yo habría muerto contigo. Nadie, excepto mi hermana, ha significado nunca tanto para mí. No sabía cómo enfrentarme a ese sentimiento. Me he mantenido alejado porque no podía imaginar que una mujer como tú quisiera tener algo que ver

con un hombre como yo. Pero he vuelto porque no puedo soportar la idea de pasar el resto de mi vida sin ti.

-¿Un hombre como tú? -Tara parpadeó para alejar las lágrimas de sus ojos y sonrió-. ¿Te refieres al hombre que dio varios años de su vida para proteger y criar a su hermana huérfana? ¿Al hombre que ha conseguido tener éxito en su profesión empezando de la nada? ¿Al hombre que hace amigos, y buenos, vaya donde vaya? ¿Al hombre que no juzga a estos por su apariencia, sus circunstancias o su estilo de vida? -tomó una mano de Blake y se la llevó a la mejilla-. Viniste a mí aquel viernes por la tarde, después de que otros en los que había confiado me abandonaran, porque te preocupabas sinceramente por mí. Luego, cuando nos metimos en ese lío por circunstancias sobre las que tú no tenías ningún control, me cuidaste y me salvaste la vida. Creíste en mí cuando yo ya había dejado de hacerlo. E incluso cuando me hiciste daño, cuando me rompiste el corazón, lo hiciste porque pensaste que era lo mejor para mí. No sé si pegarte o abrazarte por haber sido tan increíblemente obtuso.

-Te quiero, Tara. Te quiero desde hace tanto que ya formas parte de mí.

-Y yo te quise desde la primera vez que te detuviste ante mi escritorio, te presentaste y me contaste un chiste realmente malo -contestó ella.

Blake cerró los ojos un momento antes de hablar.

-No te merezco, Tara McBride. Pero voy a pasar el resto de mi vida haciéndote feliz.

-No necesito que me hagas feliz. Eso puedo hacerlo sola. Lo único que necesito es que me ames.

-Para siempre -prometió Blake, abrazándola-. Para siempre.

-No voy a atarte -dijo Tara, rodeándolo con los brazos por el cuello-. Tengo mi propia carrera, mis propias metas. Así que tú sigue buscando pruebas y resolviendo enigmas. Pero cuando resuelvas tus casos, regresa a casa conmigo.

-Lo cierto es que yo también estaba pensando en introducir algunas variantes en mi trabajo -murmuró Blake contra los labios de Tara-. Creo que es hora de que abra un despacho y tenga horarios más regulares. Hoy en día, la investigación privada se ejerce tanto con los ordenadores como a través de unos prismáticos. Necesito un hogar. Una identidad. Una familia. Una auténtica vida.

-Eso suena muy parecido a una proposición de matrimonio -dijo Tara, casi temiendo esperar demasiado.

Blake sonrió.

-No ha sido una proposición demasiado romántica, ¿verdad? Pero me ha salido del corazón. ¿Te parece que es demasiado pronto?

-Oh, Blake -finalmente, Tara dejó de luchar contra las lágrimas y permitió que se deslizaran por sus mejillas-. ¿Por qué has tardado tanto?

-Más vale que eso sea un sí.

-Eso es exactamente. Te quiero, Blake Fox.

Blake la besó en los labios y luego se inclinó para alzarla contra su pecho. Su sombrero cayó al suelo, y su espeso y rubio pulo le cubrió la frente.

-¿Recuerdas lo que dije sobre disfrutar cuando se presentara la oportunidad? -preguntó.

-Mmm. ¿Vas a hacer juegos de malabares para mí?

Una maliciosa sonrisa curvó los labios de Blake.

-Creo que sí.

A Tara le encantaba que Blake la llevara en brazos a la cama. Y esperaba que lo hiciera a menudo en los años venideros.

De lo que estaba segura era de que la vida con él nunca resultaría aburrida.

Tenía tantas preguntas que hacerle, tantas cosas que contarle sobre sí misma... Pero eso podía esperar.

La aventura del amor

La seria y contenida Tara McBride siempre se había comportado siguiendo las normas, a diferencia del resto de su escandalosa familia. Era la lista, la inteligente, la que iba a sobresalir y a tener éxito... hasta que Blake, un atractivo y arriesgado detective privado, se presentó una tarde en su apartamento.

De pronto, Tara se encontró esquivando balas, huyendo de la ley y haciendo apasionadamente el amor cada noche. Nunca la había pasado tan bien en su vida. ¿Pero seguiría queriéndola Blake cuando la aventura terminara?